

Enero - Febrero de 1963

# COMUNIDAD IBERICA

LA ALIANZA CON LA NUEVA GENERACIÓN  
ESPAÑOLA

Diego Abad de Santillán

MENTES PREFABRICADAS

Marín Civera

SOBRE LOS ORÍGENES DE LA CRUZ

Ramón Sender

UNA BIOGRAFÍA SOBRE EMMA GOLDMAN

José Peirats

VENEZUELA EN LA POLÉMICA

Víctor García

HACIA UNA SINCERIDAD IDEOLÓGICA

Juan Rueda Ortíz

CIEN AÑOS DE PINTURA EN FRANCIA

Jerónimo García

LA CUESTIÓN AGRARIA

Vítor Alba

COMUNIDAD IBERICA

2

ENERO  
FEBRERO

1 9 6 3

2

# COMUNIDAD IBÉRICA

AÑO II — Enero-Febrero 1963 — Núm. 2

## PUBLICACION BIMESTRAL

Independencia 67-601

Apartado postal 13721

México, D. F.

Editor: FIDEL MIRÓ

Director: P. ALFARACHE

Administrador: FRANCISCO ROMERO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

### AMÉRICA

México, un año ..... 24 pesos

Otros países, un año ..... 2 Dól. (USA)

Europa, un año ..... 10 N. F.

## PRECIO DEL EJEMPLAR

### AMÉRICA

México ..... 4 pesos

Otros países ..... 0.35 Dól. (USA)

Europa ..... 1.70 N. F.

## CORRESPONSAL ADMINISTRATIVO EN EUROPA

M. FABRA

22, rue Plumet

París (XV)

C.C.P. 14 270 16 París

DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS  
SON RESPONSABLES SUS AUTORES

Impreso en los talleres de  
B. COSTA-AMIC, EDITOR, en  
calle Mesones 14, México, D. F.

## CARTAS A LA REDACCIÓN

Van llegando a la Redacción cartas expresando juicios acerca de la labor que COMUNIDAD IBÉRICA puede realizar y sobre algunos de los trabajos aparecidos en su número inicial. La Redacción considera que esos juicios, favorables o discrepantes, deben ser conocidos de los lectores, y bajo la rúbrica de "Cartas a la Redacción" irá dando en cada número algunos de ellos. A continuación damos dos opiniones sobre temas tratados en el número 1.

### Sobre Andorra

"...Pese a lo maravilloso del paisaje y a su democrática administración, estimo difícil que pueda servir de modelo a los pueblos de Europa. No obstante, el artículo de Víctor García encierra enseñanzas que deberían ser aprovechadas. El mundo de hoy sufre, entre sus males principales, el dirigismo y la burocracia. Se dora la píldora con la necesidad de planificar en todos los órdenes. Es necesario encontrar la manera de dar mayor participación al pueblo en la ordenación del diario vivir..."

PEDRO R. GARCÍA  
Limoges (Francia)

En su número de enero, *Tierra Vasca*. Buenos Aires-Caracas-México, publica la siguiente nota:

Tal como lo anunciamos en *Tierra Vasca*, ha iniciado en noviembre-diciembre su publicación en México la revista bimestral COMUNIDAD IBÉRICA, que aparece "por el esfuerzo de numerosos militantes cenetistas y la cooperación de otros amigos de la libertad". "Quiere alimentar las preocupaciones mejores de los emigrados y, en lo que pueda, del interior, en su afán de ver el problema común en términos de eficacia." "La divisa de la libertad debe señalar los núcleos que se van aproximando a participar en la contienda. Nadie que vaya por caminos contrarios puede ni de ser nuestro amigo."

En el primer número de COMUNIDAD IBÉRICA están presentes Andorra, Galicia, Cataluña, España y Portugal, y esperamos que en números sucesivos también se haga presente Euzkadi en la nueva revista.

La presentación de COMUNIDAD IBÉRICA es sencilla, seria y elegante. Tiene 64 páginas de 17 x 22 centímetros y medio de buena tipografía y está encuadrada con tapa a dos colores. Su director es Progreso Alfarache y su editor Fidel Miró.

Saludamos cordialmente a COMUNIDAD IBÉRICA.

También publica "Tierra Vasca" un resumen y comentario de C. Elordi del artículo de Diego Abad de Santillán, titulado "Todavía la bandera del socialismo. Un mundo o ninguno."

## SUMARIO

	Págs.
Editorial .....	3
La alianza con la nueva generación española, por Diego Abad de Santillán .....	5
Mentes prefabricadas, por Marín Civera .....	10
Sobre los orígenes de la cruz, por Ramón Sender.	13
Una biografía sobre Emma Goldman, por José Peirats .....	17
Venezuela en la polémica, por Víctor García .....	21
Hacia una sinceridad ideológica, por Juan Rueda Ortiz .....	26
Cien años de pintura en Francia, por Jerónimo García .....	31
Franco y el Mercado Común Europeo, por M. Fabra	36
Necesidad de otra actitud, por José Ramón Arana	39
Hacia la Federación Sindical Ibérica, por M. González .....	45
Defensa de la unidad obrera, por Bruno Alonso ..	49
La cuestión agraria, por Víctor Alba .....	51
Panorama de España .....	56
Comentario de libros, por Luis di Filippo .....	57
Carolvs Rex (Informe confidencial), por Ramón Sender .....	59

## Por la libertad en España y Portugal

El Consejo Federal Español, que comprende a todas las tendencias democráticas de la emigración en enlace con las que se han formado en la propia España —es, por otra parte, el único organismo oficialmente reconocido por el Movimiento Europeo—, ha tomado la iniciativa de constituir la Comisión Internacional por las Libertades Culturales, Civiles y Jurídicas en España y Portugal. Como todo el mundo puede comprobar, en ambos países se agudiza cada día la lucha por esas libertades, así como por el mejoramiento económico de las clases populares; sus respectivos gobiernos, no obstante su pertenencia a las organizaciones internacionales, como la ONU y la UNESCO, y, por parte del primero, su reciente solicitud de ingreso en el Mercado Común, no vacilan en declarar ilegal el derecho de huelga, encarcelan, torturan y someten a proceso tanto a los trabajadores huelguistas como a los estudiantes que se solidarizan con ellos, condenando a penas exorbitantes a quienes no hacen sino cumplir deberes de ciudadanía normales en cualquier país civilizado, y, en general, gobiernan con un sentido incompatible con las normas occidentales.

Las oposiciones democráticas españolas centran sus aspiraciones y su acción inmediatas en torno a los siguientes problemas: 1. Por la aplicación efectiva de los derechos del hombre definidos en las Cartas de Estrasburgo y de la UNESCO, hoy denegados a los españoles y portugueses y, en lo que al gobierno español respecta, suprimiendo incluso recientemente la libertad de residencia para todos los españoles. 2. Por los derechos civiles y políticos de los pueblos ibéricos en armonía con su carácter europeo-occidental. 3. Contra la censura de prensa y la censura literaria, teatral y cinematográfica. 4. Por las libertades académicas en sus múltiples aspectos: democratización de los métodos de enseñanza, libertad del profesorado respecto del Estado y de la Iglesia, la edición y la introducción de libros de texto o especializados más en concordancia con los tiempos modernos, contra los privilegios académicos de determinados establecimientos eclesiásticos. 5. Por la libertad de los estudiantes para organizarse al margen del control falangista y para elegir a sus direc-

tivos. 6. Por las libertades estructurales y, en primer lugar, de las sindicales. 7. Contra la jurisdicción y el fuero militar en los delitos de opinión y de organización, que corresponden al fuero civil, contra las detenciones arbitrarias y la tortura policíaca y por las garantías de la defensa. 8. Por la libertad de todos los presos políticos sin excepción, por su libertad como un derecho social y humano y no como una amnistía o perdón concedidos por el capricho gubernamental. 9. Por los derechos autodeterminativos de los pueblos ibéricos.

Aun cuando la situación de Portugal y las reivindicaciones de las oposiciones portuguesas no son exactamente las mismas que las españolas, queremos dejar sentada aquí nuestra solidaridad con ellas de cara a una colaboración presente y futura.

Constituida por personalidades del mundo democrático —escritores y artistas, periodistas, juristas, militantes políticos y sindicales, etc.—, la Comisión Internacional podrá recabar la colaboración y la solidaridad de otros organismos u organizaciones similares, cada vez que lo juzgue necesario, si bien mantendrá su plena autonomía. Asimismo podrá solicitar el apoyo y la solidaridad de las grandes organizaciones humanitarias, profesionales, políticas y sindicales en el cumplimiento de sus tareas.

Las principales de estas tareas son: A) La edición periódica de un boletín informativo —y de comunicados sueltos—, principalmente en español y francés (y en otras lenguas cuando sea necesario), con documentación y con llamamientos en torno a los problemas hispano-lusitanos antes enumerados. B) La realización de campañas de prensa e incluso la organización de actos públicos cada vez que los abusos de poder y los actos represivos por parte de los gobiernos de Madrid y de Lisboa los justifiquen. C) El envío de defensores y de observadores extranjeros —abogados, diputados, representantes de organizaciones— cada vez que un proceso o una acción represiva lo justifiquen. Eventualmente, podrán formarse asimismo comisiones de encuesta en torno a los problemas que aquí se plantean o a casos y situaciones concretos. D) La organización eventual de conferencias internacionales.

## De cara a nuestro problema

**QUE LOS ESPAÑOLES** más preocupados acerca del porvenir de España tienen necesidad del diálogo público y limpio, que ponga de relieve las ideas que estiman más convenientes para la futura organización de nuestro país, queda manifiesto desde el primer número de "Comunidad Ibérica". La crítica contra el desbarajuste de la emigración cobra carácter singular, puesto que coinciden en sus términos generales hombres de distinta significación política y anhelantes de que se llegue a concretar un pensamiento susceptible de contribuir a la formación de un movimiento nacional coherente.

Por encima del deber inexcusable de participar en la lucha contra la Dictadura, se pone la preocupación por el porvenir. Se propicia, pues, una actitud contra el silencio sobre lo sustantivo mantenido durante tantos años. Si la salida del escenario político de las fuerzas que actualmente constriñen a España es la señal para comenzar la tarea de su reconstrucción, es lógico que antes se llegue a un acuerdo sobre lo que hay que hacer.

En todo el mundo se discuten los grandes problemas planteados, en cuya entraña late la idea de la reforma de las estructuras sociales vigentes, ya incapaces de responder a las necesidades del hombre y de sus comunidades políticas. Y en la discusión, no sólo se exponen las razones de cada bloque de intereses, sino también la fuerza acumulada desde el término de la segunda Guerra Mundial. Y resulta ridículo que los españoles no afronten su propio problema con la íntima decisión de llegar a un acuerdo salvador.

Convencidos de que el diálogo de los españoles es necesario y urgente, en el que participen las fuerzas que sostuvieron la defensa de las instituciones liberales, y las nuevas promociones que en el área nacional van surgiendo como expresión de una incontenible evolución interna, se llega a la conclusión de que hay que poner proa a la solidaridad de todas ellas, con el fin de ir perfilando la nueva fuerza capaz de afrontar el porvenir con eficacia. Estimamos que a este término hay que abocar, se haya llegado a lo que impone el sentido común: el acuerdo sobre las coincidencias fundamentales, o no. Porque el esfuerzo de los no conformistas no puede quedar paralizado por el triunfo de la charlatanería. España no es una palabra vacía de sentido, sino una nación esclavizada que va poniendo en tensión su voluntad de liberarse, y no —así lo esperamos— para repetir en el tiempo las normas de existencia que destruyó la guerra civil, sino para aprovechar la ocasión histórica y levantar una nueva sociedad sobre bases económicas, políticas y culturales más justas.

Para todos los que están participando en el debate, hay un pensamiento incuestionable. Si España ha de ponerse a la altura que demandan las circunstancias de la época, si no se quieren malograr las posibilidades previsibles, hay que propiciar la unión de las capas liberales de la nación, entre las que figuran las del proletariado. Cualquier observador interesado puede comprobar la participación que el movimiento obrero está tomando en la pugna de fuerzas en juego. Y lo que está ocurriendo en todas partes, habrá de suceder también en España. No hay que poner reparos a estas manifestaciones, toda vez que si alguien estimara que hay que abandonar las palabras con que se perfilaron las clasificaciones sociales, en aras

al porvenir, tendría que oponérsele el razonamiento elemental de que esto no ocurrirá hasta que las clases hayan desaparecido. No obstante, puede lograrse un punto de equilibrio consistente en la articulación del movimiento nacional sobre la base de aceptar condiciones características del movimiento obrero, a fin de que en los problemas comunes haya una fuerza cohesionada capaz de hacer progresar al país en la medida que lo permitan o propicien su potencia espiritual y su capacidad económica.

Destrúyanse los obstáculos opuestos al diálogo. Lo que hay que hacer en España no es cosa de camarilla más o menos numerosa, sino obra de todos, orientada hacia el fin superior de hacer posible la convivencia nacional, trabajando cada corriente de opinión en las vías más susceptibles de lograr adhesiones positivas de los ciudadanos a sus puntos de vista para convertirse en fuerza determinante mediante el ejercicio permanente de la libertad, sin lo cual no valdría la pena participar en los acontecimientos. En España se podrá realizar, como se está haciendo por doquier, una obra de liberación de las conciencias; se podrán abrir los caminos de la cultura para las grandes mayorías ausentes de ella contra su voluntad; se podrá modificar la estructura económica permitiendo, y no obstaculizando, como antes, la participación de las instituciones populares en la organización económica del país, etc. Si el diálogo que se ha comenzado continúa influyendo en la mente de los emigrados interesados en la liberación de la nación; si en el interior continúa manifestándose en el mismo sentido la formación de corrientes de opinión orientadas hacia el porvenir, se habrá hecho un trabajo positivo.

De cara a nuestro problema. Esa debería ser nuestra divisa.

## La alianza con la nueva generación española

POR DIEGO ABAD DE SANTILLÁN

*La canción vuelve a España*

TENÍA RAZÓN León Felipe en sus clarinadas y sus blasfemias del éxodo cuando decía: "¿Qué hará el vencedor con sus ejércitos, sus guardias, sus jueces y sus verdugos, si nosotros nos llevamos la canción?"

España vivió dos largos decenios sin canciones, es decir, sin poesía, sin esperanza, en una larga noche de horror, de sangre y de lágrimas. La voz del anhelo quedó sofocada, toda ambición noble quedó a ras de tierra; sobrevivir era la máxima aspiración de los que vivían en aquel aquelarre de venganzas ruines y de bajas concupiscencias. ¡El pueblo del éxodo se había llevado la canción!

Resonó en todos los continentes el anatema contra los opresores, una antología insuperada en su vigor y en su justicia. La voz de España se mantuvo activa, insobornable, valiente, en el exilio; desde la patria esclavizada no se hacía oír más que la anti España triunfante. ¿Qué otra cosa podíamos hacer desde lejos sino fulminar condenas líricas contra la tiranía y llorar por la destrucción del templo? Lo malo no fue eso, sino que hemos anclado y arraigado mentalmente en esa playa de los lamentos jeremíacos, insensibles a toda otra visión y a toda otra perspectiva. ¡Franco, Franco, Franco!

Hacia falta otro tono; hacía falta, no un permanente *anti*, sino un vigoroso *por*, una afirmación de fe, una nota de esperanza. Nos habíamos llevado la canción y habíamos hecho casi una profesión de la reiteración de la condena olímpica y en ella lo cifrábamos todo.

Después de veinte años de silencio, de coacción brutal, de aplastamiento, la mística artificiosa de la victoria inmerecida se desvaneció ante la cruda frustración. Volvió la canción a brotar en España; volvieron los poetas, los novelistas precursores, los escudriñadores inquietos a levantar la cabeza y a pulsar la cuerda de la vida y de la dignidad. Las huelgas de mayo y junio de 1962 alteraron el panorama y trastocaron con sus consecuencias morales y espirituales el trágico equilibrio. Jóvenes que nacieron después de nuestra guerra o que eran niños durante la contienda, claman por sus fueros y se agitan por una nueva España. Una generación nueva entró en acción con los mil recursos que entraña todo esfuerzo creador. ¿A dónde irá? Es posible que no siempre tenga conciencia del alcance de su reacción, pero si se ausculta atentamente la palpitación multiforme, se advierte que España revive de los escombros y de las cenizas de la catástrofe. ¡No podía ser de otro modo! La emigración fue en esos años oscuros el alma de España, pero la canción ha vuelto a resonar allí donde había sido proscrita. Tengamos el oído atento a ella y regocijémonos al ver en manos de la juventud española la antorcha que iba apagándose en las nuestras.

*Superación de la guerra civil*

Las nuevas generaciones españolas, obreras, campesinas, estudiantiles, activas en el trabajo, en la cultura, en el pensamiento, superaron las barreras de la guerra civil, los *anti*, los *contra*, los antiguos esquemas divisorios y se alistan en nuevas orientaciones. Quieren otra España, la buscan, la presienten, se disponen a plasmarla en realidades con medios todavía muy limitados y precarios, pero con una voluntad tensa. Se suman en esa empresa los hijos y los nietos de los vencedores y de los vencidos de ayer, como hicieron hace ya unos años los estudiantes de Valladolid. Hay gestos de insurgencia, de protesta en sectores tradicionalmente inmunizados para todo pensamiento y todo sentimiento de justicia social. Consciente o inconscientemente, con premeditación o con espontaneidad no reflexiva, se echó doble llave al espectro de la guerra civil para que no perturbe la resurrección, una resurrección que no sería viable sobre la base de reanudar una batalla que fue ganada por los unos y perdida por los otros, pero cuyas consecuencias las ha pagado todo nuestro pueblo.

El pasado puede ser muy útil a esas nuevas generaciones en su orientación y en su marcha; pero hay que arrancarlo de las manos y del pensamiento de los que actuaron en él para dejarlo a merced de los historiadores, que pueden aquilatar sin apasionamiento valores y experiencias con métodos y objetivos propios. El Cid Campeador en manos de Menéndez y Pidal es una fuente valiosa de inspiración; pero si anduviese cabalgando por España sería una peste, un estrago.

Nuestra guerra civil encierra lecciones de gran alcance; está ligada a la más fecunda revolución de la historia moderna. Pero esas lecciones no las pueden ni las deben extraer los actores de la epopeya, ni los vencedores ni los vencidos, porque jamás podrán avenirse a la objetividad necesaria que puede fecundarlas. Que lo hagan los estudiosos, los investigadores, los cultores de la historia. La guerra de 1936-1939 merece tanto como el Cid un nuevo Menéndez y Pidal. Confiemos que no faltará y confiemos en que sabrá hacer justicia, mejor que nosotros, más objetivamente que nosotros, los de un lado y otro de la barrera.

Si una guerra civil fuese necesaria para liberar a España de sus cadenas, no debe ser la de ayer, sino la que resulte del nuevo juego de las fuerzas que se hacen presentes y luchan por su derecho.

Histórica y biológicamente, había que esperar la llegada de la generación que comienza a decir su palabra y a entonar su canción de esperanza. Sin ella, todo habría estado perdido, aunque los emigrantes, cada día más viejos, conservásemos algunos sellos de goma y alguna liturgia de partido y organización unos años más, como nuestros hermanos sefarditas expulsados en 1492 conservaban y sus descendientes conservan aún las llaves de sus casas de Córdoba o de Sevilla. ¿Para qué?

No minimizamos lo que significábamos ayer; con muchos errores, éramos eje de cualquier desarrollo económico y social, por nuestro número, por nuestro empuje, por nuestro arraigo en un largo pasado. Pero un cuarto de siglo es mucho tiempo para la época en que vivimos, cuando los decenios equivalen a siglos. En ese lapso de ausencia ocupó nuestro puesto una generación que apenas conoció en la infancia la guerra o que la conoció a través de los relatos de los sobrevivientes, con simpatía o con horror, según fuesen los relatores.

*¿Qué hacer?*

¿Pretenderemos que la nueva generación que comienza a moverse en España nos tome por supremos sacerdotes para la orientación de sus afanes? ¿Tenemos derecho a pretender que bailen al son de nuestro tamboril? Se ha formado bajo

las influencias más dispares; reza el padrenuestro y clama por la colectivización de la tierra y de los recursos económicos. Su lenguaje no suele coincidir con el que nos era familiar, fruto de otro desarrollo; surgió al contacto con nuevas realidades circundantes. Si ahonda más o ahonda menos de lo que creíamos ahondar nosotros, lo dirán los hechos. Lo que importa, lo que pesa, lo que interesa es que ha despertado en España una juventud de veinte, treinta o cuarenta años que no está conforme con el régimen impuesto por el totalitarismo italogermánico y por las democracias claudicantes y que trabaja, sueña con un cambio, en parte con ideas y aspiraciones revolucionarias, en parte con orientaciones confusas y con nebulosas. Pero existe, piensa, siente y lucha.

¿Hemos de cruzarnos de brazos y contentarnos con ver los toros desde la barrera, o mirar a esos jóvenes de arriba abajo, con menosprecio olímpico porque no tienen el carnet de nuestro partido u organización, porque no nos reconocen como jefes y cómo guías de sus ambiciones? ¿Esperaremos a que la montaña vaya a Mahoma?

Por suerte, aún nos quedan en el interior sobrevivientes de la tragedia, hombres que han sufrido mucho y cuyo sufrimiento no tiene comparación alguna con las posibles penurias con que nosotros hayamos tropezado en el exilio. Esos hombres que han sufrido tanto, aprendieron también mucho y saben razonar sus sufrimientos. No son ya muchos, pero son notables por su claridad mental, por su conducta, por su prestigio moral. Ese es el punto de apoyo directo con que contamos para hacer llegar a la nueva generación, en cuyas manos está la bandera de la resurrección española, el mensaje de nuestra simpatía y nuestra solidaridad. Ellos pueden ser el vehículo que aún puede permitirnos llevar al seno de la España nueva algunas de nuestras inquietudes y de nuestras aspiraciones vivas aun después de la derrota.

No concebimos ya la existencia en la diáspora más que en función de colaboración y sostén para nuestros sobrevivientes del interior a fin de que sirvan de puente de contacto con la juventud que entra en acción desde los ángulos más distantes y a veces los más contradictorios. Si buscamos una continuidad histórica para nosotros; si queremos sobrevivir como movimiento, no lo lograremos más que por esa juventud, fuente perenne e inagotable de renovación y de vida. Y no concebimos tampoco la vinculación y la alianza con otras fuerzas más o menos afines del exilio si no es para reforzar las posibilidades de ayudar a los que quedaron en España a estar presentes en el esfuerzo que se perfila y que se cohesionan en favor de una nueva realidad política y social.

Es posible que esa nueva generación que habla otro lenguaje y que busca por su cuenta el camino, tenga algo que aprender de nosotros, positiva o negativamente; es posible que podamos serle útiles por lo que hayamos representado y por lo que hayamos hecho, pero también por lo que hemos dejado de hacer o por lo que no supimos hacer. Pero si esa generación puede tener algo que aprender de nosotros, también es posible que tengamos nosotros que aprender de los que han ocupado nuestro puesto en la lucha, no en función de una doctrina de partido, sino en función de imperativos insoslayables de la situación creada en España y en el mundo.

El apego nostálgico y romántico al bien perdido, hace que la emigración imagine que tiene una proyección o una gravitación en la vida española como en los buenos tiempos. Seamos más modestos. La nueva generación nos ignora, en el mejor de los casos nos ignora, y es muy posible que, si volviésemos a nuestro país, nos encontráramos allí tan extraños como hemos permanecido extraños a los problemas y exigencias de los países a donde nos llevó el vendaval de la derrota.

La fidelidad religiosa y patriótica a un pasado que se nos grabó en el espí-

ritu profundamente lleva en sí el peligro de situarnos al margen de la nueva realidad que ha surgido durante los decenios pasados en el destierro. Y sin la capacidad para interpretar y vivir la nueva realidad y comprender a la nueva generación, es probable que fuésemos mañana más un estorbo que un auxilio en España, donde seríamos extranjeros no siempre bienvenidos.

*Del negativismo a la captación de la aurora que se anuncia*

Se comprende que el exilado no pueda apartarse de la visión hostil a aquellos que oficiaron como máximos responsables de la tragedia y que continúe dirigiendo todos sus dardos retóricos contra los símbolos del régimen totalitario, que sobrevive a sus gestores Mussolini e Hitler. Esa mentalidad se explica psicológicamente. Pero no es honroso para nosotros exaltar la figura de Franco como la de un semi-diós infernal. El antifranquismo no es un programa ni es una solución; no lo es siquiera para objetivos momentáneos como el del retorno a la patria de algunos centenares o algunos millares de restos encanecidos y un tanto decrépitos de la poderosa emigración de ayer.

Lo que interesa, lo que importa es el cambio de los cimientos tradicionales del despotismo y del monopolismo, el modo como se ha de dar solución a problemas urgentes e irrenunciables del infraconsumo de millones y millones de españoles que viven en la inseguridad y en el temor, al fenómeno del éxodo de obreros especializados y técnicos que buscan en los países europeos o americanos medios de vida de que carecen en España para ellos y sus familiares. Lo que es esencial es un cambio de fondo en la estructura medieval del régimen de la tierra en gran parte de nuestro país y una adaptación del instrumental económico productivo a los tiempos nuevos y a la nueva técnica para aumentar el nivel de vida del pueblo.

El antifranquismo no nos seduce ni siquiera por su eufonía. Además, la historia está ahí para enseñarnos que tenemos todos una capacidad de olvidar los sufrimientos que sobrepasa los límites del perdón. El general Marzo, el juez incalificable del proceso de Montjuich en 1897, murió en la cama a los noventa y dos años; Martínez Anido, precursor sádico de Franco, murió de viejo y también en la cama. No hay razón para no prever que también Franco y Eymar morirán de viejos. El consuelo que nos queda a los que habríamos deseado otro destino es que la Historia será más severa y más definitiva que nosotros en su fallo.

El objetivo de la caída de Franco por alguna convulsión interna puede ser el de la emigración vencida en la guerra civil. Pero aquella guerra civil no es el móvil que agita a la nueva generación y ese personaje siniestro va quedando en segundo plano en espera del sucesor. El declive de su imperio es ya visible. Si dependiese de nosotros, borraríamos desde ya del diccionario el antifranquismo, porque un objetivo tan pequeño desvía de los objetivos a que no queremos renunciar y a los que no deseáramos que renunciasen las nuevas generaciones: un cambio en la vieja estructura feudal de España.

*Nuevas tácticas*

Lo mismo que quisiéramos borrar del diccionario de la emigración la cantinela del antifranquismo, que es lugar común monótono en las ocasiones y conmemoraciones solemnes, quisiéramos desterrar tácticas que han tenido su razón de ser y su justificación plena, pero que no la tienen ya.

Franco fue brazo ejecutor de los intereses y las ambiciones de grupos de presión militares, religiosos, sociales, económicos y financieros que recurrieron a la guerra civil porque veían en peligro sus privilegios. Sin esos grupos de presión,

no hubiese existido. Con la prédica del antifranquismo lo exaltamos a un nivel que no merece, pues no ha sido más que instrumento subalterno de fines extraños. Y por otra parte, el antifranquismo es también un modo de dar más vida al franquismo.

Otra de las tácticas que quisiéramos desterrar como sistema es el del uso de la violencia, el del culto a la violencia. Lo de las barricadas suena muy bien en la canción confederal famosa, pero no lo tomemos al pie de la letra: las barricadas han pasado a la historia; los tanques de guerra no las respetan; ¡que lo digan los húngaros! No se puede renunciar a la violencia en absoluto, pero se debe renunciar en absoluto a la creencia en su valor palingenésico. Nuestra revolución no se abrirá paso con los métodos de un ejército secreto como el de los nacionalistas franceses de Argelia; nuestra revolución será fruto de la esperanza, del trabajo, de la cohesión, de la claridad en las ideas y en los objetivos perseguidos, de la persuasión y del ejemplo. Millones de toneladas de papel impreso no habrían logrado lo que logramos con el ejemplo de las colectividades agrarias e industriales durante nuestra guerra; y esas colectividades fueron la obra del tesón, de la voluntad, del trabajo de sus miembros.

Supongamos que mañana, por algún milagro raro o por una decisión firme, reunimos mil toneladas de TNT. No es difícil. Repartido ese explosivo en pequeños artefactos, sus detonaciones y sus daños sembrarían alarmas, causarían daños materiales y víctimas en España y quebrantarían transitoriamente su economía. ¿Qué lograríamos con ello? ¿Nos complaceríamos en el daño causado de ese modo? ¿Beneficiarían en algo a nuestro pueblo? ¿Resolverían alguno de sus problemas acuciantes?

Hace pocos meses, las inundaciones imprevistas en varias regiones de Cataluña han causado estragos equivalentes o superiores a los de mil toneladas de TNT; hubo pérdidas ingentes, centenares de muertos, poblaciones arrasadas, viejas industrias destruidas en pocos minutos. El régimen político que sufre España no ha sido conmovido en sus cimientos por esa violencia de la naturaleza. ¿Lo habría conmovido si la destrucción hubiese sido causada por las mil toneladas de TNT repartidas en pequeños artefactos explosivos?

En cambio, la alianza firme con la nueva generación española y nuestra presencia en sus afanes, a través de los compañeros que quedaron en España o que volvieron a ella movidos por su espíritu de lucha, ésa sí que sería una grave amenaza para los que se empeñan en prolongar la Edad Media hasta la revolución atómica que sacude al mundo.

No queremos cerrar el camino a los héroes; pero los héroes no se fabrican por decreto de Estado ni por acuerdo de un concilio; a lo sumo se fabrican de ese modo mártires. Nuestra táctica no debe tener por medida la acción de los héroes, sino el sentir y el pensar del promedio de nuestros amigos y compañeros y sus posibilidades de acción. Si para héroes no todos tenemos pasta, para contribuir a la construcción de un mundo de justicia, de libertad y de abundancia, todos tenemos las puertas abiertas.

## Mentes prefabricadas

Por MARÍN CIVERA

ES NECESARIO poner las cosas en su lugar. La época moderna ha cambiado de sitio muchas ideas y, sobre todo, el conformismo fanático de los últimos tiempos. Un filósofo moderno ha observado que después de cada período dogmático viene otro de ironía. El dogmatismo desencadena a su contrario y suscita su adversario. La ironía —la ironía filosófica— destruye tanto como crea, estremece las certidumbres adquiridas, aunque parezcan sólidas, y descubre su fragilidad, poniendo al desnudo sus límites. Es necesaria la ironía para evitar que caigamos en el acto de fe. La confianza ciega en el dogma social nos lleva, con el tiempo, a la estupidez. La ironía social evita que desechemos el tonto orgullo del “quien no está con nosotros está contra nosotros”, de los que se atienen al dogma de su conveniencia cerrada.

Todo esto viene a cuento porque al estudiar el papel en la Historia de los dogmas sociales tropiezo con un extenso libro reciente de Henri Lefebvre, filósofo francés de tendencia marxista, en el cual hay un capítulo dedicado a la ironía, la mayéutica y la Historia, denso y de difícil comprensión. Pero lo que me interesa del autor no son sus conclusiones, fáciles de adivinar, dado su método, sino sus propios argumentos, que pueden volverse del revés, por poco que se conozca la Historia y la Filosofía, así como las aplicaciones de las doctrinas sociales de este siglo.

El método marxista parecía que iba a enderezar la prehistoria del hombre y a encuadrarlo en la verdadera historia, que, naturalmente, comenzaba con su dialéctica y su materialismo histórico. La ironía marxista era un momento de la conciencia y del conocimiento que nacía en su momento oportuno: ni antes ni después. Iba a barrer las falsas conciencias, cuyas modalidades eran, entre otras, los dogmatismos, las mistificaciones, las estereotipias, los egocentrismos; es decir: toda la teratología intelectual, o sea, todo lo que llevaba a lo absoluto la organización y el cálculo aplicado a los actos humanos: el hombre-cosa, la alienación, la tecnolatría y el culto a la máquina. Pero Lefebvre descubre ahora que Stalin, al evocar por su propia cuenta los espíritus de Pedro el Grande y de Iván el Terrible, los hizo pesar duramente sobre el cerebro de los vivos. Es decir, que los revolucionarios se adornaron con el clasicismo, identificando lo real, lo racional y lo posible, demostrando que lo nuevo nacía de lo antiguo con el fórceps del Estado, cuando, según Marx, lo nuevo debía ser el fin del Estado. Los hombres hacían ya lo que querían, puesto que Stalin hacía lo que le daba la gana. Los determinismos pasaron a último término.

El pensamiento marxista, con su crítica radical, pretendía acabar con las ideologías, incluso con las religiones, y ahora se ha transformado en doctrina impregnada de religiosidad (culto a la personalidad, infalibilidad del partido, obediencia, silencio y amortiguamiento de la racionalidad humana); el fin de toda alienación humana —religiosa, moral, política, filosófica, económica— por el proletariado industrial, se ha transformado en teoría de gobierno —exigencias de la industrialización, de acumulación, etc.—. Ahora se especula sobre la materia, así como los antiguos lo hacían sobre el ser, pues se preocupan más de ondas y de corpúsculos

que del hombre como ser material. La doctrina es infalible. La autoridad define la ortodoxia. Las masas y los militantes sólo disponen de textos expurgados. Historia sagrada que no se puede tocar.

El marxismo tiene un lenguaje y una gramática propios. Su dogmatismo no se impone a la conciencia de los individuos o de los grupos de manera directa, sino que se introduce desde dentro, con la terminología y el vocabulario, por medio de una ligazón de palabras y conceptos. Las palabras y conexiones de palabras filtran los sentimientos, con reglas para el razonamiento y máximas para la acción. La jerga es insostenible, y algunos partidarios lo reconocen, pues no se presta a la literatura y a la poesía, pero se acostumbran a no pensar, ni a razonar, ni a construir mentalmente con lógica. Los impulsos que llegan al cerebro no alcanzan a encajar en el lugar adecuado. La respuesta que reciben de él es condicionada por la previa confusión de sensaciones.

El autor del libro a que me estoy refiriendo, a pesar de llamarse marxista, reconoce, aunque implícitamente, que nuestro lenguaje occidental se llena, por el contrario, de elementos informativos; pesa los contrarios, lo justo y lo injusto, el lado bueno y el lado malo de las cosas y de los actos, discute y duda, todo lo cual hace imposible el diálogo con los del Este. A veces se les acusa de insinceridad, de duplicidad, de repetidores obstinados de fórmulas, pero, en verdad, ocurre que ellos hablan su lenguaje y emplean las palabras que les han enseñado. También se extrañan de buena fe que nos les comprendamos. Es un lenguaje político de índole superior, un instrumento que daría más beneficio a los hombres de Estado democráticos, pues está hecho para los actos y los comportamientos. De ahí que avancen tanto entre las masas de mente no instruida por la cultura. La duda filosófica sería el pecado mortal. La exaltación técnica destruye el lazo con el humanismo. Humanismo y técnica coinciden. Priva lo cósmico, por contraste con la finitud humana de la filosofía occidental. Régimen social y sentimiento nacional es ya la misma cosa. La misma condición, el infinito virtual.

El marxista tiene una respuesta para todo, puesto que la moral impuesta tiene como base el optimismo incondicionado y la fe en el porvenir. Esta moral responde a todos los problemas humanos: amor al trabajo, a la familia y a la patria suya; exige un riguroso conformismo, la adhesión plena y completa y el consentimiento sin reserva del individuo a lo social. Adaptación perfecta del individuo a la sociedad, cosa que no han logrado las religiones ni las filosofías, al respetar al hombre como ente libre y, por tanto, contradictorio. Todo ello no se ajusta al deseo de Marx sobre la expansión humana en una ascensión libre hacia la supresión del Estado “opresor”.

En otras ocasiones he tratado de aclarar que la Historia no se desarrolla de manera determinada y que el determinismo histórico tenía poco que ver en la trayectoria ascensional del hombre. Existe lo nuevo, lo inesperado, llámese destino, azar o mutación, y que los mismos actos humanos tienen sus limitaciones cíclicas de opresión y de expansión, independientemente del modo de producir. Hay lo que el filósofo llama “deriva”, que el piloto marino debe corregir y enderezar constantemente; hay, desde luego, azar. Algo que nace y crece, algo al parecer absurdo, irracional, imprevisto. Ideas y hombres que cambian y se contradicen y que no tienen predeterminación justificada. Lo que va a llegar depende a veces de uno mismo y ha de apoyarse en los hechos. Lenin, más realista, decía que no hay que construir sobre el entusiasmo, sino sobre la realidad y, claro, ésta no depende de la idea ni de la anulación del libre raciocinio. No hay un determinismo, sino “procesos determinados”, como el crecimiento demográfico, la expansión técnica, el mismo desarrollo del pensamiento, que los mismos hombres crean y que acaban

por no poder dominar. ¿La Historia? ¿La evolución social? Van, desde luego, a alguna parte. Pero ¿dónde? Su camino es sinuoso y accidentado.

El filósofo nos da una regla sabia: hay que mantenerse a distancia. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos de la gente, de las situaciones y de las cosas. Hay que meditar sobre la distancia, y el hombre tiene una distancia con relación a la Naturaleza. La separación hace también nuestra suerte, pero hay que evitar que se convierta en abismo.

Una mente prefabricada es un peligro constante, pues el hombre y la masa tienden siempre hacia la utopía, que, si bien en algunos casos es bueno, en otros, y a la larga, conduce a la anulación del pensamiento, pues la educación totalitaria, sea de la índole que fuere, se basa, en principio (esto lo dice el especialista del cerebro), en el intento de condicionar un defecto en el mecanismo condicionador del cerebro y un defecto en tal proceso es la única actividad fisiológica que no se puede condicionar. Podremos no aprender nada, y seguir con ello; pero nadie en sus cabales puede aprender a no aprender. Tarde o temprano la intromisión en las funciones naturales estropeará el mecanismo; la mente se achata en el molde somero impuesto; cualquier cosa puede significar otra, y lo falso volverse verdadero. Y lo peor es que las piezas estropeadas son de difícil reposición.

Téngase en cuenta que el proletariado no es revolucionario por esencia ontológica, por estructura absoluta. Se es revolucionario en determinada coyuntura, y se triunfa si lo acompaña lo favorable. Lo cual obliga a pensar, a razonar; por lo tanto, la mente necesita libertad y buenos reflejos.

La idea marxista de fin determinado la hubiera modificado Marx, de haber vivido ahora. El "mundo humano" de la técnica de la acumulación y de la industria tiene fuertes influencias inhumanas y se ha convertido en una potencia objetiva, dotada de bastante autonomía. Entre el lado marxista de la determinación y el lado actual del mundo productivo está el "abismo de la invención y de la creación"; por lo tanto, de la duda. La marcha del proletariado no es tan recta en su ascensión, sino que se ha estancado en un plano de acomodación. Esto lo reconoce el propio Lefebvre. "Todo se crea dentro de lo humano y nada se pierde... Lo natural resulta de la unidad de lo adquirido y de lo espontáneo." A veces, el dominio de una "necesidad" histórica cambia a ésta en algo imprevisto.

El balance es desconsolador. Marx pretendía acabar la prehistoria del hombre para encuadrar a éste en el camino firme de su redención, contra otras ideologías, filosofías y religiones caducas. Quería crear al hombre nuevo. Sin embargo, lo que ha cambiado algo es la vida, pero no el hombre. El hombre "nuevo" actual arrastra las conformaciones y taras de lo "antiguo". El realismo filosófico y político, el moralismo, el empirismo y el positivismo mataron la utopía, lo imaginario, el simbolismo, la poesía y la crítica radical, sin substituirlo por otra cosa. La nueva vida, la nueva sociedad se ha quedado en una "sociedad burguesa sin burguesía". El proceso humano "avanzado" se ha resuelto en lo más viejo que existe: necesidad, trabajo y goce, escuetamente. Esto vale ahora lo mismo para los dos bloques que dirigen la marcha del mundo: el marxista y el capitalista.

## Sobre los orígenes de la cruz

Por RAMÓN SENDER

DÍAS PASADOS ESTUVE en el British Museum y no sin cierta alegría pude comprobar un dato importante para documentar mis antiguas opiniones sobre el origen de la cruz. En la sección de la prehistoria de los pueblos orientales asiáticos hay varios modelos del artefacto que empleaban para obtener el fuego. Ese artefacto era el más simple: la frotación de dos maderos en forma de cruz. En el sitio donde se cruzaban había madera carbonizada y por esos carbonos se había establecido la edad de los maderos que, aunque no era impresionante, pertenecía en todo caso a la baja prehistoria.

El hecho de que hace ocho mil años usaran la frotación de dos maderas en forma de cruz para obtener el fuego hace suponer que los primitivos descubridores del fuego no debieron usar otra forma, ya que apenas si puede imaginarse un procedimiento más elemental.

Eso confirmó una vez más mis sospechas sobre el nacimiento de la cruz como objeto útil y mágico a un tiempo. Los sinantropos hace quinientos mil años producían así el fuego con el que cocían las viandas —entre otras, las carnes de sus semejantes— cerca de lo que ahora es Pekín. Desde entonces la cruz ha sido objeto de veneración en todos los pueblos, lo mismo de oriente que de occidente. Y esa veneración no tenía nada que ver con la crucifixión de un hombre inocente ni con el cristianismo. Cuando los primeros cristianos llegaron al Indostán y encontraron la cruz como objeto de adoración, se quedaron asombrados y lo atribuyeron unos al don profético de sus naturales y otros a "obra del diablo". Lo mismo les sucedió a los descubridores españoles de América, que veían a los indios del norte del continente y del extremo sur arrodillarse ante cruces que ellos mismos habían construido. La cruz ha sido adorada por la humanidad entera a lo largo de la historia (lo mismo sucedía en la Alemania prehistórica y en los países escandinavos, en Mesopotamia, en Egipto). En España las cruces paganas aparecen aún entre los iberos, pueblos casi de ahora, y en distintas formas, siendo la más frecuente la swástica.

La swástica es el símbolo más universalmente extendido en la antigüedad. Lo han encontrado en todas partes. La tradición lo liga al primer objeto que por haber producido el fuego liberó al hombre de sus peores miserias: las tinieblas de la noche y el frío invernal. El descubrimiento del fuego cambió el destino de la humanidad entera y tuvo en ese destino una importancia mucho mayor que la que atribuimos ahora al descubrimiento y al uso de la técnica nuclear. Por otra parte, el descubrimiento del fuego fue un hecho progresivo de una tremenda significación. El de la técnica nuclear no sabemos aún a dónde va a llevarnos. Tal vez sea regresivo y más aún: destructor y exterminador.

En el centro del descubrimiento del fuego está, según la leyenda y según algunas circunstancias históricas, la cruz swástica cuyas *gammas* o remates en forma de *ele* servían para asegurar la mano de los que producían la frotación. La swástica fue aceptada universalmente como forma mágica con la excepción de los pueblos semíticos, que al menos en los tiempos modernos la habían desechado como símbolo

religioso tal vez por ser su religión la más desarrollada y separada de los orígenes heliosísticos de todas las demás. Porque todas las religiones conocidas hasta hoy han comenzado adorando al sol, "nuestro padre que está en los cielos", lo que no deja de ser natural ya que de él nos llegan todas las formas de vida existentes en nuestro planeta y el calor de nuestra sangre es una fracción del calor solar y la llama de una cerilla es una parte de la llama solar.

En el fuego hijo del sol que viene a la tierra a redimir a los hombres de sus peores miserias, todos los pueblos antiguos veían la cruz. El sol se representaba como una cruz radiante; el fuego hijo del sol se obtenía con una cruz de madera; algunos pueblos, como los chinos, representan el orbe entero con el signo de una cruz encerrada en un cuadrilátero y la cruz gamada aparece como símbolo del culto heliosístico en las excavaciones de las ruinas más antiguas.<sup>1</sup> En las cerámicas pelásgas más viejas, en la alfarería más primitiva de Rodas y de Chipre. No sólo aparece la swástica en todas las islas del archipiélago helénico, sino también en el continente y además en Macedonia, Tracia, Creta, Lycia. En el norte de Italia era conocida y usada la swástica como exvoto mucho antes de la llegada de los etruscos, según grabados y fotografías de Mortillet en su *Musée préhistorique*. En las catacumbas precristianas de Roma, en los mosaicos romanos, más tarde. Luego en las tumbas cristianas como símbolo del sol giratorio. Antes apareció en las piedras labradas y en las monedas de oriente. Se halló en el año 1492 entre los indios del Nuevo Mundo.

Los cristianos usaban la swástica y la cruz patibularia indistintamente. La primera aparece incluso en el borde de la túnica del Buen Pastor,<sup>2</sup> y en Milán, en el púlpito de San Ambrosio, uno de los más viejos monumentos de la cristiandad. En otros países, incluidos Bélgica y Suiza, aparece la swástica mezclada con otros símbolos en sepulturas cristianas. En España se halla al mismo tiempo como signo heliosístico pagano con los iberos irredentos del interior y como símbolo cristiano.

Parece que la cruz swástica fue la primera que tuvo carácter mágico. Luego, tal vez por la tendencia a la simplificación de todos los símbolos que ha usado el hombre, la cruz perdió la *gamma*. Por otra parte, como señal del sol inmóvil —no giratorio— había sido usada, según se cree, desde los más remotos tiempos. La cruz representa los cuatro lugares del orbe: cenit, nadir, occidente y oriente. El brazo superior es el cenit —el mediodía—, el izquierdo, el naciente, y el derecho, el poniente. En cuanto al brazo cuarto —o pie— clavado en la tierra, representaba la dirección de las tinieblas y de la noche. El lugar donde estaba el sol cuando no se veía sobre el horizonte. La bajada a los infiernos de casi todos los profetas de las religiones heliosísticas, entre ellos Orfeo, Dionysos, Jesús, Serapy, Mahoma; antes de la resurrección o de algún hecho equivalente simbólicamente a la resurrección, es una alusión a esa desaparición del sol en la dirección señalada por la base de la cruz.

La magia de la cruz como objeto ligado a la aparición del fuego se confirmaba por la ocasional visión durante las tormentas de un rayo en forma de cruz. A veces de cruz swástica y otras de cruz ordinaria. Según un autor danés (Lud. Müller, *Det saakaldte Hagekors*), la swástica y el rayo aparecen juntos en algunas excavaciones de lugares del Pirineo. En otro lugar he explicado la relación de ese fenómeno con la cruz de Sobrarbe (Alto Aragón) y con la mitología primitiva aragonesa.

La cruz latina, que por vez primera con ellos —los romanos— adquiere carácter patibulario, es la última manifestación de la adoración muchas veces milenaria de la cruz como emblema solar.

<sup>1</sup> Schlieman, *Ilios, ville et pays des Troyens*, París, 1885.

<sup>2</sup> Th. Roller, *Las catacumbas de Roma*, París, vol. II.

No es raro que adquiriera tanta importancia, ya que en la intersección de las dos maderas había aparecido el fuego y éste redimido al hombre primitivo de los horrores de las tinieblas y del frío. El hijo (fuego) del padre que está en los cielos (el Sol) baja a destruir las tinieblas y a redimir al hombre del mal. Se puede imaginar lo que debía ser la vida humana antes de haber logrado obtener el fuego. Multitudes hambrientas y desnudas huyendo de los territorios fríos para encontrar en los templados otros hombres que se negaban a recibirlos. Largos éxodos dejando millares de muertos por los caminos, peleando entre sí para entredevorarse, aprovechando las sombras de la noche para el asesinato, el robo, la antropofagia y toda clase de promiscuidades sexuales. Los que lograban entrar en el fondo de una caverna para dormir no estaban seguros de despertar y con frecuencia eran sacados del fondo de sus cuevas por las bestias carniceras que comenzaban a devorarlos aun antes de acabar de matarlos. El horror de las tinieblas hacía la vida natural del hombre (por sí muy corta y no más durable quizá de veinte o veinticinco años) más precaria aún.

El descubrimiento del fuego —gran misterio todavía no resuelto, puesto que los mayores sabios de hoy no pueden explicar en qué consiste— redimió al hombre de sus peores miserias. Bajaba el fuego del sol (del cielo) para salvar al hombre. Con el sol comenzó a establecerse el hogar monógamo o polígamo. La palabra *hogar* está asociada en todos los idiomas del planeta a la idea del fuego. Con el fuego ya el hombre no tenía que emigrar y se salvaba de los horrores nocturnos.

Frente a la cruz dicen los sacerdotes cristianos: *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*. Y por curiosa asociación *igni* en sánscrito quiere decir *fuego*. Y en hindú moderno *agni* quiere decir lo mismo. La relación del *agnus* con el signo zodiacal de Aries en un momento importante de nuestra órbita alrededor del padre que está en los cielos (la resurrección del sol en el equinoccio de primavera) y el hecho de que los cristianos por muchos siglos usaran la figura de un cordero acostado en la intersección de la cruz en lugar del hombre desnudo, parecen ser reveladores. No sobre el origen heliosístico del cristianismo, que es cosa sabida y aceptada por los mismos curas cultos, sino sobre la relación de la cruz latina con todas las demás cruces habidas en la historia, incluida la cruz de Thor —germana— y la *crux ansata* —egipcia—. Esa cruz que la humanidad ha adorado milenios antes de la fecha atribuida al Gólgota por los evangelios genuinos o apócrifos (en realidad; todos son igualmente genuinos o igualmente apócrifos).

La cruz, pues, que vemos a cada paso en las representaciones modernas del cristianismo ha sido el símbolo y signo mágico más familiar al hombre desde sus remotos orígenes. Pocos son dos mil años (edad del cristianismo) en una historia que tiene documentos mucho más viejos y testimonios físicos de la presencia del hombre que alcanzan hasta el medio millón de años. En la imaginación de los hombres ha tenido la cruz todos los caracteres posibles, desde el carácter de árbol de la vida hasta el de signo de la inmortalidad, desde la señal fecundatoria (los persas usándola en la fecundación artificial de la palmera) hasta la alegoría del rito eucarístico con el alcohol obtenido del azúcar de los dátiles y considerado *agua de vida* (todavía en algunos idiomas, como el francés, se le llama así: *eau de vie*) en los ritos dionisiacos. Finalmente se hizo de ella lugar de sacrificios expiatorios. Y el *igni-agni-agnus* en el centro de la cruz (así representaban los cristianos alegóricamente su credo hasta fines del siglo VI) ha sido la última interpretación de la magia solar de la cruz.

Todavía las beatas rezan mirando a Jesús clavado en la cruz: "*Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo*." Es decir: fuego obtenido en la cruz que nos has salvado de los crímenes, angustias, miserias y horrores de las tinieblas antiguas... ", etc., etc.

Con esto quiero decir simplemente que la cruz es mucho más vieja que el cristianismo y éste también, según dijo Bossi, más antiguo que Cristo. Lo uno viene a comprobar lo otro y ambas opiniones, tan abrumadoramente soportadas por los documentos y los testimonios, vienen a recordarnos que la mayor parte de los hombres viven hoy de espaldas a las verdades más elementales y que éstas nos las ofrece en bandeja de plata la Historia a poco que investiguemos y busquemos con un espíritu libre.

Ese es el secreto: un espíritu libre de prejuicios. Lo que no es tan fácil como parece, en definitiva.

Los hay que se liberan de los prejuicios para hacerse presa de una esclavitud nueva: la de esa libertad mal entendida. Una esclavitud difícil de establecer, pero la más peligrosa de todas. Otro día insistiremos.

Londres, noviembre 1962.

### *De un informe de la Comisión Internacional de Juristas.*

La Comisión Internacional de Juristas, con sede en Ginebra, "que goza del estatuto consultivo ante el Consejo Económico y Social de la ONU", ha dicho en reciente informe que el general Franco no ha disminuido las coacciones que caracterizan a todos los regímenes totalitarios y que sería en vano buscar en España una sola forma de oposición que no caiga bajo la amenaza de las sanciones penales; que en España existe una sola organización política que depende de la voluntad directa del general Franco...

Al mencionar las huelgas de mayo del año pasado, señala que si bien el Gobierno negoció con los huelguistas, muchos líderes obreros fueron enviados a la cárcel. Señala que la libertad de cultos existe solamente en provecho de la Iglesia Católica.

Subraya que la Constitución permite al Gobierno suspender temporalmente los derechos fundamentales, como la libertad de expresión y asociación, inviolabilidad de domicilio y secreto de la correspondencia... Derechos, que, por otra parte, nunca ha respetado el actual Gobierno español.

Recalca que bajo el régimen actual un magistrado puede ser cesado por razones políticas y que los asuntos políticos caen bajo la jurisdicción de los tribunales militares, en los juicios llamado "sumarios", que no permiten la presencia de los abogados de la defensa. Para que el público no tenga acceso a las audiencias, se recurre a la estratagema de llenar de antemano la sala con policías no uniformados.

En cuanto a la libertad de prensa, el informe dice que ésta será puramente simbólica mientras el Gobierno conserve el poder de nombrar y revocar a directores y redactores y tenga un control absoluto en todas las publicaciones.

En el prólogo del documento en cuestión, sir Leslie Munro, secretario general de la Comisión Internacional de Juristas, manifiesta el deseo de que la noble nación española vuelva a encontrar la libertad y prosperidad en el seno de la comunidad europea.

Después de este informe, el Gobierno español reaccionó diciendo que España era objeto de una renovada campaña difamatoria comunista desde el exterior. El cuento de siempre.

## *Una biografía sobre Emma Goldman*

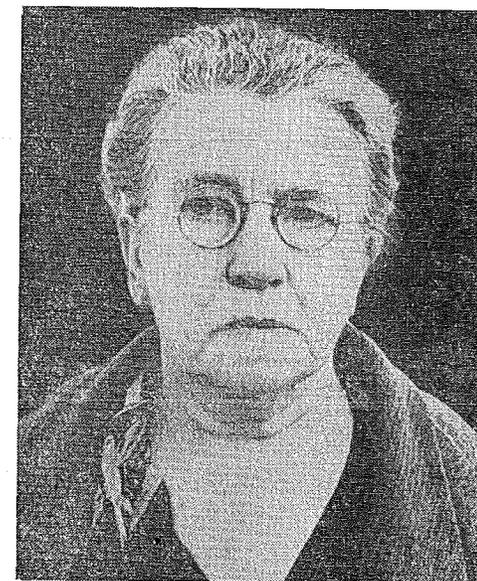
Por JOSÉ PEIRATS

EDITADO por la Universidad de Chicago ha aparecido en vitrina una interesante biografía sobre una famosa figura del anarquismo internacional: Emma Goldman.<sup>1</sup> El autor, un profesor norteamericano, había escogido como por azar una tesis para su disertación académica ante la Universidad de Minnesota: "Emma Goldman: a study in American radicalism" (1957).

En su presentación confiesa Richard Brinnon: "Al iniciar mis investigaciones sobre su vida me sentía escéptico, pues tanto su autobiografía<sup>2</sup> como otras referencias sobre su actuación parecíanme rimbombantes tratándose de una mujer. Su anarquismo parecíame una especie de chifladura política. Pasaron meses de rebusca antes de que comprendiera que mi escepticismo había sido vana petulancia y mi condescendencia pura ignorancia convencional... Hoy confieso mi gran estimación y confianza hacia ella..."

El libro que nos ocupa es una ampliación de aquella tesis. Evacuadas sus obligaciones doctorales, en la forma condensada de rigor, el autor había quedado con hambre. Es decir, con deseos irreprimibles de ofrecer al gran público su arsenal de materiales apenas desflorados.

Para mejor hacerse una idea de la cuantía y valor de estos materiales diremos que además de los libros, folletos, artículos en revistas y periódicos publicados por Emma o sobre ella, el autor ha examinado montañas de cartas particulares dirigi-



EMMA GOLDMAN

<sup>1</sup> Richard Brinnon: *Rebel in paradise*, Chicago, 1961.

<sup>2</sup> Emma Goldman: *Living my life*, Nueva York, 1931.

das por la biografiada a su vasto círculo de relaciones o dirigidas a ella: figuras relevantes de la ciencia, las artes, la política. Ha investigado escrupulosamente en las bibliotecas universitarias, en las colecciones públicas y privadas de Europa y América, ha consultado directa y expresamente a personas ligadas íntimamente con la vida de Emma o conectadas con sus asombrosas actividades. Más interesante todavía: le ha sido posible al autor hurgar en los archivos policíacos, en los de los Departamentos de Justicia, Trabajo y Postales, hasta ahora materialmente inaccesibles a los investigadores.

El rigor, la objetividad, el amor y la honestidad puestos en la tarea recomiendan la lectura de esta obra, cuya versión del inglés debiera ser contemplada desde ahora.

Glosar tan sólo a grandes rasgos las múltiples facetas de esta extraordinaria figura, según presentada por Richard Brinnon, rebasaría los límites de un artículo. Ninguna de las más interesantes ha sido escamoteada al lector. Los primeros pasos en el país natal. El impacto en su alma del período revolucionario antizarista, que pudo alcanzar y vivir en su primera juventud. Su ingreso en el paraíso americano a fines de siglo. Emma llegó a los Estados Unidos en 1885. En 1887 ahorcaban a Albert Parsons, August Spies, Adolf Fischer y George Engel. "¿Por qué tanta lamentación? —comentaba en presencia de Emma una pobre mujer—. Lo más natural es que los asesinos sean ahorcados." No pudo seguir adelante. Emma le había clavado las uñas en el cuello antes de caer ella misma al suelo sacudida por un ataque nervioso.

Este impacto marcaría el derrotero que iba a seguir en su vida. El paraíso americano se le revelaba de golpe tan infernal como el zarista. Los cuatro ahorcados la harían anarquista.

En Nueva York, huyendo de un matrimonio impuesto y desgraciado, encontró el amigo inseparable de su vida: dos temperamentos diferentes unidos en el contraste por un mismo halo de sacrificio. La biografía de Emma Goldman es inseparable de la de Alejandro Berkman. En 1892 creían ciegamente en el rebelde resurgir de la clase obrera americana. Juntos planearon el atentado que había de realizar Berkman contra el magnate de una importante acerería. Veintiún años de presidio para el autor directo y mesnadas de polizontes sobre las huellas de Emma. El año 1893 fue de pánico financiero. Miles de quiebras, millones de obreros en paro forzoso y graves agitaciones sociales. Las campañas de agitación de Emma la llevarían a la penitenciaría de Blackwell por un año. Se había revelado una gran oradora. Liberada en 1894, daría nuevo rumbo a su vida. Viaje de estudios por Europa. Pasaje obligado por Inglaterra y contacto con Kropotkin, Malatesta y Luisa Michel. En Viena, estudiando para enfermera, atendió cursillos de Sigmund Freud. Lecturas variadas exhaustivas: Nietzsche, Ibsen, Bernard Shaw. De los dos últimos sería, en sus conferencias, introductora en Norteamérica.

En 1906, un joven norteamericano de origen polaco atenta mortalmente contra el presidente MacKinley. La policía quiere ver en Emma, por sus conferencias incendiarias, la inductora del magnicidio. Atrayendo el rayo sobre su cabeza, Emma es sola en defender a Czolgosz: "Lo mismo que compadezco al matador en su terrible aislamiento, hubiese asistido como enfermera a su víctima."

Nueva condena de cárcel. Cumplida, todas las puertas se le cierran a excepción de las de una prostituta. Ya había tenido felices contactos con estas infortunadas cuando, imitando a la heroína de Dostoyewsky, proyectó prostituirse ella misma para poder comprar un revólver para Berkman.

Quizá no se haya producido nunca un alarde de tan mala prensa como la que cerró contra Emma, contra una mujer, contra una persona sola. No se detuvo ante la infame calumnia. Fue acusada de agente del zar; más tarde, en plena guerra,

de espía alemán. Al crepitar el incendio revolucionario ruso se la acusó de instrumento del gobierno rojo. Los comunistas la acusarían más tarde de vendida al capitalismo norteamericano; los estalinistas, en fin, de instrumento trotskista durante la revolución española. Emma ya había escrito su famosa requisitoria: "Trosky protesta demasiado."

A principios de siglo y seguidamente, en los Estados Unidos la calumnia tenía estampilla oficial. Calumniábanle la prensa liberal y reaccionaria, los jueces de instrucción, los acusadores públicos y privados, los magistrados y jurados con sus veredictos. Fruto de aquellos lodos fue la legislación antianarquista que monta la guardia todavía en puertos, aeropuertos y puestos fronterizos de aquel inmenso país. Los procuradores, los juzgados, la prensa, la Cámara de Representantes, los ministerios, todas las policías con sus confidentes y provocadores a sueldo movilizadas contra una mujer sola.

Ayudada de Berkman, que salió de presidio en 1907, redobló el brío de su ya acreditada revista *Madre Tierra*. En el mismo año representó a la comunidad extremista norteamericana en la conferencia anarquista de Holanda. Tuvo que volver apresuradamente al que creía todavía su país para evitar que las puertas le fuesen cerradas. Entró por la puerta de servicio (Canadá) cautelosamente. Sin eufemismo que valga, hubo una desigual batalla, un duelo singular entre el poderoso Estado americano y la sola Emma Goldman, por enredar a ésta en las viscosidades judiciales, falta de lo cual se apeló al argumento de desnaturalizarla como ciudadana norteamericana. Lo era por vía del marido repudiado y hubo que desnaturalizar al marido mismo. Así iban estrechando el cerco alrededor de la que el *New York Times* definiera como despreciable extranjera, generala del ejército de los indeseables.

Siempre bordeando el abismo, Emma seguía imperturbable su camino, echando aceite en las llamas que amenazaban abrasarla. Al producirse la primera guerra mundial, su voz de protesta contra la guerra, contra la intervención y contra la conscripción, recorrió varias veces aquel continente de mar a mar. Soldados uniformados rasgaban el uniforme ante su tribuna; multitud de jóvenes movilizados formaban cortejos tumultuosos a la salida de aquellos actos. Menudearon los consejos de guerra. De nuevo se sintió abandonada en aquella su santa cruzada y a merced de los belicosos generales patrióticos. No pudo, como en tantas veces, poner en ascuas vivas a los insignes liberales; jerarcas de la Iglesia protestantes, estudiantes y profesorado.

Las campañas de esta diabólica mujer en pro de los derechos civiles y las libertades fundamentales, la señalan a muchos títulos como precursora. Agnes Inglis le debe su eclosión intelectual. Margaret Anderson la señala como precursora feminista: "En 1916 Emma Goldman fue encarcelada por proclamar que ya no se concebía como antaño a la mujer con la boca cerrada y las piernas abiertas." En la repleta galería de mujeres insignes norteamericanas, Emma figura al lado de Isadora Duncan, Margaret Sanger y Mrs. O'Hare. Esta fue más bien discípula suya en la gran universidad de la cárcel. Si tenemos en cuenta que O'Hare llegó a influir en la humanización de los establecimientos penitenciarios, habrá que convenir que Emma fue indirectamente una reformadora en los Estados Unidos.

De campeona de las libertades civiles y del moderno feminismo pasó a la natalidad controlada mediante campañas entreveradas con escándalos que provocaban los puritanos. Emma proclamaba "el derecho del niño a no nacer"; pero definió su maltusianismo complemento, no receta autosuficiente, de la solución revolucionaria al problema social. Los aspectos más interesantes de sus actividades fueron sus conferencias, especialmente después de su viaje de estudios a Europa, cuando atacó problemas de altura versando sobre los grandes novelistas y dramaturgos. Según la

expresión de Drinnon, Emma tiende, en esta segunda etapa de propaganda, un puente entre el movimiento extremista inmigrante y las tradiciones liberales nativas. Drinnon sigue afirmando que fue una de las oradoras más completas de la historia norteamericana.

Sin embargo, la propaganda antimilitarista hizo sonar la lúgubre campanada. A su detención siguió el asalto policíaco a la redacción de *Madre Tierra* y la muerte de la revista. Hubo incautación de listas de abonados, intervención de los libros contables y de la correspondencia. Bloqueo de los fondos bancarios, proceso y condena. Al quedar cumplida ésta, el gobierno tenía ya hilyanados todos los detalles para la deportación. La histeria antisoviética facilitaba el expediente judicial. Un oficioso precursor de MacCarthy inventó la siguiente teoría: "El anarquismo ha sido introducido en América por inmigrantes alemanes; el comunismo es una emanación del socialismo alemán; Marx era alemán y maestro de Lenin..."

La deportación (a Rusia, con la que ni siquiera tenían relaciones diplomáticas los Estados Unidos) se produjo en diciembre de 1919, a bordo del "Buford". Un archipatriota había aconsejado "un barco de piedra con velas de plomo y con el infierno por puerto de destino".

Dejaban atrás, Emma Goldman y Alejandro Berkman, el paraíso capitalista y tenían delante el "paraíso proletario". En 1921, ambos ángeles rebeldes estaban ya de vuelta del nuevo paraíso. Emma había confirmado sus aprensiones; Berkman trajinaba consigo una terrible decepción. Habían recorrido la Rusia revolucionaria de extremo a extremo, Ucrania y el Cáucaso inclusive. Vieron cómo tomaba consistencia el temidor dictatorial. Compartieron el hambre y la humillación con los humildes y los réprobos. Discutieron agriamente con el zar rojo anunciador de una vieja mística: el fin justifica todos los medios. En fin, se declararon convencidos del pernicioso derrotero de aquella experiencia al vivir de cerca el drama brutal de Kronstadt.

Volvieron a Occidente para levantar las conciencias contra los horrores de los antros de la Cheka. La decepción fue terrible. El mito bolchevique iba minando las conciencias de las élites. *El mito bolchevique* fue el título de un enjundioso libro de Berkman. La palabra de Emma ya no era irresistible ni siquiera en la capital de Inglaterra. Consultado para un comité de ayuda pro encarcelados en las mazmorras soviéticas, el filósofo Bertrand Rusell se despachaba con estas evasivas: "No creo oportuna ninguna alternativa gubernamental en Rusia. Estoy persuadido de que las crueldades serían por lo menos iguales bajo otro partido cualquiera. La abolición de toda clase de gobierno no la creo posible por el curso de nuestras vidas ni a lo largo del siglo xx. No quiero asociarme a ningún movimiento que propicie para allí un cambio de gobierno." "¿Qué tendrá que ver todo esto —comentaba Emma— con el propósito humanitario de ayuda a los encarcelados?" Este estado de gregarismo de los espíritus ilustres tenía mejor excusa en los soldados de tropa de la Tercera Internacional que ahullaban en torno a la tribuna de Emma.

Hubo todavía un nuevo paraíso en la vida de Emma: España de 1936. Un paraíso tan efímero como magnífico. A su impulso irguióse Emma sobre la que ya era montaña de sus años (68). El mal de la revolución española, causa de tantas muertes ilustres, bruscas o lentas (Nettlau y tal vez Rocker), fue la causa de la suya. Murió en Canadá el 14 de mayo de 1940.

Hasta entonces el gobierno americano había respondido con un no ha lugar a toda sugerencia encaminada a anular su medida de expulsión. Sólo rectificó esta actitud para dejar el paso franco a su cadáver. Está enterrada, por voluntad testamentaria, al lado de los mártires de Chicago, que la hicieron rebelde, batalladora, anarquista.

## Venezuela en la polémica

VÍCTOR GARCÍA

HACE YA ALGUNOS MESES, el 24 de agosto exactamente, que fue inaugurado el Puente del Lago de Maracaibo en Venezuela. Era, aquella obra, un anhelo de siempre que la población marabina no cejaba de reivindicar. Finalmente, durante el gobierno de Rómulo Betancourt, se llevó a cabo dicha realización, bien que con serias amputaciones al proyecto inicial como lo fue, por ejemplo, la supresión del ramal ferroviario.

La segunda ciudad venezolana, en importancia demográfica, está desde entonces unida al resto del país, que se extiende desde la orilla oriental del Lago hasta el Atlántico, por una obra de ingeniería que en guarismos podríamos resumir así:

Costo, 350 millones de bolívares (77 millones de dólares). Longitud, 8,272 metros. Ancho, 17,40 metros. Altura (desde el nivel de las aguas), 92,50 metros. Luz (altura libre para el paso de las naves), 45 metros. Abertura horizontal (en los cinco tramos centr.), 235 metros cada uno (los tramos suman un total de 135). Concreto utilizado, 260 mil metros cúbicos. Cabillas utilizadas, 26 mil toneladas métricas.

Sólo hay un puente en el mundo que supera al del Lago de Maracaibo en longitud: el Oakland Bay Bridge, en San Francisco, que tiene 14,700 metros. Los demás, incluidos el Golden Gate (2,700 m), el Mackinac Stratis y el George Washington quedan ya muy atrás para el cotejo.

Con motivo de dicha inauguración tuvo lugar en Venezuela una acalorada polémica en la que intervinieron destacadas personalidades del mundo de las ciencias y las letras y ello debido al donativo de una estatua —mejor diríamos de un monumento— que la colonia italiana radicada en el país hacía para ser colocada junto al puente. La estatua que formó el barullo era la de Américo Vespucio.

Se alzó airada la voz del historiador Guillermo Morón diciendo que si un monumento debía erigirse tocaba a Alonso de Ojeda el honor y no a Vespucio. Vinieron las protestas y las réplicas de los que estiman a Vespucio merecedor del monumento y siguieron las contrarréplicas de quienes consideran a Guillermo Morón en lo cierto.

Los argumentos del profesor Morón, compartidos por la propia Academia de la Historia, son los de que la expedición que el 24 de agosto de 1499 descubrió el lago de Maracaibo la mandaba Alonso de Ojeda y era piloto mayor Juan de la Cosa. Los argumentos pro vespucianos se basaban, y se basan, en el hecho de que el origen de Venezuela toma arranque precisamente con motivo del descubrimiento del lago y que, como la ortodoxia señala, significaría la *pequeña Venecia*, lo que sus célebres "Lettere" parecen confirmar cuando dicen: "Bajamos a tierra y descubrimos una población fundada en el agua, como Venecia."

En realidad, cuando se trata de la mayoría de las grandes figuras que incorporaron el Nuevo Continente a Europa, y muy particularmente a España, en la última década del siglo xv y en las dos primeras del siguiente, el escollo y la nebulosa se oponen continuamente a un enmarque objetivo y exacto de los personajes. Empezando por el propio Colón, cuya genealogía genovesa se ve cada vez más socavada y considerada cada día más dudosa, cuyos restos discuten poseer

con igual intransigencia Santo Domingo, Cuba y Valladolid, y siguiendo con Nicolás Federmann que unos ven ahorcado en Alemania por malversación y otros muriendo tranquilamente en España; añadiendo luego a Hernán Cortés, de quien unos dicen que lloró en la célebre Noche Triste y otros que no tuvo tiempo para ello, de que el ahuehuete que lo vio llorar no es el que se indica en la Calzada de Tacuba y de que sus restos, al igual que los de Colón, nadie sabe dónde campan, todos los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo presentan verdaderas lagunas en el curso de sus vidas que el historiador trata de cubrir como mejor puede y según sus simpatías dicten, corriendo el riesgo de que, con los años, nuevos materiales vengan a desmentir y a rectificar estas biografías y aquellos hechos históricos.

Con Américo Vespucio ocurre otro tanto y dos corrientes se enfrentan en el campo de la Historia, una para defenderlo y otra para arrebatárle lo que, según dicha corriente, la musa Clío le diera con excesiva prodigalidad.

Para Vespucio, la presencia del cosmógrafo alemán Waldseemüller, fue decisiva, y ese humanista, que en lenguaje moderno llamaríamos "promotor propagandístico", fue determinante, consciente o inconscientemente, de que el nombre del Nuevo Continente pasara a ser el de América en lugar del de Colombia.

No bastó este exagerado homenaje a un navegante y descubridor cuyos méritos no negamos y la corriente vespuciófila, o mejor dicho, colombófoba, se las amañó para presentar como documentos vespucianos el *Quatuor Americi Navigationes* y el *Mundus Novus*, escritos apócrifos ambos, como ha señalado Alberto Magnaghi, quien afirma que se trata de hábiles manipulaciones realizadas con base en las tres cartas auténticas y recopiladas bajo el nombre de "Epistola Alberici de Novo Mundo". Los documentos apócrifos iban destinados a convertir los dos viajes que Vespucio hiciera al Nuevo Mundo en cuatro, creando los autores de la farsa un viaje imaginario en 1497 que debería arrebatárle a Colón el privilegio de haber sido el primero en tocar Tierra Firme, hecho que tuvo lugar precisamente en Venezuela el 1 de agosto de 1498.

La disputa no ha terminado. Waldseemüller la provoca y Bartolomé de las Casas la inicia en favor de Colón. Después, a través de los años, los vespucianistas y los colonistas han continuado luchando en favor del florentino y del sin patria, respectivamente.

Contra Vespucio, después de Las Casas, se pronunciaron Antonio de Herrera, Martín Fernández de Navarrete, los portugueses Manoel Ayres Casal, el vizconde de Santarem y muy recientemente Duarte Leite; también aportaron su óbolo Washington Irving, William H. Prescott, Emerson, Humboldt, W. Robertson y Alberto Magnaghi ya mencionado, entre otros. En favor cuenta, en primer lugar, el padre Angelo Maria Bandini, los que, junto con Martín Waldseemüller, publicaron en el villorrio de Saint Dié la célebre *Cosmographie Introductio* en 1507 y en la que figura por primera vez el nombre de América. Siguen luego revueltos, sin cronología ordenada, Gustavo Uzielli, Bartolozzi, Armand Pascal d'Avezac, Vernhagen, John Fiske, Roberto Ridolfi y, en muy particular modo, Henry Vigneaud, que escribe en 1917 *Americ Vespuce* (Leroux, París), Robert Levillier, cuyo libro *América, la bien llamada* (Kraft, Buenos Aires, 1948) ha sido esgrimido repetidas veces en la polémica caraqueña, y, por último, Germán Arciniegas, que pesa sorprendentemente en la balanza con su *Américo y el Nuevo Mundo* (Hermes, Buenos Aires, 1955).

La disputa, pues, está muy lejos del fin aún. Con deseos de equidistancias ha surgido una tercera corriente, de la que es figura descollante Edmundo O'Gorman, que trata de no perjudicar a nadie y, por el contrario, de realzar, hermanadas, las dos figuras discutidas. O'Gorman, en su obra *La invención de América* (Fondo de Cultura Económica, México, 1946), dirá, con toda claridad, que Colón

y Vespucio eran "los colaboradores que en realidad fueron en lugar de rivales que una mal aconsejada pasión ha pretendido hacer de ellos".<sup>1</sup>

En lo que respecta a la disputa del descubrimiento del Lago de Maracaibo y puesto que Vespucio se enfrenta con Ojeda y De la Cosa, llamados por Isaac J. Pardo en su libro *Esta Tierra de Gracia* (Caracas, 1955) *segundones*, no hubiera sido nada extraño de que la victoria fuera a favor del florentino. La irrupción por sorpresa de un monumento ya confeccionado y gratuitamente era un factor no despreciable. Los que tal idea tuvieron pensaron que Venezuela, un país tan escaso de monumentos, no iba a hacer objeción alguna y que lo más seguro sería que las autoridades se encogerían de hombros y dirían que "a caballo regalado no le miras el diente".

Mas no ha sido así y se ha reivindicado la figura de Alonso de Ojeda, el primer blanco que cruzó su sangre con la venezolana, como máxima en el descubrimiento.

De hecho, aún queda por probar si Venezuela significa "pequeña Venecia" o si, por el contrario, nada tiene que ver con la ciudad de San Marcos. Compañero y amigo de Ojeda y Juan de la Cosa fue el autor de *Suma de Geografía*, Martín Fernández de Enciso, y el descubridor-cronista dice bien claro en su libro que "...cerca de la tierra está una peña grande que es llana encima della. Y encima della está un lugar o casas de indios que se llama *Veneziuela*".<sup>2</sup>

Señálese, además, que Vespucio, por el hecho de ser florentino, no monopolizaba el conocimiento geográfico de la península italiana. El Mediterráneo, cuando terminaba el siglo xv, era un mar doméstico que los españoles conocían perfectamente, y Venecia, por añadidura, era encrucijada obligada de política y comercio.

Otro detalle que la nebulosa presenta como contradictorio es el de la división de la expedición de Alonso de Ojeda. Antonio Ballesteros Beretta, en su *La Marina Cantabra y Juan de la Cosa* (Santander, 1954) confirma una primera parte de todo el mundo aceptada: que Vespucio se separó de Ojeda y De la Cosa para ir a explorar las costas del Brasil, quedando todos citados para reunirse posteriormente en la Española. Añade que la llegada al Lago de Maracaibo la efectúan solamente los dos navegantes españoles ya citados y sus respectivas tripulaciones.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> La colaboración que señala O'Gorman hace referencia, concretamente, al intento que, después del tercer viaje de Colón, se llevaba a cabo a fin de dar con el lugar de unión entre las aguas del Atlántico y el Indico. De hecho y después del citado viaje, en Colón empezaban a anidar serias dudas sobre la autenticidad de Catay y Cipango, ya que de haber sido tierra asiática la descubierta y denominada Tierra Firme, ésta debería hallarse en posición invertida, es decir, al Norte y con un litoral encarando al Sur.

<sup>2</sup> El doctor Mario Briceño Iragorry hacía derivar el nombre de Venezuela de *Benecuela*, madre del cacique Manaure. No debe descartarse, frente a los nombres americanos, la posibilidad de su origen genuinamente autóctono. El propio nombre de América podría ser una derivación de Amaraca, como señala Alfonso Pinard, cuya cita recoge Eliseo Reclus: "...el nombre del doble continente fue de origen indígena. Según Alfonso Pinard, el gran mercado de Amaraca (Maraca, Amaracapaná), situado cerca de la moderna Cumaná, habría sido el padrino del Nuevo Mundo." Y no es ésta la única conjetura. Reclus añade un poco más lejos: "Según Jules Marcou, las montañas de Nicaragua, llamadas Sierra Amerrica, habrían sido señaladas a Colón en su viaje de 1502, como las que abastecían el oro de Veragua, y este nombre, conocido de los buscadores de oro, habría terminado por ser atribuido a todo el conjunto de las tierras occidentales" (*L'Homme et la Terre*, tomo IV).

<sup>3</sup> Precisamente el mapa más viejo que se conoce del Nuevo Mundo pertenece a Juan de la Cosa y data del año 1500, es decir, siete años antes que el de Waldseemüller. En él están ya descritos los lugares del litoral venezolano y el lago de Maracaibo. Por otra parte, los materiales utilizados en Saint Dié por el canónigo Vautrin Lud, Martín Waldseemüller y los demás colaboradores eran, en su mayor parte, producto del segundo viaje de Vespucio (el tercero según los documentos en duda), realizado bajo los auspicios de Portugal entre mayo de 1501 a septiembre de 1502.

Confirmando la versión, Roberto Almagiá, redactor del artículo de Américo Vespucio para la *Encyclopaedia Britannica*, después de señalar como posible el que Vespucio, en su viaje hacia el Sur, hubiera descubierto la desembocadura del Amazonas y alcanzando el cabo San Agustín, añade: "De regreso, alcanzó Trinidad, vio la desembocadura del Orinoco y entonces se dirigió a Haití", descartando, en consecuencia, un rumbo hacia lo largo del litoral venezolano que lo condujese hasta el lago.

De hecho, a Alonso de Ojeda, al "Caballero de la Virgen", al que aceptó por esposa a la india Guariya que él bautizó Isabel y de cuya unión nacieron los tres primeros criollos de la "Tierra de Gracia", no se le podrá arrebatar la primicia que la colonia italiana radicada en Venezuela trataba de llevar a cabo en beneficio de Américo Vespucio.

Esta corriente hispanófoba que tanto adepto tiene dentro y fuera de América, ha debido hacer un alto en el camino, a lo menos por esta vez. Sale victoriosa cada año, es cierto, en esta gran parada neoyorquina que todos los 12 de octubre celebra la colonia italiana de Nueva York, más numerosa que en la propia capital romana. Allí desfilan, se abrazan y celebran la Fiesta de la Raza italianos y sajones, incluidos John F. Kennedy y Nelson Rockefeller, ignorando que este continente, por desgracia o por suerte, fue incorporado a la historia occidental debido a los Yáñez Pinzón que permitieron, con su presencia, la confianza necesaria a las tripulaciones de la "Santa María", "La Pinta" y "La Niña", debido al millón de maravedises que Luis de Santángel y sus correligionarios aportaron a la empresa, y debido, sobre todo, a la aportación humana y su miscibilidad que España volcara en la generosidad americana y que, a pesar de todos los atropellos que la cruz, la espada y el arcabuz realizaran, consecuencia de "la época y no de España", como diría el padre Mariana, permite una actualidad perenne en los países de América, a la expresión de "Madre patria".

A esta corriente hispanófoba habrá que darle a leer el irónico documento que en 1961, con motivo precisamente del 12 de octubre, redactó un grupo de españoles, encabezado por Julián Marías, en Puerto Rico, que, por su extensión, no reproduzco completo. Algunos de sus párrafos dicen así:

"América fue descubierta, como todo el mundo sabe, por el Signor Cristoforo Colombo... encontró ayuda en los reyes llamados Catolici, il Signor Fernandino di Aragoné y la Signora Isabella di Castiglia. En aquel tiempo, como era sabido, Aragoné era una colonia italiana... Colombo tuvo el apoyo decidido de Fra Giovanni Pérez, natural de Marchena, cerca de Siviglia, famosa ciudad toscana. El gran cartógrafo Giovanni della Cosa... Los llamados Pinzone... una flota compuesta de tres naves 'Santa Maria', la 'Pitta' y la 'Bambina' (algunos historiadores la llaman la 'Fanciulla' y otros la 'Ragazza', pero esto no parece exacto). Zarpó del puerto de Pali di Moguere, próximo a Génova..."

"Colombo hizo otros muchos descubrimientos. La gran isla que llamó 'Italiana' (y que algunos corrompieron después en Hispaniola o Española), donde fundó la ciudad de Santo Domenico (hoy città-Trugiglio)..."

"Cuando Colombo regresó a Italia, fue recibido por los Cattolici Monarchi en la ciudad de Barcelona, que servía de puerto a Roma mientras se realizaban obras en el actual de Ostia... recibió honores y títulos... Amiraglio, Duca di Vedilacqua (que todavía llevan los descendientes en la forma menos pura de Veragua...)"

El trabajo se extiende ironizando a base de italianizar los nombres de los descubridores y conquistadores: Testa di Vacca, Fernandino di Sotto, Fernandino Vasquezzo di Coronato, Cabrale, Francesco Pizarro, Ernani Cortese, Alonzo di Erzighia, Origliana, Nugnezzo di Balboa... y lo mismo hace con las ciudades: San Giacomo, Conzezzione, Santa Fede, Buone Arie, La Pace...

Digamos que las grandes figuras de que se vale la Historia para marcar hitos de progreso a la humanidad rebasan la periferia de los límites políticos que en términos actuales y pretéritos son conocidos como fronteras.

Empero, en espera de que el síntoma de raciocinio en el hombre tendiente a borrar todas las trabas y fronteras del orbe cristalice, bueno sería una menor saña contra la vilipendiada España.



Vista general del Puente sobre el Lago de Maracaibo. Son 8.272 metros que, junto a las plataformas adyacentes dan una longitud total de 8.678 metros. La gráfica toma en primer término la orilla oriental en la que se halla la localidad de Palmarejo. Maracaibo, propiamente se halla en la punta extrema opuesta.

## Hacia una sinceridad ideológica

Por JUAN RUEDA ORTIZ

NO ES TAREA FÁCIL la de provocar un examen a fondo de los problemas permanentes del movimiento libertario. Si COMUNIDAD IBÉRICA lo logra, puede ufanarse de haber prestado un excelente servicio a la C.N.T. Para entrar a él hay que desprenderse de ciertos prejuicios y hablar con entereza, remontando posiciones primarias que deben catalogarse entre "los valores entendidos". Fijar en la agenda capítulos muy diversos, disímbolos entre sí, aparentemente, pero coligados en la integración de cualquier militante; hacer un análisis de nuestra trayectoria ideológica y orgánica para comprender el alcance de las situaciones que las originaron; producir un estudio a fondo de las necesidades que presenta el panorama español, para crear fórmulas nuevas y eficaces; fundamentar un planteamiento realista de posibilidades, para apreciar el grado de entendimiento que hay entre todos los grupos políticos de la emigración; efectuar un cotejo sincero de nuestros puntos de vista y los de la militancia que opera dentro de España; provocar una revisión profunda de sistemas de lucha, desplazados por la marcha del tiempo, para hacer de nuestro movimiento un instrumento útil en la organización futura de España y acentuar la capacitación de la militancia, para enraizarnos en el progreso español, con la experiencia que el mundo presente pone a nuestro alcance.

Esa misión involucra multitud de satisfacciones: desde el saneamiento y vitalización de nuestros cuadros, hasta la invasión por campos de los que estuvimos alejados por un pudor mal entendido.

A causa de un fenómeno psicológico, que se manifiesta coincidente en casi todos los grupos políticos, en la C.N.T. han existido desde su nacimiento en 1911 dos corrientes de opinión, a menudo reconciliadas y aparentemente galvanizadas, que han valorado ampliamente la necesidad de permanecer unidas para el logro de una organización fuerte. Si no hubiera algo de común en los objetivos de esas dos corrientes, todo intento de unidad habría sido inútil. La concepción ácrata no es unipersonal, sino muy varia, y por su sentido individualista, apasionada y multiforme. Su gran intento colectivo, la F.A.I., nos permitió observar multitud de obstáculos cuando acudimos a su fundación, en la Albufera de Valencia, en 1927, no obstante que la favorecía un clima de conspiración y de lucha contra la dictadura de Primo de Rivera. La corriente sindicalista aglutina, por su parte, interpretaciones muy diversas, pero se ha mantenido dentro de la C.N.T., sin seguir a Ángel Pestaña en su aventura política.

Debemos estimar que política, apoliticismo y antipolíticos representan, pues, más que tres términos, tres catalizadores ante los cuales hay que definir una posición. Nosotros no seremos políticos al uso y costumbre que se atribuye a esta palabra. Nos faltaría convicción para actuar en ella y seríamos fuerza ciega e inexperta destinada a soportar sus avatares y a ocupar una retaguardia discreta. Esto, con todo y su novedad, lo hubo de comprobar en tiempos de paz el propio Pestaña con su Partido Sindicalista, allá por Cádiz, y lo comenzamos a sospechar casi al término de la guerra española, cuando el señor Negrín nos confinaba a un casi innecesario Ministerio de Educación, reservándose el derecho de elegir su titular. Pero si esa política de partido no es para nosotros muy atractiva, tampoco ha de serlo

entregarnos inermes, como fuerza organizada, en brazos de quienes hayan de dirigir los destinos del país. Y es ahí, precisamente, donde nuestra Organización ha de presentar soluciones. Estar al margen o en contra de la política es un dilema que la C.N.T. ha de dirimir, para tranquilizar a sus cuadros militantes, sin que baste aquello de que ya está todo definido. No hay nada y buena prueba de eso es que por ciclos congresionales de mayor o menor duración, el problema se plantea, bajo el peso de buscar la unidad, pero sin establecer una conciencia sólida que evite futuras disensiones y canalice nuestro poderío sindical en provecho de los ideales que llevamos por bandera.

\*

Otro ángulo importante es el que se refiere al militante como tal. Estamos muy lejos de aquel que actuaba en los Sindicatos de Oficios Varios. Su característica era la valentía y un sentido romántico de las ideas. Sin él, aquellas luchas heroicas de la segunda y tercera décadas de este siglo, con capítulos tan dramáticos como la huelga de "La Canadiense", las persecuciones de Martínez Anido y Arlegui y la Dictadura primorriverista, habrían sepultado para siempre a la Confederación. Aquella militancia de los veintes tenía las cárceles por escuela y la clandestinidad por fragua. Los sindicatos eran esencialmente obreristas. Las profesiones liberales no tenían ni sentían un atractivo redentista, como no fuera un maestro, o un médico, inflamados por las ideas, o un abogado defensor de los compañeros en aquellos sonados procesos, en los que se identificaban con sus defendidos, como don Francisco Layret, don Eduardo Barriobero, don Pedro Vargas o nuestro Benito Pavón. También estamos distantes de aquel militante que vio en la etapa republicana una manera pública de actuar. En los meses que antecedieron a la República del 14 de abril, se gestó el más hermoso resurgir de la C.N.T., dejando en la historia de nuestro movimiento la clara impresión de que éramos una fuerza con derecho a voz y voto en los asuntos públicos de España. Luego, no entendimos bien las cosas. Nuestra impaciencia puso plazos al establecimiento del Comunismo Libertario y nos debatíamos entre ese deseo, o el de tomar a las Federaciones Nacionales de Industria como frontera interna de las dos corrientes o el de fijar "nuestra posición ante las Constituyentes", como pública muestra de nuestra estrategia frente al Gobierno republicano. Tampoco nos parecemos mucho a aquellos militantes que acudimos al Congreso del Luna Park zaragozano, ilusionados con la creación de la "Federación Ibérica de Comunas Autónomas y Libertarias", a través de aquel octavo punto de su orden del día, que exhibió a lo más granado de la C.N.T., hablando por vez primera de un régimen unívoco que desconocía la existencia de otras fuerzas revolucionarias en el ámbito español. Ni guardamos muy estrechos vínculos con aquella vigorosa militancia que se hizo cargo de los destinos de España en los primeros tres meses de la guerra y que soportó sus dificultades a lo largo de ella, pensando seriamente y por vez primera también en lo que era la responsabilidad de defender un régimen y verse obligado a crear instituciones de servicio y beneficio públicos.

Somos una militancia que ha podido reflexionar, lejos del teatro de la lucha, en compromisos inextinguibles y en necesidades simultáneas que han tenido por metas salvar nuestra inmediata y particular familia y la de ayudar a los que en el interior han seguido sosteniendo una lucha valiente contra Franco. Una militancia diezmada por los años, los achaques y la muerte, con retoños descuidados y absorbida por la marcha del mundo, que la ha obligado a aceptar realidades superiores, impuestas por el crecimiento demográfico, por el progreso científico y social, por el avance de la técnica y por los compromisos internacionales de países

que han olvidado nuestro drama, manteniendo a Franco en el Poder. Incluso, aquellos militantes que no salieron de España y que siguen valientemente luchando por su libertad, opinan de muy distinta forma a los que asistimos al sepelio de la II República, en 1939.

Debemos aceptar la situación histórica para partir de ella al encuentro de una sinceridad ideológica, sin posturas apócrifas ni posiciones convencionales que nada aclaran. La unidad cenetista equivale a donación, a cesión generosa de puntos de vista, a dialéctica consistente y realista, a valoración efectiva de hombres y de ideas. Es un problema de educación doctrinal y de fijación de objetivos mediatos e inmediatos.

\*

En torno al tema de la revolución y de sus diversas interpretaciones hay mucho que hablar también. Se usa esa palabra como sinónimo de acción violenta en la calle. Bien es verdad que cualquier transformación social ha requerido de un prólogo sangriento y que seguirá necesitando para desalojar de sus puestos de poder a los que niegan a la ciudadanía laborante el derecho a usufructuar sus conquistas. Pero al hablar de revolución hay que acompañarla de soluciones tangibles, sin miedo al diálogo, desterrando las formas demagógicas presupuestas al invocar un término que no aclaramos o no solucionamos. La heroicidad física es inferior siempre a la espiritual; el culto al santonismo doctrinario es contrario a la independencia ideológica que decimos profesar, y de la misma naturaleza que cualquier culto religioso o político. La evolución de las ideas va abarcando conceptos nuevos y dejando tras de sí la referencia histórica como un punto de consulta. A nadie se le ocurre pensar cuáles eran las costumbres personales o los hábitos físicos de Sócrates, ni sus dificultades con su esposa Jantipa, pero sí acepta sus preceptos filosóficos, aunque lo que de él se tiene escrito se atribuya a su discípulo Platón. Para muchos de nuestros compañeros, discutir a Pedro Kropotkin es una herejía, aunque sientan un irreverente individualismo que les haga insociales con su medio. Sin embargo, el esplendor de la Atenas de Pericles necesitó del estoicismo intelectual del genio que supo tomar la cicuta con su propia mano y el nacimiento de las escuelas socialistas y del anarquismo precisó del vigoroso pensamiento del autor de *El apoyo mutuo*. Los nuestros, son otros tiempos, y otras, muy diferentes, las fórmulas sociológicas y psicológicas que nos darán otra manera de vivir.

Estas consideraciones nos sitúan de frente a otra disyuntiva: la revisión de tácticas y la adaptación de objetivos. No es sólo conveniente, sino necesario. Casi toda nuestra dialéctica ha sido culturalmente superada. El léxico cenetista resulta extraño en su uso y no expresa evolución alguna, como si el calendario se hubiera detenido en un 1936 eterno y angustioso, frente a la vida del presente siglo, que ya recorre su tercera y más revolucionaria etapa, después de las que precedieron a 1914 y a 1939. El concepto que nos merezca ahora la Alianza Sindical con la U.G.T. es para nosotros y para los ugetistas muy distinto al que probamos eventualmente durante la guerra. Entonces éramos dos grandes organizaciones, saturadas de afiliados y prendidas al mapa y a la realidad de España, con plataformas sólidamente cubiertas. Hoy somos "cuadros", "estructuras" que han de nutrirse con trabajadores que necesariamente se fijarán en los programas, más que en los hombres. Tiene que haber más sinceridad ahora que antes. Han de estudiarse conjuntamente los factores que permitan a la clase trabajadora el ejercicio de su valer y de su poder, como instrumentos forjadores de riqueza.

El pacto antifranquista con los partidos políticos está sujeto a las mismas va-

riantes: precisión de la fuerza y compromisos a realizar. No quisimos entender el drama que se gestaba en Vera del Bidasoa, cuando el Comité Republicano sentenciaba a la dinastía de Alfonso XIII. Enviamos a Pestaña de observador y hubimos de enfrentarnos más tarde a Maura, el de los 108 muertos. El espectro de Casas Viejas y la persecución de los campesinos andaluces, la orden de "tiros a la barriga" y la Ley de Orden Público y todo lo que dio escenario y forma a una rebeldía magnífica, es bueno tenerlo presente en el momento oportuno. Han revivido posturas instituciones tan dogmáticas como la iglesia vaticana, tan intransigentes como el capitalismo institucional, tan ortodoxas como el super Estado ruso, tan acomodaticios como los partidos de izquierdas y derechas. Y lo han hecho apremiados por el rumbo de los tiempos y para no verse sepultados por los sucesos. ¿Es un delito, pues, pedir que nuestra Organización lo haga, y lo haga a fondo, sin miedo, anulando lo que impide que seamos lo que merecemos ser y exaltando, aunque nos parezca paradójico, lo que entendimos como contrario a nuestras ideas hace veinticinco años? El argumento de la potestad de los Congresos es bueno cuando la paz interior de la organización y la tranquilidad exterior lo permiten. Pero hemos de prepararnos para cuando ese momento llegue, pensando y actuando ahora.

\*

El internacionalismo del movimiento obrero es un trágico sofisma. Se ha contagiado de la política de "recomendaciones" que se practica entre los Gobiernos cuando no hay confianza en llegar a un pacto, o autoridad para imponer un mandato. Hemos visto cómo nos abandonaron todos y no llega ni a la calidad de consuelo siquiera la platónica resolución de la CIOLS, en su congreso mundial de junio pasado, en Berlín. España, actualmente apuntalada por la White House, necesita asociarse al mundo para poder gozar a tiempo de los beneficios de esta nueva organización de la vida económica y técnica. La nueva parcelación política del Orbe y la liberación colonialista están dejando atrás a las naciones que, como la nuestra, no tienen acceso libre a los mercados comunes y a la vida internacional. He aquí un tema sugerente y digno de ser alcanzado en un examen profundo que nos traiga fórmulas para cuando el retorno se efectúe.

La tecnocracia, a su vez, nos trae un cúmulo de obligaciones y de revisiones de primer orden. Todas ellas afectan el concepto que del sindicalismo tradicional se tiene. Ese sistema de lucha se ha nutrido siempre de metas tan importantes como el logro de mejores salarios, la previsión y la seguridad en el trabajo, las casas habitación para los obreros, las campañas contra la insalubridad, la ignorancia y la miseria, la entrega de las tierras a los campesinos y otras más, de la misma naturaleza. Ahora, esas metas forman parte de los programas de la Oficina Internacional del Trabajo y de otros organismos subalternos de las Naciones Unidas. Prácticamente, están dejando sin banderas al movimiento obrero, a menos que éste no se adelante en su ruta. La política habitacional es un factor de necesidad pública, no sólo de conveniencia estatal, por el incremento de la población mundial; la educación ha tenido que ampliar su proyección porque la tecnocracia lo exige: se necesitan más técnicos que se hagan cargo de esa revolución mecánica que asombra con sus adelantos; los salarios más altos son ya consecuencia de alteraciones inflacionarias y devaluaciones monetarias que escapan al control del propio Estado; la previsión o seguridad social ha invadido, por evolución natural, esferas insospechables de gran beneficio familiar; las campañas contra la insalubridad y la miseria se han impuesto, al término de un sistema de vida que dividía a las comunidades humanas en pequeños estados asociados. La reforma agraria, en los países en que la propiedad de la tierra no es muy firme, se ha vinculado a su

propio desarrollo, no afectando solamente a la roturación del campo, sino a la vida comunal, llevando a los núcleos campesinos los beneficios del progreso actual. Y el reparto de utilidades, en algunos países, hace que el capitalismo muestre una liberalidad que no siente, pero que le permite subsistir por algún tiempo más. El acceso de nuestra juventud a las universidades crea nuevas situaciones, reformando necesidades y estableciendo modalidades importantes en la organización social. Todo esto nos advierte que existe un desarme sistemático de programas y estandartes revolucionarios que un día tuvieron razón de ver y que hoy reclaman esa revisión a que antes aludimos.

Esa temática, lector amigo, es enorme. A ella pueden adherirse tantos y tantos asuntos más, que exigiría un regulador concienzudo, un canal que la condujera al examen abierto y sincero, al diálogo sin cortapisas. Quizá lo sea esta COMUNIDAD IBÉRICA, que nació espontánea para acercar a cuantos se interesan todavía por nuestros problemas. Tiene varios caminos para conseguirlo. Despierte ya entre la militancia cenetista y libertaria la inclinación hacia los temas que ofrezcan fórmulas, tentatorias o certeras, de nuestra situación. No tengamos escrúpulos hacia aquellos otros que nos traten la ciencia, la filosofía, el arte, la literatura o cualesquiera de los que rodean felizmente al hombre de nuestros días. Lo que más nos distingue de aquella heroica pléyade de luchadores del principio de la C.N.T. es que a nuestro lado pueden ya convivir no sólo los que luchan contra el capitalismo, sino los que aspiran a un cambio total en la estructura de la sociedad, aunque lo que nos identifique más con aquellos hombres, sea el placer de seguir luchando al amparo de la misma sigla, a los 52 años de haber nacido como organización confederal. Valentía en la exposición, destierro de la irresponsabilidad y del hermetismo autosuficiente, respeto profundo al pensamiento ajeno, dialéctica nueva, voluntad decidida para hacer un trabajo serio de cara a España... Con eso, tendríamos bastante al hacer un balance de nuestra obra, el día que se cierre el ciclo que se abrió con nuestra salida del suelo español.

ACABA DE APARECER

### LA INDUSTRIALIZACION DEL ESPIRITU

(EVOLUCIÓN DE LAS DOCTRINAS SOCIALES  
DE VANGUARDIA)

Por MARÍN CIVERA

*En este libro el autor estudia, con profundidad y sencillez, la evolución de las doctrinas de vanguardia, comparándola con la transformación de la vida social, económica y moral de esta época.*

## Cien años de pintura en Francia

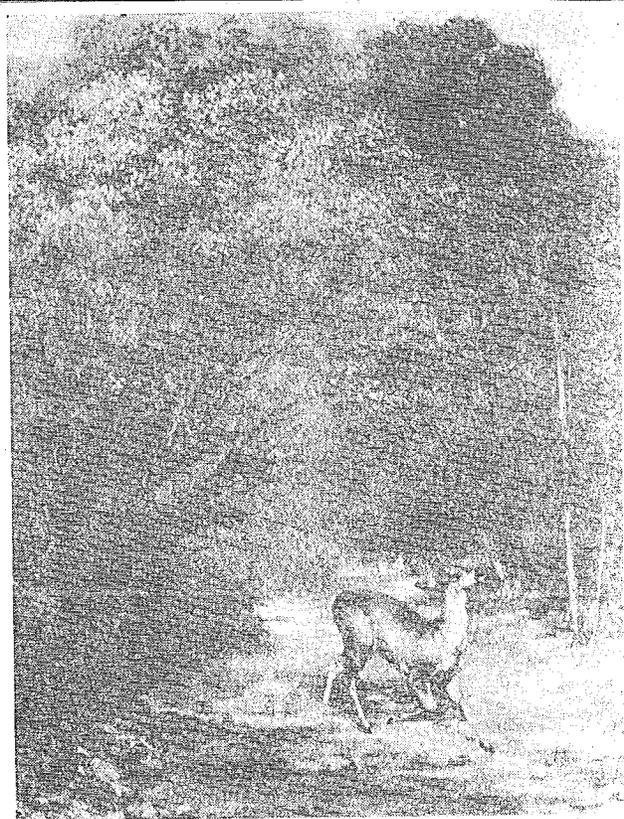
Por JERÓNIMO GARCÍA

En un gesto de reciprocidad por la Exposición de Arte Mexicano que recientemente se ha presentado en París, Francia ha enviado a México una Exposición de Pintura: *De 1850 a nuestros días*, que hemos admirado en el Palacio de Bellas Artes, y *Cien años de dibujo francés*, que hemos contemplado en la Ciudad Universitaria.

Es indudable que el arte ha invadido terrenos donde la geografía no cuenta, creando unas relaciones y sentimientos entre pueblos que la propia política, por su disloque y confusión, no ha podido penetrar. El mundo del arte, sigue canalizando una ruta en sentido práctico, procurando acercar a los hombres por la expansión del espíritu. Esta inquietud hace comprender las raras acciones del hombre perfilando una filosofía verdaderamente sobria y optimista. La belleza se contempla y ponderando la frase de Taine, procura sensibilidad física hacia la sensibilidad moral. Este deambular por los movimientos surgidos en las transformaciones del arte, constituyen la parte sustancial de los genios del pincel. Ellos han deseado superarse y lo han hecho respetando una historia llena de admiración y potencia creadora, llegando a describir la vida tal y como es y como debe ser. Su eclecticismo ha enterrado a la barbarie de que dispone la otra historia de dominio, y estos artistas, superándose siempre, nos dejan en sus obras el espejismo del ser humano, su quimera y vanidad y también la realidad contemplativa de una belleza que señala transformación de lo imperfecto.

Lejos de nuestro empeño hacer una crítica individualista. Hemos asistido a una de las corrientes más distinguidas del hombre, donde se define su diáfano sentimiento, porque sabe que el arte no bascula su potencia en la incertidumbre. Opina y se profundiza en el abismo del mundo, para distanciar a los humanos de sus ambiciones y complejos vanidosos. Será un camino áspero pero no tortuoso. Impone un respeto y una sensibilidad que, se compartan o no, llegan a ofrecernos lo más bello de la vida. Es una filosofía que enseña constantemente, que nos deleita siempre.

Hemos leído varios trabajos sobre ambas Exposiciones. Las opiniones han sido alternas y no cabe la menor duda que existe razón para opinar así. Francia nos ha enviado 154 cuadros que dan cierta oportunidad de conocer un siglo de gloria de la pintura francesa, pero no para demostrar la amplia personalidad de sus pintores. Estamos convencidos de que es una tarea muy complicada y de mucho riesgo el trasladar desde Museos como el del Louvre y el de Arte Moderno de París obras maestras que dan fama a la pinacoteca de Francia. Pero tampoco podemos reco-



La cacería del ciervo, de Courbet.

nocer el valor fundamental de estos artistas a través de las telas aquí representadas. Quienes hemos tenido la oportunidad de admirar a estos genios en los museos más importantes de Europa, comprendemos perfectamente que hay mucho más de lo aquí representado. Sin embargo, las páginas son extensas sobre esta evocación. Mucho se ha leído sobre ello. Estos hombres lucharon por liberarse de la simple contemplación visual, y la pluma describió esta potencia que surge como testimonio de un mundo plástico que nos maravilla en el contacto con lo desconocido, a más de servir como medio de convivencia entre los pueblos.

Estamos dentro de este Museo de Bellas Artes. Admiramos su delicada obra. Esos murales de la pintura mexicana que tienen historia, abnegada historia. ¿Hay completa unidad en estos maestros que se exhiben? Quizá no la haya, pero sí ideas de gran valor. Empezaremos por la pintura romántica. Nos dirigimos a Delacroix.

Dos cuadros expone: *El rapto de Rebeca* y *Caballos peleando en una cuadra*. Nos acordamos de Goya, quien impuso una condición al arte y canalizó el estudio para el Impresionismo francés. Delacroix expone la maestría del pintor más importante en la expresión romántica. Su obra es grande y potente y aunque los dos cuadros enviados por Francia son buenos, no demuestran plenamente su personalidad. Delacroix se rebeló con su primer clasicismo y si bien ejecuta las enseñanzas de la escuela veneciana y de Rubens (su verdadero guía) recibe por esta profunda educación lo clásico con una muestra de invasión del contenido, de su época. Pensó mucho en Goya, aunque no le imite. Y no olvida la influencia literaria de Goethe, Byron, así como tampoco a Homero, Virgilio y los clásicos romanos, por los cuales personifica figuras alegóricas de la esencia romántica de su época. Los cuadros que contemplamos en el Museo de Louvre nos hace comprender su obra más lejos que lo que aquí vemos expuesto. La poesía de Delacroix fue en su pincel la poesía de su tiempo. Nos recordamos de su obra porque desde él comienza la inquietud pictórica de ese arranque fluido que tuvo Francia en el siglo pasado; y además, porque admitiendo su representación de hoy nos señala ese maravilloso conjunto que no pudimos contemplar.

La línea describe el surco. Vamos con Camille Corot, el pintor de la luz y del sentido de la naturaleza; del paisaje tal como lo definió en aquella expresión: "El arte ha de crear un paraje según una selección de lo más bello y lo más grande que produce la naturaleza." ¡Qué sentido de la luz! Juntamente con la armonía de sus colores, son cualidades que destacaron en este gran pintor que no fue comprendido en su tiempo y que simplificando las formas, nos maravilló con sus paisajes; sí, estos paisajes de Francia e Italia que tanto recorrió y admiró incansablemente hasta su ancianidad. Está representado por *El molino de San Nicolás* y *La danza de las ninfas*. Nos hace recordar el *Puente de Mantes*, *El lago de Como* y otras tantas telas que admiramos de su amplia colección, pero nos deja satisfechos al observar la luz y colorido de *El molino de San Nicolás*, verdadera joya en el paisaje. Varias veces nos detuvimos y al salir nos quedamos estáticos ante el elevado concepto que Corot tenía de la naturaleza.

*La cacería del ciervo*, de Courbet, es el triunfo del realismo de su pintura. Es una muestra perfecta de su maravilloso pincel. No existen más cuadros suyos. Courbet creó una escuela de gran contenido. Es un rechazo al amaneramiento y penetra en los grandes naturalistas del siglo XVII, el Caravaggio, Ribera, Zurbarán y Velázquez; pero asimismo se infiltra en las esencias filosóficas de Proudhon para constatar el fondo de una sociedad inestable y desigual. Como pintor de figuras fue maravilloso y este lienzo suyo justifica su genio realista, su inconfundible estilo. Podemos calificarlo como un innovador, pero esta muestra de hoy que contemplamos reiteradamente nos lleva a proclamarle con fuerza, como ya se ha hecho, un realista sin discusión.

Nos hallamos con un Millet que llega también con un solo cuadro: *La hilandera pastora de Auvergne*. No nos hace olvidar la figura pictórica que reveló en telas sobre temas mitológicos. Si algo se destaca es precisamente otra de sus mejores características, la de representar los gestos lentos del trabajador a quien la fatiga ha endurecido las articulaciones. Eliminó siempre el detalle superfluo. Hubiésemos deseado admirar algunas telas más de su valiosa colección.

Sigue Pierre Puvis de Chavannes con *El baño*. Gran potencia y encarnación de realismo. Puvis supo crear un universo ideal en el cual se afirman, según constatamos, la nobleza, la dignidad y la serenidad.

Nos vemos frente a frente con Renoir, con su exhuberancia y su alegría de vivir. Tres cuadros que dicen mucho de este gran artista: *Dama con rosa* y *Bañistas* justifican su valía, correspondiendo perfectamente a su genio, a su forma, a su amable concepto de la vida, elevando la claridad del mediodía bajo un ambiente seductor, haciéndole pintar bajo constante evolución, y obedeciendo a sus instintos profundos.

Vienen preimpresionistas, impresionistas, expresionistas y toda la gama de la elocuencia pictórica de fin de siglo aparece con pequeñas representaciones. Aquí tenemos a Degas, que no se define porque abarca desde el clasicismo hasta el impresionismo pasando por el realismo y el naturalismo. ¡Qué manera de pensar y sentir! Rompió con las formas académicas para hallar el movimiento instantáneo, colores vivos pero no fugaces, más bien audaces. Está representado con dos cuadros que dicen algo de su obra, pero no justifican su potente personalidad.

Vemos un Gauguin que no dice mucho en su cuadro *Naturaleza muerta*, si bien se califica en la concepción profunda de un arte que ponderaron los simbolistas. Gauguin descubrió mucho en sus últimos años y nos produce cierta pena no haber podido contemplarle en otros cuadros. Otro tanto decimos del gran amigo de Zola, el insigne Cézanne. Sus cuadros *Bañistas* y *Canteras de Bibemus* son poca cosa para este genio de la pintura. Su potencia como su personalidad son tan profundas y grandes que había que percibir las para asimilar mejor, en sus múltiples colecciones; máxime, sabiendo como sabemos que fue uno de los pintores del siglo XIX que tuvo mayor influencia en el arte contemporáneo.

Al observar la obra de Toulouse-Lautrec no podemos impresionarnos por lo que vemos, conociendo la categoría de este excelente artista cuyos carteles impresionaron a últimos del siglo pasado. *La mujer levántandose el vestido* y *Examen en la Facultad de Medicina de París* son rasgos de su personalidad, elementos que nos hacen buscar algo más y mejor porque para quien no haya contemplado más cuadros de este pintor, le dicen menos de lo que en realidad vale. Sin embargo, sus dibujos constituyen una prueba de auténtico genio.

*El calvario de Moreau* finamente nos refleja un tanto de su fantasía calificándose en el período original del surrealismo.

Si el naturalismo derivó hacia el impresionismo, podemos acordarnos de Claude Monet, quien aplicó primero la teoría impresionista en sus paisajes. Si fue en Monet donde el impresionismo encontró su más completa y clara expresión, lo debemos a que la luz y la atmósfera tomaron en primer lugar en su arte, y los llevó hasta el fin de su vida. Jamás se desvió de su camino, expresando fielmente la luz y el tono de las cosas. Es sorprendente observar en sus cuadros el efecto del Sol donde aparecen las sombras azules como inimitable estampa de verismo. Su oficio fue siempre libre, preocupándose la naturaleza, los campos y ríos, los árboles, que hicieron se constituyese en uno de los mejores paisajistas. De los tres cuadros presentes, destaca *El sena en Argenteuil* que convierte su delicadeza en un progreso exquisito. Sus tonos y combinación de colores dicen mucho para comprender a Monet y se puede asegurar que sí está representada en profundidad parte de su

obra. Tuvo gran influencia en Manet, Renoir y Sisley, y todos los impresionistas que completaron el grupo en sus relaciones.

Dos lienzos nos ofrece Manet: el *Retrato de Clemenceau* y *La señorita de Conflans*. No nos hace olvidar su *Olimpia*. Vemos en su primero una personalidad que caracteriza su pintura; pero a pesar de ello no ha sido representado con exactitud. Manet tuvo dos períodos; uno cuando, enamorado de Velázquez, adopta los métodos al uso en su tiempo y trabaja con el modelo en el taller; el segundo, después de 1870, influido por su joven amigo Monet, empieza a pintar al aire libre y se acerca a la pintura impresionista de la que haciéndose dueño de los recursos de su arte expresa: "Hago lo que yo veo, y no lo que ven los otros." Un cuadro suyo es la representación del corazón, espíritu y sentido visual.

La escuela impresionista produce en Francia una revelación de fenómenos pictóricos que trastornan a la reverencia clasicista. Un ejemplo especial merece la pintura de Vincent Van Gogh. *Lirios en un vaso de cobre*, es su único cuadro traído a esta Exposición, pero es un lienzo de auténtica calidad. Aquí, en esta concepción esplendorosa, podemos hacernos alguna idea de lo que en realidad fue este espíritu atormentado y genio de la pintura. El drama de su vida puede conocerse por el amor que tuvo al pueblo; en ayudar a las gentes pobres y expresar en franca rebeldía su tristeza en sus cuadros. ¡Qué intensidad de luz! Sus amigos a veces no sabían opinar, porque sus colores eran tan intensos que deslumbraban. Este mismo comentario lo podemos hacer hoy. El lienzo que hemos visto en Bellas Artes es una potente justificación de la valía de este singular artista.

Todos estos pintores tienen una hermosa expresión en sus pinceles. Es una historia que el mundo está degustando en armonía de sentimientos por y para el arte. Vemos tan sólo un *Utrillo*; realmente muy poco representado, pero nos dice algo de lo que es su pintura. Un enfermo alcohólico, pero un pintor que nos recuerda con precisión las calles de París y que aun no pudiendo calmar su pasión por el alcohol, tampoco calma sus deseos de pintar y de conseguir un nombre importante por su arte admirado. Dejamos a este *semináif* que fue Utrillo para admirar al pintor ingenuo más sobresaliente y de mayor cotización, ¡cómo no! El aduanero Henri Rousseau. Su pintura no tuvo muchos adeptos a principios de siglo, y sin embargo, hoy se extiende entre un mundo que admira su ingenua poesía, sus contrastes primitivos llenos de candor. Su visión era enorme y *La selva de los monos* que admiramos con verdadero deleite nos describe la calidad y hondo sentimiento de la pintura *naïf*; pintura cuyo encanto perfila un mundo de pasiones nobles y sencillas, siempre espirituales y poéticas. Podemos registrar en nuestra memoria la clara visión de la pintura de Rousseau con este maravilloso lienzo.

Una *Naturaleza muerta* de Rohner nos hace pensar en la limpieza de sus colores y la expresión de un dibujo de maestro. Su realismo es el de los pintores clásicos. Es un cuadro pequeño, pero que categoriza la personalidad de su autor.

Contemplamos a Modigliani en un solo rostro de mujer; un solo cuadro nos da su potencia y esa deformación de líneas que constituyen una intensificación de expresión. Sus dibujos fueron siempre de un clasicismo personal, como su vida. Pero aun considerando que con un solo cuadro no se puede admirar ni definir la amplitud y calidad de su obra, sí podemos convencernos, sin admitir dudas, de lo que es aquella.

Tenemos que pasar al arte abstracto, pero antes no olvidamos a los Pissarro, Van Dongen, Dufy, Braque (cuya obra *Vanidad* expresa una personalidad de acusada evolución), Vlaminck y tantos otros que vimos en nuestro recorrido por Bellas Artes y que asimismo admiramos hace ya tiempo en Europa. Pero debemos hablar de Picasso. No tanto como hubiésemos deseado. Recoge su obra dos aspectos inte-

resantes, pero no expresan su potencia. Es reducida, pequeña, en términos generales. No justifica su valía ni su personalidad. Se pierde en grado menor cuando en él hay algo muy superior. Picasso en sus tres cuadros ¿qué nos dice? Podemos asegurarlo: mucho menos de lo que es él; por lo tanto, dejamos nuestra impresión para otra ocasión donde su potencia, humanismo e historia fluyan en un contenido y personalidad ausentes en esta Exposición.

Pero nuestros reflejos no pueden doblegarse ante las sombras, y nos dirigimos a Matisse, donde destaca su *Odalisca con pantalón rojo*. Excelente obra, la de un pintor inquieto (no hay nada más que conocer su historia), intolerante si se quiere, pero profundo. Matisse se reveló en el llamado *fauvismo* dándole un orden plástico armonioso. Su brillo del color categoriza su estilo. No nos perdemos en contemplarle, se puede definir su arte. Se dejó influir por varias escuelas: clásica, impresionista, neoimpresionista y particularmente por el genio de Aix en Provence, Cézanne. Su experiencia le sirvió para adoptar un juego de contrastes. Esto lo demuestra en sus cuatro cuadros, que son de inquietud dispar, pero, excepto el primero señalado, no justifican su valía.

Los pintores abstractos tienen su expresión y formulando conceptos podemos denominarla compleja. Pero antes nos queremos referir a Buffet, quien encarna una escuela derivada de la clásica, pero sin expresarnos tanto como su adquirida popularidad. Conoció rápidamente la fortuna. Quizá más adelante se decida a definirse por caminos distintos pero más concretos y brillantes.

En la pintura abstracta no haremos una crítica cualitativa ni amplia. Existen telas que la crítica más experta ha calificado ya, pero nuestra duda serpentea en el círculo de la meditación.

No podíamos olvidar a Juan Gris con su período audaz del cubismo y su penetración de formas y sentido severo aunque concreto. *Las tres máscaras*, único cuadro suyo representado, no nos dice tanto de su austera personalidad. Muchos olvidamos por el espacio; no, no podemos hacerlo con Chagall, quien fue uno de los pintores más originales del arte contemporáneo. *En el cielo negro* no podemos apreciar su amplitud de conceptos ni su personalidad surrealista.

El mundo del arte enfrenta al hombre con su propia sombra. Nos dirigimos a la Exposición *Cien años de dibujo francés*. Esta es una maravillosa Exposición. La cita de todas las sensibilidades y escuelas da a París el indiscutible título de capital del arte. Los medios sencillos del dibujo son la expresión de una continuidad para alcanzar la meta. Los grandes maestros del dibujo se unen aquí para ofrecernos en ciertos aspectos quizá más de lo expuesto en la pintura. Dibujos de Ingrés, de Picasso, de Sisley, Van Dongen y Toulouse-Lautrec; de muchos otros que nos ceden su personalidad como dibujantes. Reflejan cien años de sensibilidad, de humanismo, de abnegación y de potencia. Sin esta potencia no hubiesen sido grandes pintores. ¡Aquí cabe preferentemente el elogio! Es un tono de gloria del arte francés con una visibilidad que cautiva en la forma y en el fondo. No hay reservas; hay tonalidades y estilos de verdaderos artistas que aplicaron fórmulas innovadoras de captación de la naturaleza, según una permanencia de fidelidad a su espíritu; espíritu que rompe a veces con un clasicismo, para ofrecernos originalmente otro; esto es, concretamente, alcanzar el camino del más allá. ¿Quién llegará primero? ¿El arte?

## Franco y el Mercado Común Europeo

Por M. FABRA

LA SISTEMÁTICA HOSTILIDAD observada desde siempre por el régimen español, acerca de toda idea que, como la Comunidad Europea, pudiera tener una repercusión que viniera a modificar, directa o indirectamente, el sistema arbitrario que, en lo político, en lo económico y en lo social, lo administra, ha sido abandonada. Europa ya no es una entelequia, ni una forma de imperialismo moderno, ni tiene gran importancia el peligro político que entraña su acercamiento. Y el 9 de febrero, España, inopinadamente, solicita su asociación a la Comunidad Económica Europea.

Más potente, inmensamente más potente que la ficción, es la realidad. Esta no admite subterfugios en un medio que tenga establecida la competencia, ni hay Cristo que, a estas alturas, multiplique panes y peces por arte de birlibirloque; dos y dos son cuatro, y cuando no se posee ni dos ni cuatro, la resultante incuestionable, valga la perogrullada, es cero.

Así de sencilla nos aparece la disyuntiva que obliga al franquismo a rasgarse las vestiduras y a dar un paso, haciendo de tripas corazón, hacia compromisos que repudia.

Mientras le ha sido posible explotar las consecuencias de la guerra para justificar la miseria y el sometimiento del pueblo; mientras siga evitando la fiscalización de la Hacienda Pública por un organismo representativo durante años y años, seguirá siendo posible también el manejo caprichoso del erario nacional y la ordenación discrecional de los intereses económicos con fines de lucro exclusivo. La banca española forma por su conexión una red de grupos financieros que, incrustados en los resortes del poder, dominan toda la economía nacional, realizando beneficios sin precedente, pues en los bancos centrales extranjeros no rebasan los dividendos, como máximo, el 10%, mientras en España, la banca, en relación directa con las dificultades de la economía, se reparte beneficios que ascienden a la cuarta parte del capital. En 1957, el Banco de España distribuyó 132 pesetas por acción de 500 pesetas, esto es, más del 26% de beneficio.

Tras estos descarados abusos, que, en detrimento de la economía nacional, hacen desbordar las cajas de una exigua minoría de potentados permitiendo la evasión de centenares de millones de dólares al extranjero, algunos de los cuales a nombre de doña Carmen Polo de Franco y su nietecita, convirtiéndola, según la prensa helvética, en la primera accionista de la banca suiza; tras estos abusos, repetimos, vienen las realidades económicas a aconsejar el estudio del plan de estabilización primero, y, luego, en mayo de 1959, cuando hay necesidad de adquirir petróleo y las reservas de divisas están a cero, a imponer la aplicación del plan que ha de ser el instrumento demagógico que siga imponiendo mayores sacrificios a los más y continúe asegurando mayores beneficios a los menos, entre ellos, al Opus Dei, que en dos años acrecentará considerablemente su poder económico.

Por ninguna parte hemos visto que la estabilización haya tenido una consecuencia favorable sobre el nivel de vida; bien al contrario, las cifras del Boletín de Información Económica del Instituto Nacional de Previsión, N° 3, correspondiente

a marzo de 1962, nos dice que la suma global de salarios realmente percibidos por los trabajadores españoles en los años 1958 a 1961, no ha seguido siquiera la proporción del aumento de población en estos cuatro años.

Helas aquí:

Año	Suma total de salarios	Percibido por el obrero	Retenido por el Estado
1958	85,121.9	65,254.6	19,867.3
1959	sin cifras	año de estabilización	
1960	92,293.4	67,343.7	24,949.3
1961	97,280.6	66,233.1	31,047.5

El aumento de la masa total de salarios, según estas cifras oficiales, es de 12,158.7 millones de pesetas.

El aumento realmente percibido por los obreros, de 978.5 millones de pesetas.

Lo que el Estado retiene del aumento, 11,180.2 millones.

Podemos considerar el progreso que, por sí solo, el curso del tiempo facilita, el crecimiento demográfico, la subida de precios considerable y si el Estado se queda en concepto de cotizaciones (sindicato, seguros, retiro, etc.) más de once pesetas de cada doce que hace figurar como aumento de salarios (978.5 millones), el "aumento ficticio" es una "baja real" del poder adquisitivo. El fiasco del régimen nos prueba, hasta la saciedad, que la estabilización sólo estabiliza la miseria, así como, desde fines de 1959, la reactivación, otro *slogan*, no vendrá a reactivar sino los márgenes lucrativos de los grupos financieros de su protección.

Todavía en su discurso de 1º de octubre en Burgos, Franco alude a los peligros políticos de un acercamiento a Europa. Otra realidad le curará de sus reservas. En efecto; las cifras de la Dirección General de Aduanas de 1961 le enseñan que las importaciones superan las exportaciones en 400 millones de dólares. El saldo desfavorable supone demasiados millones en un año; y como este verano se ha puesto en vigor el tratado agrícola de la Comunidad firmado a fines de 1961, bien podemos sospechar que, siendo España un país de comercio agrícola por excelencia, que tiene sus mercados en la Europa de los seis, se le avecina una situación comprometida para su comercio exterior. O España ingresa en el Mercado Común o su economía se precipita hacia la catástrofe.

Nuestra interrogante se abre preguntándonos si Europa acogerá en su seno a la España actual. Su carácter totalitario, que trata de negar retorciendo todas las definiciones del léxico político-social que hasta hoy han hecho inteligibles los vocablos al uso, no parece tener aceptación. Nada indica que la "democracia orgánica", ni la "democracia popular", sean confundidas con la Democracia a secas, la verdadera. Aquéllas, una y otra, atentan a los derechos humanos estableciendo, ambas, la casta de los aupados cuya opulencia se asienta sobre la miseria de los oprimidos.

Las huelgas de abril y mayo han puesto de relieve que las cláusulas del tratado europeo tales como "la libre circulación de personas y capitales", "la creación de un régimen que asegure que la competencia no será falseada" y el "acercamiento de las legislaciones nacionales en la medida necesaria para el funcionamiento del Mercado Común", de índole contraria a las estructuras del régimen, pueden derrumbar el tinglado franquista. La acción de iniciativa obrera no puede ser castrada; las condiciones de remuneración del trabajador han de ponerse al nivel de las que rigen fuera de España, para que la competencia no sea falseada

y para que, en todos los casos, la circulación de personas guarde equidad y se acerquen las legislaciones de manera que hagan posible el funcionamiento de la Comunidad.

En el peor de los casos, el cumplimiento de estas exigencias pondría de relieve el compadrazgo poder-capital; las sórdidas combinaciones de los estamentos oficiales y la banca y serían el "yo acuso" de la malversación de los bienes públicos durante veinticinco años de oprobio que soporta el pueblo español.

*La libertad es asunto que concierne a los oprimidos, y sus protectores naturales han surgido siempre de los pueblos oprimidos. En la Europa feudal, fueron las comunas las que mantuvieron el fermento de la libertad, los habitantes de pueblos y ciudades los que la hicieron triunfar fugitivamente en el 89, y, a partir del siglo XIX, son los movimientos obreros los que han tomado a su cargo el doble honor de la libertad y de la justicia, de las que jamás han pensado decir que eran inconciliables. Los trabajadores manuales e intelectuales son quienes han dado cuerpo a la libertad y quienes la han hecho avanzar en el mundo hasta hacer de ella el principio mismo de nuestro pensamiento, el aire de que nos es imposible prescindir. Y si en gran parte del mundo está hoy en regresión, es sin duda porque nunca las fuerzas esclavizadoras fueron más cínicas ni estuvieron mejor armadas; mas también porque los verdaderos defensores de la libertad, por cansancio, por desesperanza o por una falsa idea de la estrategia y de la eficacia, se han alejado de su vera. El gran acontecimiento del siglo XX ha sido el abandono, por el movimiento revolucionario, de los valores de la libertad; la progresiva regresión del socialismo de libertad ante el socialismo cesáreo y militar. Desde ese instante, una esperanza se ha ido del mundo, una soledad ha comenzado para cada hombre libre.*

*Añadiré que separar la libertad de la injusticia, es tanto como separar cultura y trabajo, que es el pecado social por excelencia. En Europa, la confusión reinante en el movimiento obrero es, en parte, la consecuencia de haberse alejado de su verdadera patria, aquella en que iba a reponer sus fuerzas tras cada derrota: la fe en la libertad. De igual modo, el desconcierto de los intelectuales europeos viene de que la doble mistificación, la burguesa y la seudorrevolucionaria, les ha apartado de su auténtica fuente, el trabajo y el sufrimiento de todos, y les ha alejado de los trabajadores, sus aliados naturales.*

ALBERT CAMUS

## Necesidad de otra actitud

Por JOSÉ RAMÓN ARANA

LAMENTO QUE NO PODAMOS hablar largo y tendido, tanto como fuera menester para dejar en claro, no sólo la formulación de nuestro pensamiento, sino, también y sobre todo, las razones que lo determinan. Así, la expresión de cada concepto sobre el quehacer español, plana, inevitablemente, adquiriría entero e inconfundible sentido referida a una manera de entender lo básico; esto es, la realidad histórica y humana que somos, los términos presentes de esa realidad y los problemas sustanciales del hombre en este, a mi creer, momento decisivo.

Pruebas de que sin más que la formulación escueta es fácil caer en el cuento de los cinco sordos, no faltan. De esta manera, cuando decimos *reintegración nacional* puede entenderse —y han entendido algunos— que coincidimos con la *reconciliación* oportunista, con el sucio *borrón y cuenta nueva* o con cualquier otra forma de zurcido, mientras que, en pura verdad, significa todo lo contrario.

No es muy distinto lo que ocurre con nuestro decir y repetir que *hay que empezar por el principio*. ¡Vaya usted a saber qué entiende por principio cada quisque! ¿Que hay que decir dónde lo entendemos nosotros? Ya lo hemos hecho. Unos se espantan de tener que comenzar desde tan hondo; otros, creen que lo que importa es una buena cúpula, en la que, ¡naturalmente!, se encuentren ellos o los suyos y, otros aún, comprenden nuestra razón pero no consustancian su pensamiento político con ella.

Si se compartiera a fondo nuestro creer que el hoy de España es consecuencia de una muy larga serie de culpas y errores colectivos, nacionales en el tiempo y de generación en los que empujaron y nos dejamos empujar hacia la guerra; si se acertara a ver que los adversarios se condicionan mutuamente; si, por otra parte, en vez de un concepto melodramático de las luchas y de las justicias necesarias se viera que el bien y el mal andan revueltos y que para entender y canalizar esa entremezcla hay que mirarla a escala histórica, la idea de lo que hay que hacer no sería tan simple, quiero decir, tan primaria, como determinada que es por resentimientos, infantilismos y soberbias; éstas sin ningún activo práctico o teórico que las pueda justificar, sino, al revés, con dos tremendos pasivos: el que representa haber malbaratado una gran oportunidad histórica —la de 1931— y el significado por más de dos décadas perdidas en disputas y mendigueos, ciegos y sordos a cuanto acontece en el subsuelo del vivir español y al sentido universal de esta hora, tan distinto al de aquella de nuestra lucha, pero ricos en desparpajo para sacudir las culpas propias sobre Estados Unidos, sobre Rusia... sobre el lucero del alba.

A mi entender, no basta con estar seguros de que nuestra intención es noble ni confiar en que unos enunciados —libertad, justicia, democracia...— tengan virtudes sanadoras. Así las tienen, en abstracto, como soy yo latifundista. Para que la intención valga y las ideas medulares sirvan, hay que dotarlas de instrumentos intelectuales adecuados; única manera de que los tiros contra el franquismo neto —como ayer contra las oligarquías tradicionales— no nos salgan por la culata.

Derribar sin tener los planos y todo el material indispensable para levantar nuevo edificio, es insensato a todas luces. Insensato fue el llamado "Pacto de San Sebastián", en el que, prácticamente, no se concretó sino lo propio y natural en una oposición de honderos: simultaneidad en la pedrea.

Así viene siendo entre nosotros desde hace siglo y medio. De ahí nuestro continuo girar como mula de noria, de la algarabía y la multiguerra incivil —a tiros o a zancadillas y puñadas— a la servidumbre y el silencio.

No, lo primero no es derribar: lo primero es *construirnos*; procurarse conceptos claros, rigurosos, de las realidades españolas y adoptar una actitud acorde con nuestra calidad de seres racionales.

Yo, por mi parte, no quiero a mi pueblo a la *intemperie*, expuesto a que insensatos, insuficientes y arribistas malogren este su doloroso, lento, madurar y propicien otra matanza, otro largo tiempo de náusea colectiva y el remozamiento de éste o la implantación de otro régimen tiránico.

Todo brote de libertad ha sufrido en España furiosos gañafones de quienes, en uno y otro bando, tienen, desde antes de nacer, petrificada la sesera. Yo no sé si son residuos de nuestro turbulento siglo XIX o pervivencias del neolítico peninsular. Sé, en cambio, que sin una auténtica movilización de las nuevas generaciones en un movimiento de reintegración nacional, los detritos de ayer y los pedruscos sobre dos patas podrán más que nosotros y conducirán a nuestro pueblo a otro desastre... si el Opus y su compañía lo permiten. No van a permitirlo, claro, y en no habiendo permiso, nada harán sino recocerse y consumirse en la impotencia. Veintitrés años de cocción llevamos.

El anacronismo mental de los dirigentes de izquierda y, por ende, de sus concepciones, sus estrategias y sus tácticas, se hace bien visible en contraste con la derecha española misma, que llamamos petrificada. Esta ha evolucionado a su manera, por imperativo de los tiempos. Y no me refiero sólo a las fuerzas católicas liberalizadas y a sus núcleos recristianizados. De "los apostólicos" fernandinos a esa máquina para dominar que es el Opus, hay la misma diferencia que de la silla de postas al avión a chorro. Hablo en términos de eficacia. En cambio, entre los desterrados de hoy y los del tiempo de Chapalangarra no existe la más mínima.

Entonces, se dirá, ¿qué hay que hacer? ¿Cruzarse de brazos? Si éstos no han de servir más que para gesticular en el vacío, desde luego.

Bien sé que semejante afirmación escandalizará a no pocos, casi a tantos como hubiera escandalizado veintidós años atrás. Sin embargo, es evidente que si una minoría de cierto volumen se hubiera *sentado* a discurrir en 1939, a preguntarse, siquiera, cómo y por qué los que tuvieron todo en las manos para hacer una España distinta no tenían ni tierra propia en qué pisar; de haber gastado nuestros dirigentes de entonces un año, dos, tres, cinco... en hacer examen de conciencia, en analizar lo ocurrido y poner al día sus ideas —en procurárselas por primera vez, en muchos casos— sobre realidad y posibilidad de España, el franquismo no sería ya sino la más dura de nuestras lecciones históricas y un trágico recuerdo.

Excusado es decir que no predico inmovilidades y resignaciones, sino, al contrario: inconformidad con lo que estamos siendo y trabajo mental duro, tenaz, día por día.

El primer quehacer a cumplir no es muy brillante que digamos: nada tiene de espectacular; no promete griteríos de triunfo ni la mezquina satisfacción de algún desquite; no ofrece lo más mínimo al que entre de obrero en ese tajo, pero, ¡qué revolución más honda puede significar!

Consiste ese primer quehacer en propiciar una actitud distinta ante el doble ámbito común que es España y ante sus problemas capitales. En una minoría —y con ella basta inicialmente—, no es difícil hacerlo.

Esa nueva actitud tiene que fundamentarse en un hondo sentido de contrición histórica; en decidida voluntad de análisis, de racionalidad y de actualización; ésta, no sólo del Estado, sino, lo que importa más infinitamente: de nuestros conceptos sobre la convivencia social, política y humana.

Esforzarse en que cunda y se generalice ese diálogo civil, civilizado, que consiste en oír, en meditar lo que se ha oído y en responder por derecho y no por peteneras y aprioris, es la manera más eficaz de trabajar contra los vacíos de conocimiento que nos dividen, aislan y empujan, por una parte, a la esterilidad, por otra, al caninismo y, por todas, a la disgregación de que vienen las tiranías y su razón histórica de ser. Digo razón histórica. En ella, el tirano tiene la misma parte que pueda tener el cráter de un tumor en el proceso fisiológico que lo determina.

Parte esencial de ese trabajo es ir de manera implacable contra el cúmulo de lugares comunes en que nos hemos tumbado a la bartola, por mezcla de pereza mental y picardía; contra la intolerancia, cuyo fondo o trasfondo teológico es tan claro en socialistas, anarquistas y liberales —hay, claro está, excepciones— como en el más cerril de nuestros curas; contra todo, en fin, cuanto nos ha llevado durante siglo y medio de la violencia ciega al sometimiento envilecedor.

Vale la pena arrimar el hombro —la inteligencia, el alma, quiero decir— a esta labor: porque la necesita nuestro pueblo y porque nunca la pasta española será más modelable y el momento de Europa más propicio.

En la España de los continuos desastres no había sino clericalismo, furia teológica, no importa bajo qué rótulos y atuendos y, como dice mi mosén Jacinto, calzonazos, es decir, gentes inhibidas, desintegradas, que permitieron al clero trabucaire y al pistolero un juego de matones y al canovismo de izquierda y de derecha la dictadura esencial de sus caciques.

Ahora es distinto. Pese a su aparente lejanía, a esa costra de indiferencia —real en cuanto a las voces y a los conceptos de ayer—, las que fueron llamadas masas neutras han dejado de serlo en un cierto sentido: no son neutras si se trata de guerra o paz entre españoles ni ante las diferencias de nivel entre la economía española —española digo, y no sólo de clase— y las de los países europeos en que la comunidad nacional cuenta y decide. El centro de interés se ha desplazado en muchos casos de la divisa peleona a los índices de producción.

Sé, sin lugar a dudas, que bastantes jóvenes han empezado a preguntarse por qué valiendo el español individual tanto como el francés o el italiano valgan, vive y ha de vivir peor que éstos. Observe usted el tremendo paso que tal pregunta significa. Nuestra generación, como las inmediatamente anteriores, lo daban por sabido y en vez de arremeter contra las causas embesitamos contra los efectos. Sólo Costa —diga lo que diga el profesor Tierno Galván— miró atentamente tras de las sotanas y los uniformes, más allá de los caciques rurales y de los señoritos andaluces. Poco después, Machado.

No sé si los cambios que se advierten en el juego mental de tanto joven español son producto del escarmiento o está imponiéndolos la universal revolución de fondo a que asistimos. Quizá uno y otra tengan que ver en ellos, como en julio del 36 nuestros pasivos históricos, nuestra mala salud civil y el sarampión totalitario extendido entonces por la mayor parte de Europa; por aquella desintegrada o sin integrar debidamente.

Los países fuertemente unidos en torno a intereses nacionales básicos se llaman Suecia, Suiza, Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Canadá... Las contradicciones lógicas, necesarias, vivificadoras, tienen, en ellos, un límite intraspasable: el del interés común. No hace falta insistir en su equilibrio interior y en los niveles de vida que disfrutan.

A estos países sólidos, libres, por ricos en civilidad, se han incorporado otros: Austria, por ejemplo. En Austria, los mismos que lucharon ayer a tiro limpio —socialistas y socialcristianos— han pactado colaboración política para salvar la libertad de todos. La Constitución porque se rigen es la misma del tiempo de sus luchas. Hoy tienen libertad, paz, bienestar. ¿Qué ha originado ese profundo cambio? Ante

todo, una nueva actitud; no otras instituciones, otras leyes ni el ascenso de algún nuevo partido.

Por último, para abreviar, ahí está Francia. La división y multiplicación de sus partidos, el disgregamiento nacional, por causas morales ante todo, les había llevado a la esterilidad política y al borde de la guerra civil. Un resto de buen sentido —el que nos faltó a nosotros— hizo que la mayoría del pueblo francés se aglutinara en torno a De Gaulle. Esto les salvó de un gran baño de sangre, preservó la libertad y libró a Francia de Argelia. A Francia de Argelia digo, porque toda dominación a contra Historia esclaviza a los dominadores. Notará usted que para nada me refiero a las virtudes y defectos de la figura aglutinadora, sino al hecho en sí y a sus visibles consecuencias.

Si todo lo anterior no bastara para justificar mi tesis, ahí está el proceso de integración de Europa, producto claro de la nueva actitud que el escarmiento inspira, reclama la razón y el desarrollo histórico exige a todos los pueblos y a todos los hombres de la tierra.

Eso de proclamar la paz me parece bien. *Las Españas* lo hicieron en julio del 59, pero claro está que no basta. Con expresar un deseo no se adelanta mucho. La paz hay que construirla como todo lo que construye el hombre: con inteligencia, con esfuerzo.

Técnicamente, lo primero que hace falta “para derribar a Franco” es tener idea clara de qué es verdaderamente lo que nos proponemos derrocar. Porque las tiranías modernas —y la franquista lo es, sin duda alguna— no son como las dictaduras de ayer, inorgánicas, de caparazón, podría decirse. En España, concretamente, el dictador venía a ser lo que el chulo en los *desplumaderos*: un matón más o menos bronco, encargado de guardar el *orden*. El orden del amo de la timba. Detrás del dictador estaban la corona, la camarilla palaciega y, cuando no la inercia militar, la ambición de unos cuantos jefes; pero el eje físico, la columna de sustentación, eran los redaños reales o supuestos del gerente de la dictadura. Este muerto o caído, daba todo el tinglado en tierra y volvía la libertad... La libertad de competir en el dislate y de incubar al salvador de turno; quiero decir, al nuevo matón encargado de meter a todo Cristo debajo de la cama.

Para encaramarse en el poder, Franco no tuvo estribo palaciego, como Narváez o Primo de Rivera. Sube peldaño a peldaño, por tantos como se pueden formar con cientos de miles de cadáveres. Quiere esto decir, que detrás de él hay una red muy amplia de intereses, unas fuerzas, miles de incursos en su misma responsabilidad y, junto al régimen, cuanto queda de orgánico en España. Junto y no dentro.

Frente a todo esto, la parte inmensamente mayor de nuestro pueblo, es verdad, pero desarmada mentalmente, sin trabazón, sin conceptos claros de qué hacer y cómo hacerlo; sin el despuntar, siquiera, de pequeños núcleos políticos en los que se advierte afán de revisar las doctrinas, los modos y las actitudes fracasadas; con excepción, quizá, de menudos grupos católicos que parecen volver a Cristo. El resto de lo *nuevo*, en orden a concepciones políticas, es viejo a más no poder, como acontece, por desgracia, con pequeños grupos juveniles, cuya dignidad y honradez admiro muy profundamente.

Tomar por el alcorce que significa formar a la cola de este o aquel clero político, lleva a los pantanos doctrinales en que los jóvenes ayer perdimos nuestra fuerza, y una parte, la más noble y mayor, la vida.

Los caracteres del régimen actual —no hablo de Franco ni del rótulo— tienen poco futuro; poco, históricamente hablando, pero hoy por hoy no se advierten sino tres posibilidades de salida:

La que significa en el tiempo el desgaste y la creciente inactualidad del franquismo 1939, conjugados con la inevitable evolución de las fuerzas no específica-

mente franquistas. Este proceso puede acelerarse por la presencia del Mecomún; si Rusia y Estados Unidos llegan a entendimiento; si cae la dictadura portuguesa.

La puramente teórica y cada vez más improbable de una guerra general ganada fulminantemente por Rusia, en cuyo caso habría un régimen *soviético*.

Aquella que significaría la aparición de una fuerza orgánica considerablemente superior a las interesadas entonces, *concretamente entonces*, en sostener al régimen.

Cómo hacer posible esa fuerza es la cuestión. En contra de quienes piensan en alianzas, conjunciones e incluso en compromisos *posibilistas* para *derribar a Franco*, están la experiencia y la realidad; mejor dicho, la experiencia y dos realidades: la de las *fuerzas* democráticas y la de España misma.

Por lo pronto, fuera de rótulos, residuos y decrepitudes, poco de orgánico hay que aliar y comprometer por parte del bando antifranquista, si se exceptúa al comunismo, que no es mucho. Y la presencia de éste en una coalición de izquierdas significaría, por un lado, otro cierre de filas del centro a la derecha extrema, exactamente igual que ayer; por otro, la abstención expresa o tácita de ciertos sectores democráticos. De cualquier forma, no podría resultar sino la polarización de nuevo.

En segundo lugar —que es primerísimo—, ninguna alianza ha servido sino para arremeter o defenderse. Si vuelve usted los ojos a la Historia, verá que para construir o reformar a fondo no han servido nunca. Es lógico.

De una fuerza política heterogénea no cabe esperar sino indecisión o decisiones híbridas. Y es que para cualquier gobierno de ese tipo, cada problema crea otro que se antepone al original y lo opaca o deforma irremisiblemente: el de abordarlo o dejarlo de abordar y, si se aborda, el de cómo hacerlo para que a ninguna de las diversas clientelas dañe y todas puedan cotizarlo...

En fin, como el problema mayor es mantener la estabilidad política, pues... paños calientes y nonadas; menos cuando la mezquina aritmética electoral pide que se tire por la calle de en medio y se deshaga lo tan precariamente concusido. Esa aritmética tuvo mucho que ver en el drama interior de la República.

La democracia con dos docenas de partidos es un imposible radical; en la práctica, una simulación, un fraude, la antesala de la dictadura. Un régimen fundamentado así, con eso o sobre eso, no puede nacionalizarse. Es un bullidero de sectas, de grumos, de parroquias, que pelean sorda o abiertamente por afanes de capitania, por un cacho o unas migajas de poder, por llenar —así sea de enredos, intrigas y trifulcas— el vacío total de sus cabezas...

¿Vale la pena de mover el más pequeño músculo para volver a esa o a parecida mezcla de insensatez y picardía? Ya sé que de manera consciente pocos se lo proponen, pero conviene no olvidar que por los mismos caminos no se puede ir sino a las mismas partes.

Un programa, ese al que tantos aluden y del que tantos esperan el milagro rejuntador es, *por sí solo*, otro remedio imaginario. Toda la inteligencia política del mundo no podría hacer hoy, mirando a la realidad de España, sino una especie de catálogo de lugares comunes a casi todos los partidos que existen en esquema o que se están abocetando. A saber: Reforma agraria, reforma fiscal, reordenación del crédito, separación de la Iglesia y el Estado, distinta política presupuestaria, elecciones, libertad de prensa, de asociación, de reunión, autonomías...

¿Qué las diferencias están en la amplitud, profundidad y sentido de lo que se postula? ¡Evidente!; pero ahí está lo malo. Desde posiciones doctrinales e intereses de clientela, no puede hacerse nada verdaderamente serio y constructivo; no es posible movilizar a la ciudadanía, harta de convulsiones estériles; no se puede aislar al franquismo neto, manera única de dar con él en tierra, sin más sangre, más sufrimientos y más ruina. El aislamiento del rey y de la camarilla palaciega provocó el derrumbe de la monarquía sin disparar ni un tiro.

Cabe, ciertamente, hacer un bonito programa doctrinal en el que se dibujen justicias, nacionalizaciones, disoluciones y cuanto el programador apetezca, pero, en ese caso, ¡adiós, Madrid, que te quedas sin gente!, o lo que es igual, sin rejun-tamiento de tanta fuerza como es menester para *derribar a Franco* y a cuanto es, en verdad, franquismo neto.

Si lo que llevo dicho no es, esencialmente, un cúmulo de inexactitudes y de apreciaciones erróneas, se verá que no hay escape: o se empieza por el principio o se sigue como hasta ahora: unos, esperando del tiempo, de la muerte o de un milagro que no llega, lo que era quehacer individual en el ancho quehacer de todos; otros, jugando puerilmente a partidos, gobiernos y liberaciones.

Repito: comenzar por el principio consiste en asumir una nueva actitud.

Hay que liquidar el espíritu de bando y las formas que lo representan. Lo primero, para volver a lo sustantivo, a lo creador; lo segundo, para que el bando contrario pierda completamente pie.

Es necesario mirar a España, no como palestra, no como botín político ni como señorío de los, en cada momento, *vencedores*, sino como hogar común que todo español necesita digno y habitable.

Hace falta barrer dentro y en torno esa soberbia de estirpe teológica que nos induce a creernos adueñados de la verdad —y a ésta, inmutable— en vez de obre-ros suyos, de mineros, por mejor decir, que la buscan y extraen día a día. Hablo de la verdad asequible, expresión de la realidad entera, viva —hombre, ambiente, momento—, no de la verdad absoluta, de la que no he visto otra huella que el deseo humano de encontrarla.

En resumen: creo firmemente que *para derribar a Franco*, es decir, para que pueda España arrancar hasta la última raíz político-económica del franquismo neto, es menester aislarlo; cosa imposible sin haber superado el estado mental que nos llevó a la guerra y toda una serie de conceptos broncos, simplistas, inactuales.

De esa superación resulta la actitud a que me refiero, más inteligente y hu-mana, más eficaz, también, que la de ayer. Ella hace posible el diálogo e imposible la algarabía, como forma de comunicarse. De incomunicarse, sería más exacto.

El diálogo entre españoles en hoy, no entre banderizos en ayer, permitiría in-finidad de cosas. La primera, reencontrarnos, reconocernos y, en algunos casos, des-cubrirnos. En seguida, examinar desde vertientes y ángulos distintos, complemen-tadores, los problemas básicos de España, nuestra realidad entera, nuestras nece-sidades nacionales, es decir, comunes a casi todo español.

Estas necesidades —liquidación del espíritu de guerra civil, régimen de dere-cho, *ampliación del ámbito económico*, elevación de España a las categorías euro-peas e integración en la nueva Europa, etc., etc.—, son el punto natural de con-vergencia. En él, la reunión sí es posible. Lograrla significaría el aislamiento de las escorias nacionales y la entrada en juego de una fuerza homogeneizada, sólo, en y para la cimentación del futuro. Bien seguro estoy de que semejante movi-miento de reintegración y regeneración adquiriría pronto superioridad tan abruma-dora como para ejercer presiones capaces de pulverizar al régimen; de fulminarlo, si los aislados matones del franquismo neto se empeñaban en resistir.

Sé que la España que resultaría inmediatamente después, no sería, ni con mucho, la que usted y yo hemos soñado, pero lo que importa es avanzar, no dormir acariciando un sueño. ¿Imagina usted cómo hubiera sido nuestra España, la que nos tocó y toca sufrir, si cada generación anterior hubiera puesto su correspon-diente hilera de ladrillos? A las generaciones actuales toca enterrar al muerto inse-pulto que es la guerra, desinfectar el solar, abrir cimientos anchos...

## Hacia la Federación Sindical Ibérica

Por M. GONZÁLEZ

EL HOMBRE UNIVERSAL asiste al espectáculo que le ofrece una sociedad en plena transformación. Parece que nosotros —los hombres ibéricos— no nos damos cuenta de que el mundo se transforma y de que marginalmente nuestra vida re-presenta el drama de nuestra impotencia como pueblos y de nuestra frustración co-mo hombres, en tanto que unidades sociales, económicas y morales en virtud de cuyas sumas de valores las colectividades humanas resuelven los problemas de su existencia.

España y Portugal están ofreciendo un espectáculo excepcionalmente desalen-tador. Miembros de una Europa en vigorosa evolución, en continua incorporación al progreso que la acción dinámica de la ciencia y de la técnica está imprimiendo a sus unidades nacionales llegando, incluso, a abrirles las perspectivas de una po-sible comunidad internacional, ellas —lejos de abrir sus cauces a tan fecundante corriente progresista— cifran sus aspiraciones en jugar el papel pasivo y vergon-zante de domésticas que se conforman con ir viviendo a costa de la expoliación de sus pueblos y de los excedentes o los desechos del amo o del pariente rico.

Esta actitud negativa implica responsabilidades de las que participan nuestros pueblos. En gran parte, la causa en la que se origina el estado de subdesarrollo de las economías de nuestros países está promovida por nuestra demostrada inca-pacidad —o falta de predisposición— para estudiar y tratar de comprender la naturaleza de nuestros problemas vitales. No podemos —o no queremos— ofrecer-nos a la fricción conformadora de los acontecimientos desde todas nuestras dimen-siones. Es conveniente que nos preguntemos por qué nosotros, para quienes la evolución es aún un problema planteado en términos primarios, no hemos afrontado todavía ni siquiera el planteamiento de nuestra problemática.

Seamos sinceros, al menos con nosotros mismos. Reconozcamos que somos víc-timas de nuestra miopía para enfocar la proyección de nuestra actual situación y de nuestra inhabilidad —de nuestra torpeza concepcional— para trazar las líneas que guíen la trayectoria que deberían seguir nuestras aspiraciones. Puede ser que eso sea la herencia que nos dejó un pasado preñado de errores y fecundo en abortos.

Aún hoy no estamos dispuestos, según parece, a cambiar de postura. No nos decidimos todavía a adoptar una actitud más objetiva y positiva ante nuestros pro-blemas. Nos obcecamos en mantenernos en una quietud que puede ser calificada de reaccionaria porque es la contradictoria negación de nuestra pretenciosa natu-raleza revolucionaria que sólo nos ofrece como consuelo de nuestros fracasos —co-mo compensación moral— la orgullosa ilusión de haber sido leales a viejos prin-cipios y constantes en la conservación —otro fenómeno reaccionario— de añejos recuerdos.

Es posible que la Historia justifique en parte esa actitud al reconocer que en una etapa dramática de nuestra vida quemamos nuestras existencias en la hoguera de una noble pasión revolucionaria. Pero es seguro que de no adoptar una actitud más activa y consecuente, la Historia nos negará el lugar que nos creemos con derecho a ocupar, sin que hagamos lo necesario para merecer.

Es probable, también, que la Historia nos reconozca como circunstancias atenuantes el hecho de que las dictaduras que taponan las fuentes de energía de nuestros pueblos desde hace más de un cuarto de siglo hayan limitado las perspectivas de nuestros horizontes, y que los reflejos desmoralizadores que se desprenden de nuestras frustraciones hayan producido, particularmente en los hombres del exilio, una especie de constreñimiento moral que nos haya inhabilitado para desarrollar la dinámica de nuestra fuerza, clavándonos en nuestros puntos de partida y radicalizando a nuestros espíritus en las emociones de los tiempos pasados. Pero es seguro que no disculpará el hecho de que no nos rebelamos contra semejante extrañamiento, de que aceptemos pasivamente un ostracismo al que deberíamos haber intentado poner fin y de que nos empeñemos, con cabezonería insuperable, en seguir situando nuestras aspiraciones sobre un plano, empecinados en planteárnoslas con visión obtusa, chata.

En efecto: parece como si para nuestra mentalidad los problemas que nos afectan tuvieran, necesariamente, que ser planteados a través de una rara acusación geométrica de dos dimensiones, porque siempre les buscamos una solución superficial. Para que la solución sea total —en virtud de una absorción exhaustiva del conocimiento de la naturaleza de sus términos— necesitamos manejar una tercera dimensión: la altura, la capacidad de visión vertical que, al ser multiplicada por la superficie sobre la que hasta ahora hemos estado situados, nos dará como resultado el volumen, el continente global dentro del cual existe —en eclosión total de su naturaleza— nuestro problema.

Podríamos llamar acción a ese nuevo factor multiplicador. Acción —pensamiento y movimiento— de los hombres del exilio: su misión consiste, como tarea esencial e inmediata, en romper el negativo equilibrio de los sectarismos, de los prejuicios, de las pueriles ambiciones y los sospechosos concubinatos que castran los órganos de nuestras organizaciones haciéndolas inútiles —estéres o impotentes— para fecundar la vida de un movimiento libertador, haciéndolas incapaces de orientar y estimular —quizá de dirigir— la acción de los pueblos ibéricos en su lucha por la libertad. Acción —ánimo y esperanza— de los hombres que, bajo la presión y la opresión de la dictadura, en España y en Portugal afrontan o están dispuestos a afrontar la solución de sus problemas: su misión consiste en forzar el equilibrio de fuerzas sobre las que se apoyan los totalitarismos español y portugués.

Establezcamos a esa tercera dimensión fundamental como arma esencial de nuestra acción, como escala por la que ascender y observar desde una altura mayor, desde la objetividad de nuestra razón, para la cual es seguro que si nos lo proponemos tenemos capacidad, para descender a la realidad con una visión más amplia y completa —más espacial— de nuestra problemática y atacar su solución.

Encaramado a esa altura, yo diría —aunque algunos espíritus irónicos o burlescos piensen al leerme que, de caer, podría romperme la crisma— que el sindicalismo revolucionario ibérico —a pesar de que la historia de las luchas de la clase obrera peninsular, particularmente de la española, es rica en acciones desde hace un siglo— está por nacer. Un concepto semejante del sindicalismo que vamos a exponer ha dado esencia en Europa y en gran parte del mundo a un nuevo tipo de sindicalismo que, después de guardar en el arcón de la Historia su vieja personalidad, se está caracterizando con otra más en consonancia con la naturaleza de los problemas actuales que afectan a la clase obrera, una clase que, en virtud de la revolución que la ciencia y la técnica están desarrollando, va dejando de ser obrera para convertirse en especialista.

Por lo que se refiere al aspecto reivindicativo de la acción sindicalista —punto en el que dejamos de actuar en él en España—, sólo en un concilio de gentes

poco observadoras se podría discutir hoy el hecho de que las aspiraciones primarias de la clase obrera, la mayoría de las cuales inspiraban las acciones de nuestras organizaciones sindicales hasta hace treinta años, han sido aceptadas y sancionadas por las legislaciones que regulan el empleo de la mano de obra hasta en los países en los que el capitalismo se encuentra en una etapa retrasada de su evolución. Negar, por ejemplo, que en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Dinamarca, en Suiza, en Noruega, etc., han sido superadas, sería establecer el principio de una estupidez o un propósito inocuo de sembrar petardos en los campos sobre los que se produce la algarabía de la guerra fría. Muchos de entre nosotros que en España militaron como obreros en el movimiento sindicalista y que pugnaron por arrancar a la clase patronal el salario mínimo, la jornada de cuarenta y ocho horas, el derecho a la seguridad social y el establecimiento de contratos regulares de trabajo, y que en México —por no ir más lejos a buscar ejemplos—, por azares del destino, han pasado a formar parte de la clase —¿por qué no seguirla llamando así?— explotadora, saben por propia experiencia que es muy difícil burlar —si no es en virtud, o defecto, de una transacción in-moral y fraudulenta en la que más se ensucia la mano del que da que la del que recibe— a las leyes mediante las cuales se protegen los derechos fundamentales de los trabajadores. Y no admitir que en España —a pesar de que la dictadura se lo haya impuesto a los propietarios y éstos lo hayan aceptado a regañadientes a causa del miedo que ambos, Estado y clase patronal, experimentan ante el creciente impulso de la fuerza obrera— las aspiraciones primarias que los trabajadores satisficieron, arrancándose a un capitalismo enclenque, torpe y egoísta, han sido aceptadas como hechos consumados, constituiría un vano artilugio propio de políticos de tres al cuarto, de los que es tan rica la fauna ibérica, que no merecería la pena de tomar en consideración, habida cuenta de que con mimbre tan delgado no se podrían asestar golpes de la potencia necesaria para desrriñar el régimen actual.

El nuevo sindicalismo ibérico que propugnamos debe apuntar sus baterías sobre objetivos más altos. Sobre los mismos que, al desmoronarse a sus impactos, entierren bajo sus escombros a los pequeños objetivos que parecen centrar las miras de políticos sindicalistas cesantes o de aspirantes a sindicalistas políticos —más políticos, en la relación que tienen con el aspecto negativo de la política, que sindicalistas— de mentalidad y alcances provincianos, residuos de una época de fracasos durante la cual fueron quemadas las energías revolucionarias de nuestros pueblos en cazas mínimas de ratones.

El nuevo sindicalismo ibérico debe evitar el riesgo de ser utilizado como contrapeso con el que las dictaduras de España y de Portugal, o los compadres y las comadres que las hereden, logren una relativa estabilidad social sobre la que, aunque sea precariamente, subsistir. El principio fundamental que deberá orientar en el futuro a la acción sindical deberá estar determinado por la razón de que los capitalismos peninsulares —durmiendo a la sombra del muro de protección que han levantado para ellos las dictaduras en las que se apoyan— niegan a los pueblos ibéricos la posibilidad de incorporarse al sistema de progreso universal que la ciencia y la técnica están propiciando para facilitar el desarrollo del bienestar de otros pueblos del mundo y, muy particularmente, de Europa.

Apoyada en semejante razón, la concepción sindicalista de los problemas que nos afectan deberá inspirarse en el principio general de que el progreso de las colectividades populares que tienen su hogar nacional, histórico, político o étnico sobre la actual geografía de España y de Portugal no puede, ni debe, estar condicionado a la dudosa capacidad de sus fuerzas económicas dominantes para realizar por sí mismas la revolución que deben realizar para incorporarse a la revo-

lución que el mundo y Europa están realizando. Las fuerzas del trabajo —la clase trabajadora, esto es: los obreros, los técnicos y los científicos—, cuyo destino está implicado en dicha revolución, no pueden ver con indiferencia la actual congestión reaccionaria de la economía de sus países y deben reclamar el lugar que les corresponde ocupar para dar impulso al desarrollo que les ofrece la coyuntura universal.

Se concreta de todo ello una síntesis palmaria: la Península Ibérica, como suma de unidades económicas y sociales, no debe continuar siendo propiedad exclusiva de una clase que ha demostrado hasta la saciedad su incapacidad para captar y desarrollar las posibilidades que se le han ofrecido dentro del cuadro de una Europa en integración de afanes progresistas, en lo económico y lo social. Deberá ser un continente geográfico dentro del cual se acople armoniosamente un haz de pueblos que sí comprenden el momento que están viviendo, que sí entienden el lenguaje con el que se entienden otros pueblos del mundo, que sí tienen fe en el porvenir de la humanidad.

Los nuevos sindicatos de los pueblos ibéricos, al surgir —como una revitalización de sus sindicatos históricos— a una vida libre que la clase trabajadora deberá empezar a gestar desde ahora, frustrarían sus posibilidades constructivas si permitieran prestarse como instrumentos de intereses extraños a su propia naturaleza. Deben negarse a ser trancas para armar las manos insensatas de ciegos e irresponsables demagogos incapaces de diferenciar la grandeza humana de la Revolución de la pequeñez enana del motín callejero. Deben negarse, también, a servir de palanca a las ambiciones especulativas de ciertos políticos que, más allá del sofisma o por encima de las duras y sordas rocas sobre las que rebotan los pétreos y fríos conceptos dogmáticos, son incapaces de comprender que la política es un canto muerto si no canta y exalta —en entrega a un servicio total— el derecho que las clases trabajadoras tienen a labrarse su propio destino.

En virtud de la razón que los fundamenta, los sindicatos han de autoconformarse como instrumentos con los que elaborar una nueva ordenación de la vida económica y social de nuestros países. Han de prepararse para ser institución angular de nuestra vida nacional —de una existencia común de los pueblos ibéricos anudada por el lazo de la solidaridad, de la fraternidad y la inteligencia— que, además de dotarse de las armas convenientes y necesarias para fortalecer sus órganos de defensa, se preparen para que en el cuadro dentro del cual se encierre la planeación de la producción, de la distribución, de la legislación, de la educación, de la seguridad, de la paz, del orden social, etc., la clase obrera actúe decisivamente.

La necesidad de crear las condiciones que hagan posible el desarrollo de un nuevo sindicalismo que sea instrumento eficiente para la construcción de un nuevo orden económico, social y político en los países que ocupan el extremo occidental de una Europa en cuya integración la clase trabajadora tiene y tendrá, cada día con mayor fuerza, una influencia decisiva, debería suscitar en nosotros la necesidad perentoria de empezar a pensar en la conveniencia de integrar nuestras fuerzas productivas en una gran Central Sindical que fuera el resultado de la unión —sí: de la fusión— de las grandes organizaciones históricas del proletariado de nuestros países y de la incorporación a ella de millones de trabajadores surgidos de las nuevas generaciones ibéricas.

El logro de semejante objetivo sería el más positivo acto de servicio revolucionario que los más honrados y leales confederales y la solera que queda de aquella gran cosecha de honestidad que sembró Pablo Iglesias podrían rendir, antes de que sea demasiado tarde, a los trabajadores de España y de Portugal.

## Defensa de la unidad obrera

POR BRUNO ALONSO

**D**EFENDER la unión de todos los adversarios de Franco, no quiere decir que nuestras simpatías sean mayores o menores por estos o aquellos grupos políticos. Nuestros postulados siguen siendo los mismos de toda nuestra vida y, por fortuna, nada tenemos que rectificar, aunque en último caso, siempre sería honroso.

Como el defensor, no ya la unión, sino la fusión de la UGT y la CNT, no es tampoco ninguna rectificación, ya que lo defendimos siempre. Es, por tanto, un postulado común a todos: la unión del proletariado.

Quiere ello decir —o queremos decir con ello— que siendo todas ramas de un mismo tronco (¿marxistas? ¿libertarios? ¿autoritarios?), buenos o malos, según la respetable opinión de cada cual, pero hijos de un socialismo que interpretamos a nuestra forma, deberíamos —como dice el amigo Santillán en COMUNIDAD IBÉRICA— revisar nuestro pasado, presente y futuro, y ver si aún es posible un nuevo reagrupamiento.

Nos pasa algo parecido a lo que ocurre a la Iglesia con las distintas religiones llamadas cristianas: unas son papistas y más papistas que el papa; otras, bautistas, evangelistas, protestantes, etc. Todas pretenden ser las legítimas herederas de Jesucristo.

No hay más que repasar la historia para recordar las sangrientas luchas religiosas. ¿Quién se hubiera atrevido hace un siglo a pedir la unión de católicos y protestantes! La Santa Inquisición le habría quemado vivo por hereje y, sin embargo, hoy es el mismo papa quien ha pedido la unión de todas las Iglesias Cristianas, razón fundamental del Con-

cilio Ecuménico que se está celebrando en Roma.

El Socialismo, al igual que la Religión Católica, se rompió en varias latitudes; la división engendró peleas fratricidas y, hoy todavía, seguimos peleándonos, aunque la tremenda realidad de cada día señala a todos el inmenso daño que con ello se causa a nuestros hermanos de clase.

La Iglesia, llámese como se llame, es y será por muchos años un poder fuerte y poderoso, aunque, eso sí, cada vez menos invulnerable; y, sin embargo, no sólo se acopla y se aviene al inevitable progreso, sino que, previendo las grandes transformaciones de la ciencia y la cultura, trata de subsistir y conjurar probables peligros, propiciando la formación de un frente único con todas las demás religiones. Este "frente único" no será, es claro, para detener al progreso o atacar a la ciencia, no; pero es indudable que cuanto más fuerte y unidas estén, más respeto y mejores consideraciones habrán de otorgarlas sus adversarios. Todo eso, ¿no nos dice nada? Yo me considero extremadamente modesto y la lección la reduzco a nuestro pueblo, a España. Desde que estamos en el exilio —hace más de veinte años— se nos viene diciendo con excesiva frecuencia que el franquismo se cae. "Este es el último año. El próximo lo celebraremos en Madrid. . . Es cosa de meses", y otras cosas por el estilo. Generalmente, los que propalan tales tonterías son los que mejor lo pasan.

No, queridos amigos, la cosa es más seria que todo eso. Es algo que, quizá por tan simple y tan sencillo, no lo quieren comprender nuestros "exégetas". *Es*

un problema de unión. Sí, de unión y nada más que de unión. Ni siquiera es problema de este o aquel partido; ni de esta o aquella organización. Sin embargo, por creerlo así muchos insensatos nos han llamado lo peor. En la historia recibimos siempre nuestra mejor lección: Nuestros triunfos, siempre gloriosos, fueron realidad cuando estuvimos unidos; por el contrario, las derrotas sobrevinieron cuando la soberbia y la irresponsabilidad nos llevó a la división.

Seremos, pues, derrotados hoy y mañana si no hay en nosotros una sincera rectificación. Pensemos que España es pequeña y pobre; que no es ni sombra de Rusia o Estados Unidos. Que si que-

remos ser y vivir libres, la libertad tenemos que conquistarla y sostenerla entre todos, empezando por tolerarnos y comprendernos entre nosotros mismos. España nos necesita a todos y es por ello que todos debemos ser dignos de España.

Quien piense de buena o mala fe que "su" grupo puede "conquistar" España, está loco o le falta poco. Que vuelva a la realidad es el consejo que le damos. En el transcurrir del tiempo, es probable que el pueblo español aprenda a distinguir nuevamente entre nosotros, escogiendo a los mejores; pero aun así, y para alcanzar esa meta, será necesario el esfuerzo y la unidad de todos.

México, enero de 1963.

*El fracaso de muchos esfuerzos heroicos del pueblo español ha sido resultado de su desorganización, por una tendencia constante a la indisciplina. En el alma española existe un fondo primitivo que se traduce en la supervivencia de supersticiones y exaltación de algunos mitos con formas nuevas o viejas; no sería muy difícil descubrir los antiquísimos orígenes de muchas costumbres actuales, como es la misma fiesta nacional de las corridas de toros. Ante excitaciones muy fuertes, surgen de la masa popular terribles violencias, capaces de las mayores crueldades, disfrazadas con un sentido primario de justicia vindicativa. Pero, en cambio, es también carácter muy acusado de los pueblos españoles su aptitud de creación. Lo mejor de la civilización española es obra directa del pueblo: los regadíos mejor organizados, las instituciones jurídicas más justas, el régimen más conveniente para el trabajo, las formas más puras del arte. En la literatura aparecen las admirables "canciones de gesta" y el Romancero, obra en su mayor parte anónima y de fuerte espontaneidad; artistas de nombres no conocidos y generaciones de canteros son los verdaderos creadores de lo más rico del tesoro artístico español, y los autores más gloriosos y geniales son precisamente quienes tomaron fuentes de inspiración del inagotable manantial popular; tal es el caso de Goya en la pintura, de Lope de Vega y Cervantes en las letras.*

(De España: el país y los habitantes, de Leonardo Martín Echeverría.)

## La cuestión agraria

Por VÍCTOR ALBA

### ¿QUÉ ES LA CUESTIÓN AGRARIA?

EL PROBLEMA AGRARIO no es de hoy, no ha surgido en nuestros días. Desde que el hombre cultiva la tierra hay una cuestión agraria. Y ésta puede resumirse en una pregunta: ¿A quién debe pertenecer la tierra?

A lo largo de la Historia se han dado distintas respuestas a esta pregunta. Los egipcios, los babilonios, hasta los sumerios y los israelitas se lo preguntaron. Y la contestaron con hechos, a su manera, de acuerdo con las realidades de su época. Luego fueron los griegos, los romanos, los hombres de la Edad Media. Después, los hombres que hicieron la Revolución Francesa, los del siglo XIX y finalmente los que sobrevivieron a la primera Guerra Mundial, así como los que hicieron algunas revoluciones: la mexicana, la rusa, la primera revolución china...

Se dice lo anterior, porque sería peligroso que, al tratar de la cuestión agraria, se creyera que se acaba de inventar, que es un producto de la época actual, y considerar que puede prescindirse de lo que sobre ella se ha dicho y se ha hecho en el pasado. Nada, en el presente, puede ser eficaz y justo si no tiene en cuenta las lecciones y advertencias de la Historia...

En América Latina, la cuestión agraria tampoco es de hoy, ni siquiera de ayer. Antes de la llegada de los españoles había ya una cuestión agraria entre los incas y los aztecas. La hubo durante el período colonial, la siguió habiendo después de la Independencia y la hay actualmente, en la segunda mitad del siglo XX.

La cuestión agraria actual, en América Latina, tiene sus raíces en el período colonial y, sobre todo, en el siglo XIX. Sin conocer lo de antaño, no se puede comprender lo que es hoy ni encontrar soluciones al problema, soluciones eficaces y justas, que sean reales en vez de limitarse a ser soluciones retóricas, sobre el papel.

No es una cuestión que afecte únicamente a los campesinos y a los propietarios de tierras. Atañe a todas las clases sociales, por muchos motivos: económicos, políticos y aunque éstos no existieran, les afectaría por el sencillo motivo de que ricos y pobres, campesinos y gentes de ciudad, intelectuales y analfabetos, todos comen y todos necesitan

poder encontrar alimentos en el mercado. Y la cuestión agraria, como es obvio, se relaciona directamente con la producción de los alimentos.

Pero si el problema agrario es viejo como el cultivo mismo de la tierra y si entre nosotros adquirió una forma clara y se planteó como problema, hace siglo y medio, esto no quiere decir que hoy no tenga mayor importancia y urgencia que en cualquier otro momento del pasado.

En realidad, nunca el problema agrario se había presentado con los caracteres actuales. No sólo es urgente y trascendental, sino que además es solucionable sin grandes sufrimientos ni grandes trastornos.

Esto es acaso lo que lo caracterizó en 1961: que de problema difícil y lleno de peligros se ha convertido en un problema de solución relativamente fácil y sin grandes riesgos sociales.

Más bien cabría decir que lo difícil hoy es no resolver el problema y que los riesgos mayores se hallan en no solucionarlo.

¿De quién ha de ser la tierra? La pregunta es directa, tajante. Pero la respuesta no puede serlo. No basta con dar la tierra a quien la trabaja. Para trabajar la tierra se necesita casa en que vivir, aperos con que labrar, animales que ayuden en el trabajo, semillas para sembrar, mercados donde vender, transporte con que llevar los productos al mercado.

Más todavía: es preciso que la solución al problema agrario no signifique hambre ni carestía, porque entonces, la injusticia para con una parte de la sociedad —los campesinos— se convertiría en injusticia para con toda la sociedad.

### EN LA ANTIGÜEDAD

La tierra debió ser, en los comienzos de la agricultura, de propiedad común. La tribu o el clan poseía la tierra y la trabajaba. Con el desarrollo del comercio y posiblemente con la esclavitud de los prisioneros de guerra debió aparecer la propiedad privada del suelo. El dueño de la tierra y su familia la trabajaban a veces ayudados por los esclavos.

Todo esto son conjeturas. Lo que sí se sa-

be de cierto es que ya hubo problema agrario en el antiguo reino de Summer, anterior a Babilonia.

Los templos recibían tierras del rey. La cosa llegó a tal extremo, que los habitantes de las ciudades dependían por completo de los templos para su alimentación. Hubo una verdadera revolución encabezada por un joven monarca, y la tierra fue dada a los campesinos... Pero poco a poco las viejas costumbres se restablecieron y al cabo de varias generaciones la tierra volvía a hallarse en poder de los templos. Lo mismo sucedió, con variantes, en Babilonia, Egipto, países en que los templos y los señores de la corte poseían la tierra. El Estado era fuerte, con una administración muy perfeccionada, porque había que administrar las aguas de los grandes ríos: el Nilo, el Eufrates y el Tigris; construir embalses, diques, canales, y esto sólo podía hacerlo, entonces, el Estado...

Entre los israelitas, los profetas clamaban por el retorno a las viejas costumbres del año sabático. Según ellas, cada siete años las deudas se anulaban y las tierras volvían a sus dueños originales. Pero esta costumbre quedó en simple símbolo, sin consecuencias económicas.

La cuestión de las deudas fue una de las causas de la constante agitación social de la antigüedad, sobre todo en Grecia y Roma. Los campesinos eran llamados a la guerra. Debían abandonar su tierra. Los usureros y la gente de la ciudad podían entonces comprarla a bajo precio a la familia del campesino, que no se bastaba para trabajarla. Así se constituían dominios extensos. El campesino volvía de la guerra y se hallaba sin campos que cultivar. Se iba a la ciudad. A menudo tampoco encontraba trabajo en la urbe. Mostraba su descontento. De ahí la serie de revoluciones, de demagogos y tiranos, y también de reformas eficaces que jalonan la historia de Grecia y de Roma.

Entre las formas más conocidas están la de Solón, en Atenas, que anuló las deudas y reguló las hipotecas, y la de los hermanos Graco, en Roma, que distribuyeron tierras a los campesinos y a los soldados. Pero con el Imperio y con sus guerras, se fueron extendiendo los latifundios, que la esclavitud hacía más fácilmente explotables que las pequeñas propiedades. Sin embargo, el latifundismo tuvo por consecuencia despoblar los campos, acumular en las ciudades grandes masas de desocupados descontentos y hacer que Roma dependiera, para alimentarse, de sus colonias. Plinio, el famoso naturalista del siglo II de nuestra era, dijo que el latifundismo mató a Roma.

Tan cierto fue esto que en el transcurso del tiempo los emperadores tuvieron que adoptar medidas para repoblar el campo. Para ello ofrecieron tierras a los colonos que las quisieran, con la condición de que no podrían

abandonarlas. El hombre quedaba atado a la tierra.

En la época de la decadencia del Imperio, con el bandidaje generalizado y las incursiones de los bárbaros, los colonos se acostumbraron a pedir la protección de algún señor próximo a sus propiedades. Le ofrecían a cambio de esta protección la promesa de darle una parte de los productos del campo, quedándose los campesinos con la otra. De esta manera, aun antes de empezar la Edad Media, se fue constituyendo lo que ahora se conoce como feudalismo.

### EL FEUDALISMO

El feudalismo duró en el campo hasta la Revolución Francesa de 1789. El señor feudal era dueño de las tierras; el campesino, que se consideraba como un siervo, le ofrecía homenaje de servidumbre. Trabajaba para el señor (construía sus castillos, sus caminos, iba con él a la guerra, le daba parte de sus cosechas) y no podía abandonar la tierra. A cambio, recibía la protección de aquél y su ayuda, y gozaba así de cierta seguridad.

Poco a poco, esta situación se hizo insostenible, especialmente cuando el poder real predominó sobre los señores feudales y la seguridad en los campos se obtuvo gracias al rey. Ya no era necesaria la protección del señor feudal. Pero éste, por apego a su tradición y a la ley consuetudinaria, seguía disfrutando de sus derechos sobre el campesino. Naturalmente, el campesino, cuyas condiciones de vida eran miserables y duras, se sentía descontento. En las ciudades, los burgueses comerciantes y artesanos se liberaban de los señores, empezaban a gobernarse democráticamente en el ámbito municipal. El campesino los envidiaba... Durante toda la Edad Media menudearon las sublevaciones de campesinos, desesperados por las exenciones de los señores: en Francia se llamaron *jacqueries*; en Inglaterra los labriegos siguieron al predicador Wicleff; en Bohemia, a Jonan Huss; después de la reforma luterana, hubo una gran guerra de los campesinos alemanes contra los señores, que los príncipes aplastaron con crueldad. Todo esto desembocó en la revolución francesa. Esta abolió los privilegios de la nobleza, es decir, suprimió la servidumbre de los hombres del campo.

La propia revolución, y Bonaparte después de ella, dieron la tierra a los campesinos, al expropiar los bienes de la nobleza y de la Iglesia y venderlos en pública subasta. La prosperidad de Francia durante todo el siglo XIX, que le permitió convertirse en nación industrial en la época del maquinismo, sin dejar de ser por ello nación agrícola, se debe, en primer lugar, a la transformación de los siervos feudales en campesinos propietarios y a la formación de una clase media agrícola

que dio estabilidad al país y proporcionó a Napoleón la mayoría de sus soldados.

A partir de ese momento, puede decirse que todas las luchas revolucionarias de Francia fueron obra de los obreros y de la clase media urbana. Los campesinos quedaron satisfechos y fueron el factor conservador del país.

Los ejércitos de Napoleón llevaron a toda Europa el viento de la revolución. Después de la derrota final del emperador corso, ya fue posible evitar que los campesinos, junto con la clase media urbana, ejercieran una presión cada vez creciente para democratizar no sólo la vida política, sino también la económica de las naciones del Viejo Mundo.

### LAS REFORMAS EUROPEAS

Este objetivo se logró después de la primera Guerra Mundial.

Pero antes de hablar de esto conviene echar una ojeada muy breve a lo que había sucedido en Inglaterra. El maquinismo —sobre todo en la industria textil— hacía necesario el aumento constante de la producción de lana. Los campesinos fueron desplazados de sus campos y marcharon a las ciudades, donde se convirtieron en proletarios. Al mismo tiempo, sus campos se transformaron en pastizales. Pero a lo largo del siglo XIX, la nobleza fue cediendo privilegios, el pueblo intervino más y más en política y puede decirse que en la Gran Bretaña se hizo una reforma agraria gradual, por medio de leyes parciales.

No ocurrió así en los restantes países de Europa. Terminada la contienda de 1914-1918, que acabó con tantos tronos y con los restos del feudalismo instalados todavía en los imperios centrales —Alemania, Austria-Hungría—, fueron decretadas una serie de leyes de reforma agraria en los nuevos países de Europa: Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, aunque en algunos subsistieron sistemas cercanos al viejo feudalismo, como en Yugoslavia y Bulgaria. En Alemania, lo mismo que en Austria, se formó una clase media de propietarios rurales, que constituyó un factor conservador en la vida de esos países.

En cambio, en los países mediterráneos —España, Italia—, el problema agrario seguía vivo. La nobleza detentaba la propiedad de la mayor parte de las tierras, y la miseria rural era considerable. En Italia, después de 1945, se ha iniciado una reforma agraria que, poco a poco, va poniendo remedio a la situación.

En todos esos países de Europa, el problema agrario presentaba características comunes: supervivencias feudales, propiedad de la mayor parte de la tierra en manos de la nobleza, insuficiente productividad del suelo debido al latifundismo, miseria campesina.

En un período en que las principales naciones del viejo mundo se industrializaban

rápidamente, estas supervivencias feudales constituían un freno considerable a la industrialización, porque privaban a las nuevas industrias de su mercado natural: el medio rural de cada país.

La reforma agraria era, pues, necesaria por motivos diversos: por espíritu de justicia y por eficacia económica.

De no haberse producido la segunda Guerra Mundial —y antes que ella los trastornos ocasionados por el fascismo y el nazismo—, las reformas agrarias europeas hubieran dado todos sus frutos y habrían estabilizado la vida política de las naciones mediterráneas, centroeuropeas y balcánicas. El fascismo, el nazismo y la guerra mundial impidieron que la transformación agraria fuera completa. Sin embargo, cuando estalló la guerra, puede decirse que ya no existía en Europa un problema agrario apremiante y angustioso más que en los países mediterráneos. En el resto del continente europeo, el problema estaba en vías de solución o resultado por completo... en la medida que los problemas sociales se pueden resolver. Pues, como es lógico, cuando los campesinos tienen la tierra, quieren precios más altos por sus productos y esto les opone a los habitantes de las ciudades, sus principales consumidores... Pero este problema ya no es propiamente agrario, de tenencia de la tierra, sino que forma parte de las cuestiones normales en el juego de la economía.

### EL PROBLEMA AGRARIO EN RUSIA

Rusia se constituyó, como Estado, partiendo de la constante expansión del ducado de Moscovia a costa de los territorios ocupados por los tártaros. Los jefes de esta guerra de muchos decenios recibieron tierras. Fueron los señores feudales, que dominaron la vida del país y que muy a menudo se opusieron a las tentativas de reforma de los zares. Los campesinos siguieron siendo siervos hasta el siglo XIX. El año 1861, el zar Alejandro II promulgó el edicto de emancipación de los siervos. Los propietarios estaban dispuestos a darles libertad, pero no a darles tierras. Después de muchos años de discutirse el problema por una comisión especial, se llegó a una transacción: los campesinos recibían la libertad personal y un lote de tierra; el Estado indemnizaba a los propietarios, y los campesinos emancipados debían pagar al Estado, en cuarenta y nueve años, el precio de su libertad y su tierra. Esta no se dio a los campesinos individualmente, sino a las comunas campesinas, llamadas *mir*, que a su vez asignaban lotes a las familias según el número de sus miembros. Cada diez años debía hacerse una nueva asignación de lotes en el seno de la comuna. Esta era colectivamente responsable de que sus miembros reembolsaran al Estado el dinero pagado, en bo-

nos de la tesorería, a los propietarios de tierra y siervos.

Hemos explicado esto con cierto detalle, porque contribuye a comprender lo que sucedió después. Los campesinos no sentían que la tierra fuera suya; seguían, pues, aspirando a poseerla. Aunque se consideraban jurídicamente libres, el hecho de pertenecer a un *mir* y de tener que reembolsar al Estado lo pagado por su lote y su libertad, los ataba a la tierra como si aún siguieran siendo siervos.

Fueron los estudiantes, numerosos intelectuales y los elementos de la clase media —así como algunos miembros de la nobleza, sobre todo entre los jóvenes— los que se preocuparon de la suerte de los *mujiks*, como se llamaban los campesinos rusos.

Dos grandes corrientes se marcaron entre estos defensores de los campesinos: los terroristas, que consideraban que sólo con el terror —ejecución de altos funcionarios zaristas, sobre todo— se podía lograr la transformación de la anquilosada sociedad rusa, y los políticos, que estimaban que esta transformación debía conseguirse por la lucha política. Entre los primeros estuvieron los grupos de "La voluntad del pueblo", o *Narodia Volia*, y más tarde los socialistas revolucionarios. Entre los segundos, los socialistas, que a comienzos del siglo actual se dividieron en dos grupos: los mencheviques —palabra que quiere decir minoritarios—, favorables a las reformas y a un socialismo democrático, y los bolcheviques —palabra que significa mayoritarios—, favorables a los métodos revolucionarios para implantar una dictadura del proletariado.

Cuando en febrero de 1917 cayó el régimen zarista, el gobierno democrático de frente nacional comenzó a preparar una reforma agraria. Pero las derrotas en la guerra contra Alemania y la habilidad desplegada por Lenin y Trotsky, dirigentes de los bolcheviques, permitieron a éstos tomar el poder, mediante un golpe de sorpresa, en octubre del mismo año.

Inmediatamente, los bolcheviques promulgaron una ley dando la tierra a los campesinos y fraccionando los latifundios.

De momento, los campesinos, contentos con la tierra, se pusieron al lado de la revolución; pero cuando en 1918 hubo elecciones para la Asamblea Constituyente, dieron la mayoría a los socialistas revolucionarios, partido tradicionalmente ligado al campo. Los bolcheviques, al verse en minoría, disolvieron por la fuerza la asamblea y establecieron su dictadura declarada.

Durante los años de guerra civil que siguieron, no hubo realmente una política agraria. En unos lugares, los campesinos colaboraban con los bolcheviques, al ver que los blancos o contrarrevolucionarios, allí donde triunfaban, les quitaban la tierra. En otros lugares surgieron jefes de campesinos que quisieron hacer la revolución sin seguir las orientaciones bolcheviques. Esto sucedió, por ejem-

plo, en Ucrania, en el Volga y en Georgia. Los bolcheviques, después de vencer a los blancos, aplastaron estos movimientos campesinos espontáneos, de igual modo que aplastaron la sublevación liberatoria de los marineros de Cronstadt, los mismos que habían dado la victoria al golpe de los bolcheviques en 1917.

#### LA REVOLUCION DE 1917

Terminada la guerra civil, el nuevo régimen pudo aplicar sus concepciones. Se ordenó que la tierra debía colectivizarse. Los campesinos ya no serían dueños de sus lotes, sino que éstos pasaban a ser propiedad del Estado, el que los cedía a las comunas, para que la tierra se cultivara colectivamente. De este modo, el gobierno de Lenin esperaba controlar la producción agraria y asegurar el abastecimiento de las ciudades, que durante la guerra civil había sido muy escaso, tanto que Lenin aceptó una misión de ayuda norteamericana, dirigida por Herbert Hoover —luego presidente de los Estados Unidos— para distribuir alimentos entre los rusos.

El resultado de la política agraria bolchevique fue el fenómeno que los economistas llaman de las tijeras. Más adelante hablaremos de él con detalle, porque es un fenómeno que se presenta siempre que se quiere obligar a los campesinos a hacer algo en contra de sus intereses.

¿Qué son las tijeras, cuando se habla de economía? Hay que fijarse en la forma de este instrumento propio de las costureras: si se separa un extremo, se separa el otro... Y esto es lo que ocurre en economía cuando... Pero será mejor dar un ejemplo histórico.

La guerra, la nacionalización de las industrias, la emigración de numerosos técnicos, determinaron que la producción industrial de Rusia descendiera verticalmente en los años posteriores a la guerra civil. En consecuencia, no había en el mercado abundancia de productos de los que se precisa de modo ordinario: trajes, agujas e hilo para coser, vajillas, objetos de vidrio, zapatos, relojes, papel de escribir, lápices, navajas... y tijeras.

Si no había bastantes cosas de éstas en las tiendas de las ciudades, quiere decir que los campesinos tampoco podían encontrar estas cosas indispensables para su vida.

Por lo tanto, el dinero que sacaban de la venta de sus cosechas no les servían de gran cosa, ya que con él no podían comprar lo que necesitaban. Tenían que adquirirlo en el mercado negro, a precios altos.

Poseer la tierra es importante. Pero sólo con una condición: que la propiedad de la tierra se traduzca en un mejoramiento de las condiciones de vida. Es decir, en poder vender las cosechas y en vivir mejor con el producto obtenido.

Ahora bien, si no se podían comprar las

cosas necesarias, ¿para qué esforzarse en sembrar y cosechar? A los ojos de los campesinos, era preferible limitarse a cultivar lo necesario para la vida de la familia y de los animales, puesto que lo que se vendiera no debía proporcionar mayor bienestar, por falta de artículos industriales.

De ahí que la carestía de productos de la industria ligera determinara que los campesinos disminuyeran sus siembras y cosechas. Esto era una actitud egoísta, desde luego. Pero en economía las actitudes siempre son egoístas, y los bolcheviques eran los primeros en saberlo, puesto que en el egoísmo de clase basaban la táctica de su actividad política.

Pero si los campesinos no cosechan para vender, las ciudades se mueren de hambre. Si no hay comida en las ciudades, la producción de artículos industriales no aumenta, sino que, al contrario, disminuye.

Era, pues, un círculo vicioso. ¿Cómo salir de él?

El gobierno bolchevique no recurrió a la persuasión, a la importación de alimentos que permitieran sostener a los habitantes de la ciudad, al aumento de los productos industriales. No fue este el camino que siguió. Prefirió recurrir a la violencia. El gobierno, a través del partido comunista, que lo monopolizaba y se confundía con él, envió a los campos a grupos militantes con órdenes de obligar a los campesinos a entregar el grano que tuvieran almacenado.

Los campesinos, como puede suponerse, se mostraron descontentos por estas requisas. En algunos lugares, se sublevaron y fueron dominados por la fuerza. En otros lugares, se limitaron a dejarse despojar para alimentar a su familia. El hambre en las ciudades crecía.

Este es el fenómeno de las tijeras. Si se separa, en un extremo la producción industrial de la agrícola, si no hay artículos industriales a disposición de los campesinos, éstos no cultivan sus tierras. En el otro extremo, si los campesinos no cultivan sus tierras, las ciudades no comen y, por tanto, no pueden aumentar su producción.

Mientras vivió Lenin, la situación fue sorteándose. No se adoptaron medidas muy radicales. Las cosas cambiaron cuando falleció y Stalin quedó virtualmente dueño del partido comunista y, a través de él, del gobierno soviético (después de vencer a sus adversarios en el seno del partido). Stalin, por temperamento, era desconfiado y, como tal, propenso a solucionar los conflictos (si puede llamarse solución) por medio de la fuerza y la coacción. Esto es lo que hizo con el fenómeno de las tijeras.

Como en las tiendas rusas no había artículos que los campesinos pudieran comprar con los ingresos obtenidos por la venta de sus cosechas, comenzaron a disminuir su producción y esto provocó el hambre en el país.

El hambre fue tal que los Estados Unidos, que no tenían relaciones diplomáticas con la URSS, enviaron una misión para distribuir alimentos a los rusos. Esta misión estaba dirigida por el que luego fue presidente, Herbert Hoover, que mucho más tarde, al terminar la segunda Guerra Mundial, puso en marcha una organización internacional destinada a ayudar a las víctimas de la contienda: la UNRRA. La situación debía ser muy grave cuando ni Lenin ni los comunistas rusos se opusieron a esta misión norteamericana, a pesar de que procedía de un país que en Moscú se consideraba como un modelo del capitalismo.

#### LA COLECTIVIZACION FORZOSA

Se explicó asimismo que la baja de la producción agrícola impulsó al gobierno bolchevique a recurrir a la fuerza para salir de la situación y a enviar a grupos de militantes a requisar el grano almacenado por los campesinos, a menudo para su uso familiar.

Sin embargo, este procedimiento era poco eficaz, porque es muy difícil saber dónde un campesino oculta sus cosas, una vez se ha dado cuenta de que quieren quitárselas. Era indispensable establecer un control mucho más severo y permanente sobre el campo.

En cuanto murió Lenin y Stalin liquidó a sus adversarios en el seno del partido comunista, se dispuso a resolver a su manera el problema de la carestía. Como era, por temperamento, brutal y por formación burocrata, empleó la brutalidad burocrática. Decidió resolver la cuestión por medio de leyes. Es decir, lanzó una campaña de colectivización de la agricultura.

Los comunistas habían proclamado siempre que consideraban más rentable y justa la propiedad colectiva de las tierras y el trabajo colectivo del campo. Pero siempre habían afirmado que esta colectivización debía hacerse gradualmente, no por la fuerza, sino por el convencimiento y el ejemplo. Lo que querían, decían, era que los campesinos, a los que la revolución dio la tierra, vieran cómo las granjas colectivas que se crearon en algunos lugares, con voluntarios comunistas, aligeraban el trabajo y aumentaban la producción con menos esfuerzos que el necesario para obtener iguales resultados con la explotación individual de los campos de propiedad privada.

Pero Stalin, sin confesar públicamente que abandonaba este punto de vista, adoptó otro método: ordenó, a través del gobierno y del partido, que todas las tierras se colectivizaran.

Establecieronse *koljoses*, o granjas colectivas, y *sobjoses*, o granjas del Estado, y se ordenó a los campesinos que se adhieran a ellas, que aportaran su tierra, su ganado, sus aperos.

(Continuará)

## Panorama de España

*Los presos del régimen.*—Según el dictador, nunca hubo tan pocos presos en las cárceles de España. Y habrá que admitirlo. En realidad, no necesita ya abarrotar cárceles y mantener, salvo casos excepcionales, miles de hombres y mujeres sin producir. Franco ha convertido a España en una cárcel inmensa. Tampoco hubo nunca tanto cuerpo represivo, tanta gente en "libertad vigilada", tanto exilado político, tal carencia de libertad ciudadana...

En cuanto a magnanimidad del dictador, los recientes procesos contra jóvenes libertarios son bien elocuentes. He aquí una corta lista de condenados:

En Barcelona: Jorge Conill Valls, de 23 años, estudiante de Química, condenado a 30 años de prisión; Marcelino Jiménez Cubas, de 26 años, condenado a 25 años, y Antonio Mur Peirón, de 28, condenado a 18 años.

En Madrid: Julio Moreno Viedma, de 28 años, perito electricista, condenado a 30 años; Francisco Sánchez Ruano, de 24, estudiante de Ciencias política y económicas, condenado a 28 años. Los que siguen fueron sentenciados de 12 a 8 años de prisión: Francisca Román Aguilera, de 23 años, secretaria; Ricardo Metola Amat, de 21, estudiante de Arte dramático; Helios Salas Martín, de 25, ebanista; Alejandro Mateo Calvo, de 23, pintor; Antonio Astigarraga de la Puerta, de 22, mecánico; Nicolás León Estela, de 22, delineante; José Martínez Rodríguez, de 23; Rafael Asenjo Barranco, de 22, comerciante; Lucio de la Nava Hernández, de 23.

No hubo penas de muerte, no por falta de ganas, sino porque protestó el mundo, incluyendo a jefes de la Iglesia. Los jóvenes libertarios italianos que para salvar de la muerte a Conill secuestraron al cónsul español en Milán fueron puestos en libertad inmediatamente de terminado el juicio sobre el proceso que se les incoó. El plumífero que envió Franco, escribió al informar: "Sólo faltó que los condecorasen". Era el eco de la proverbial generosidad franquista.

*Salario mínimo.*—El dictador ha ordenado un nuevo salario mínimo: 160 pesetas! Pero al proclamarlo, se cuida de decir que el kilo de carne cuesta 120 pesetas. Asimismo oculta que el nuevo salario no rige para las re-

giones agrícolas, especialmente para Andalucía, y menos aún para los trabajadores temporales. En la industria, el salario de 60 pesetas hacía mucho tiempo que había sido rebasado en algunas regiones del país.

*Los "parlamentarios" mendigan derechos.*—Los procuradores a Cortes se atrevieron recientemente a solicitar del caudillo un mayor número de sesiones plenarias y mayor publicidad a sus debates. Decía el cable: "Su cometido, el de las Cortes, consiste en ratificar rápidamente las decisiones aprobadas por las comisiones nombradas por el Gobierno, en cuyo seno los proyectos de ley y demás textos son sometidos a un examen mucho más profundo que en las sesiones públicas de las Cortes (las comisiones, los procuradores y todos los cargos públicos son nombrados directa o indirectamente por el Gobierno). Así, por ejemplo, la sesión plenaria que se abrió ayer y que terminará hoy, permitirá, sin duda, la aprobación de 134 proyectos de ley y de 38 decretos leyes".

Y añade: "...los diputados quieren dar de nuevo al poder legislativo la importancia que la ley le concede". Y al final: "No hay duda que los 'procuradores' quieren laborar en el sentido de una liberalización del régimen".

Sólo nos falta ya la noticia de que también la política de Franco protesta por la falta de libertad y pide a la vez la "democratización del régimen".

*Resultados de una encuesta realizada clandestinamente entre la juventud obrera española.*—A la pregunta: ¿Está satisfecho del actual régimen?, 95% respondió no, y sí el 5%. Para la pregunta ¿Qué le reprocha?, hubo respuestas similares: falta de libertad; abusos e injusticias; que es fascista; bajo nivel de cultura y de vida; que es capitalista...

Posibles soluciones: 53% se pronuncian por un cambio total de estructuras; 8% socialismo; 4% república; 4% comunismo; 4% democracia; 2% monarquía; 24% democracia cristiana...

A la pregunta de si lucharían activamente contra el régimen franquista, 64% respondieron; sí 10% respondieron no; 56% respondieron que ya lo están haciendo.

## Comentario de Libros

*Contribución a la Historia del Movimiento Obrero Español*, por DIEGO ABAD DE SANTILLÁN, Editorial Cajica, 1962. Puebla-México. 533 páginas.

Cada vez más se ensancha el campo de operaciones sobre el cual actúa el ejército de los historiadores. El presunto magisterio de la Historia es cada vez más abarcador en cuanto al número y la índole de los hechos humanos, individuales o colectivos, merecedores de ser puestos a la luz del conocimiento público mediante la narración, la crónica o la interpretación. El afán de descubrimiento es un apetito intelectual insaciable que se nutre del pasado y del presente, sin dejar de lado a los utopistas que se aventuran imaginativamente a escribir la historia del futuro en sus fantásticas anticipaciones.

Desde hace pocos años, comienza a llamar la atención de los lectores en lengua española una serie de obras que versan sobre historia del movimiento obrero internacional y nacional; algunas son traducciones, otras escritas en nuestro propio idioma. No hace mucho, por ejemplo, Sebastián Marotta publicó dos volúmenes sobre una historia del sindicalismo argentino. Ahora acaba de aparecer, editado en Puebla, ciudad mexicana, el primer tomo de *Contribución a la Historia del Movimiento Obrero Español*, obra de Diego A. de Santillán. Las quinientas páginas de este volumen abarcan un largo período que comienza con la Edad Media y termina en el año 1905. El autor anuncia modestamente en el título de su obra, que se trata de una "contribución" a la historia del movimiento obrero español, pero de su lectura y del plan de trabajo que este primer tomo anticipa, se advierte que la empresa de Santillán es mucho más que una simple contribución. La obra de Santillán revela, al margen de los méritos intrínsecos y de su tema español, que el movimiento obrero internacional aparece como protagonista digno de ser rescatado de las sombras, en la trama de esa vasta tela dramática que es la historia humana. Y dentro de ese variado paisaje del sindicalismo mundial, el movimiento obrero español constituye un fenómeno singular por sus características, su ideología, su fuerza de penetración en el proceso de la sociedad española participando en los hechos más salientes de la historia peninsular. Para comprender cabalmente este fenómeno singular, que no se ha dado en otras partes del mundo con carac-

teres parecidos, hay que ir al encuentro de las lejanas raíces donde Santillán descubre las fuerzas embrionarias primitivas que culminarán cuando el sindicalismo moderno, hijo de la civilización industrial, aparece en escena con espíritu de rebelión proletaria organizada en sus métodos de lucha y en sus finalidades sociales. Como se ve, el proceso que Santillán describe trasciende de la mera crónica sindical para penetrar en más vastos dominios, dándonos así una visión global sin la cual tampoco la visión parcial sería ajustada a la realidad. Para los argentinos, la historia del movimiento obrero español con su sindicalismo federalista y libertario, con su actitud crítica frente al Estado moderno centralizador y cada vez más proclive a las formas dictatoriales políticas y económicas, tiene un especial interés, pues no se puede ignorar que la influencia del sindicalismo español ha sido decisiva en la formación ideal y organizativa del sindicalismo argentino hasta el momento en que las organizaciones obreras fueron politizadas convirtiéndose en instrumentos del Poder, en organismos supeditados a un partido gobernante, perdiendo así su expresión autonómica en la época peronista. El cambio negativo sufrido por el movimiento obrero argentino no ha sido total, felizmente, pues aún organizaciones y fuerzas minoritarias dispersas que permanecen fieles a las orientaciones originarias, a la espera de horas propicias que favorezcan el despertar del sindicalismo federalista y libertario acorde con las aspiraciones del movimiento obrero español, tampoco sofocado por el régimen franquista, no obstante cuanto ha hecho éste, en España, por convertirlo en la quinta rueda superflua del carro dictatorial.—LUIS DI FILIPPO.

*España en la Ruta de la libertad*, por MANUEL VILLAR. Editorial Reconstruir, Colección "Radar".

Diego Abad de Santillán ha escrito las páginas del prólogo a este pequeño volumen con el fin de presentar al autor y al mismo tiempo anticipar la índole del problema que el libro plantea. Este problema es el de la actual situación político-social de España y las posibilidades que ofrece para una inmediata acción liberadora. Manuel Villar no es un teórico de la política, ni de la sociología, lo cual no implica decir que carezca de una teoría iluminadora de sus preocupaciones y ocupa-

ciones de militante libertario. Al decir que no es lo que comúnmente se entiende por un teórico, queremos significar que su tarea no consiste en una pura especulación abstracta doctrinaria como suele ser, por ejemplo, la de un filósofo o un crítico. Villar es un periodista en el sentido que opera mentalmente sobre la realidad inmediata con rigor de militancia, lo que importa decir que es más bien un hombre de acción que pone su pluma en función de su específica tarea activa. Fue, en España, soldado de la revolución social republicana antes y después de la guerra civil que ahogó en sangre la experiencia española. Su participación en la contienda le valió prolongada condena carcelaria hasta que le llegó, como a tantos, la amarga suerte de la libertad en el exilio. Ahora, lejos de su país, tras la experiencia personal padecida y meditando sobre la experiencia social de la que fue autor en puestos de lucha y responsabilidad, las páginas de *España en la ruta de la libertad* expresan el producto de esa reflexión sin que la turbe el ánimo ni le oscurezca el pensamiento el recuerdo de las pasiones, ni el dolor de las heridas no cicatrizadas. Con estoica serenidad, el combatiente de ayer que no abandona en el exilio su militancia, apela a la razón para replantear, a la luz de las nuevas circunstancias, el problema de España con proyección de futuro. Con agudo sentido práctico, analiza los factores en juego, los valoriza uno a uno en sus aspectos positivos y negativos, al margen de fantasías e ilusiones inconsistentes, sin prejuicios doctrinarios, ni esquemas prefabricados. No es que carezca Manuel Villar de imaginación, es que la imaginación está nutrida de realidad como corresponde al sociólogo o político que se nutre de

realidades para poder crear nuevas realidades, para hacer historia antes que padecer la historia. Villar tiene su filosofía, su doctrina, su posición determinada, pero sabe que lo absoluto debe tener sus límites para no evaporarse como el sueño, que el ideal empuja a la realidad, pero la realidad, a su vez, lo construye en un ámbito de posibilidades ciertas. Sabe que la lucha es estéril cuando no tiene en cuenta los factores que toda lucha ha de superar y vencer; sabe, en suma, que la política es "praxis" y que la práctica es limitación en el espacio y en el tiempo. Este sentido realista de las posibilidades convierte a los ideales en fuerza concreta y a los sentimientos en energías canalizadas, que siendo canalizadas son al mismo tiempo fecundas. Obra, pues, de reflexión y de lucha, este pequeño volumen de Villar tiene una vibración polémica y un contenido problemático estimables.

La lectura de este ensayo sociológico tiene, además, la virtud de señalar las características peculiares de la revolución española vencida por fuerzas externas agresivas y por la complicidad pasiva de las democracias que no supieron prestarle el apoyo solidario que merecía. Pues conviene subrayar que en el episodio español, el Estado revolucionario no abandonó en ningún momento, ni en plena guerra interior, sus ideales de libertad y de federalismo, sus expresiones regionales autonómicas, su sindicalismo independiente, en suma, todos los elementos de organización social libre que entrañaban una experiencia política insólita en un momento en que dictadura, centralismo y censura oficial constituyen la secuela de los fenómenos revolucionarios en auge.

—LUIS DI FILIPPO.

#### DOS LIBROS INTERESANTES SOBRE EL MOVIMIENTO SINDICALISTA

LOUIS MERCIER

PRESENCIA DEL ANARCOSINDICALISMO

*Interpretación del movimiento sindicalista*

Precio: \$ 12.00

EVERT ARVIDSSON

EL ANARCOSINDICALISMO EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

*La experiencia sindicalista en Suecia*

Precio: \$ 8.00

Pedidos a nuestra Administración: Apartado postal 13721. México, D. F.

## Carolvs Rex

(Informe Confidencial)

Por RAMÓN SENDER

EL REY DE INGLATERRA CHARLES II estaba aquel día de diciembre de 1863 leyendo un informe secreto de su embajador en Madrid. El informe, escrito en hermosa vitela, le había sido enviado por correos especiales secretos, pero así y todo estaba firmado por un nombre ordinario y sin esplendor: T. Brown. Precauciones naturales. Desde la aventura de Cromwell, los Estuardos eran cautos en las más pequeñas cosas.

Leía el rey y de vez en cuando exclamaba a solas:

—Oh, *the rascal!*

Era su manera de elogiar el estilo y la agudeza de las observaciones de T. Brown. Yo trato de reconstruir los hechos de la época basándome en algunas páginas de aquel informe secreto y añadiendo las sugerencias que se me ocurren de un modo barroco según el gusto de la época. Pero los hechos que cuento, aun los más inusuales, son ciertos.

El informe se refiere a la corte de otro Carlos II, el de España, Carlos llamado por los historiadores *el Hechizado*. Y abarca la primera época de su matrimonio con la bonita princesa María Luisa de Orleans, sobrina del rey Luis XIV de Francia a quien llamaron *el Grande*.

Pero veamos las sugerencias que la lectura del informe iba produciendo en la imaginación del rey británico, teniendo en cuenta que el azar establecía un paralelo —una homonimia— entre los monarcas castellano y escocés. Los dos llevaban no sólo el mismo nombre, sino los mismos ordinales latinos.

El rey de ambas Castillas, Aragón, Granada, Flandes, Génova, Milán, Nápoles, Indias Occidentales y otros territorios acababa de cumplir diecinueve años y expresaba con cualquier pretexto y aun sin motivo ninguno inclinación vehemente al matrimonio. Era el único varón de la casa de Austria que quedaba en la rama española y el reino tenía el mismo interés que la casa real en la continuidad de la dinastía. Esto decía al menos Carlos II de España con la voz cascada, el pecho hundido y la cara alargada por una mandíbula colgante. Repetía que quería dar un heredero a la corona "en la medida de sus fuerzas". Con estas palabras mostraba el aspecto protocolario de su deseo sexual de adolescente.

Aquel jovencuelo glorioso por su solo nacimiento (era el rey más poderoso del mundo, todavía) suscitaba alguna clase de respeto. En fin, el enclenque Carlos II de España y de la mitad del planeta se quería casar como decía la canción:

*con una princesita que sepa reinar  
en uno y otro lado de la vasta mar.*

El rey británico era más amigo de los franceses que de los españoles y veía con recelo la mayor edad del castellano.

Siempre se trataron con simpatía ingleses y españoles en el plano de las re-

laciones personales y con mucho recelo en el nivel de los intereses políticos, en el cual Inglaterra y España se parecían demasiado. Al fin y al cabo, España es casi una isla como Inglaterra y las dos tienen su Mancha, aunque la inglesa con agua y la española con vino, como dice —creo— Ganivet.

Había puesto el rey español sus ojos en la princesa María Luisa, hija del hermano único del rey Luis XIV de Francia. La princesa tenía diecisiete años, dos menos que el rey, y era de dulce disposición, ingeniosa y alegre. Sus inclinaciones era nobles y virtuosas y su tío el rey de Francia la distinguía entre todos sus parientes porque el humor de la princesa coincidía con el suyo propio, aunque María Luisa no probaba el vino ni Luis XIV el agua. Parecía ser María Luisa la alegría de la casa francesa y su jovialidad de virgen ponía decoro en la del rey, cuyos ojos durante la segunda mitad del día parecían flotar en alcohol.

Leyendo estas opiniones del casi anónimo Mr. Brown, el monarca inglés Charles II reía guturalmente y se decía: “Lo conozco a Luis XIV y la conozco a la sobrina. Es clara y reidora como un rayo de sol la sobrina.” Le molestaba que se casara con el rey de España, aunque no pensaba mostrar su desagrado en privado ni menos en público. Habría preferido que el rey español se casara con alguna beata escocesa de su linaje, al menos para perderla de vista.

Había visto el castellano algunos retratos de la princesa de Orleans y los nobles españoles que habían estado en la corte de Francia y conocían a la princesa hablaban de ella como de un prodigio. Estos testimonios concurrían a encender la imaginación del rey castellano y a iluminar su sonrisa encelada: “María Luisa parece especialmente creada por Dios para ser la madre de mis hijos”, repetía a su confesor. “De esos hijos —añadía— que yo daré al reino en la medida de mis posibles.”

Y luego decía a su medio hermano don Juan, hijo bastardo de Felipe IV, que actuaba como secretario del despacho universal:

—La reina de España será la *gabachita* María Luisa, o nadie.

Pensaba don Juan para sí mismo: “Mejor, nadie.” Pero no se habría atrevido a decirlo. Mientras no se casara su hermano conservaba él alguna esperanza de ceñirse un día la corona. Y él, don Juan, bastardo y todo, era apto, fuerte, imaginativo, astuto y tenía la mayoría de la corte a su lado.

En cambio, el rey su hermano era deficiente en muchas cosas aunque no probablemente en materia sexual. La naturaleza da compensaciones humorísticas a veces. En todo caso, desde que nació se mostró ruin y raquítrico y a los cuatro años todavía no caminaba. Algunos cortesanos consideraban increíble que hubiera llegado a la mayor edad y para don Juan había sido una gran decepción. Porque don Juan tenía partidarios. Muchos partidarios impacientes y voraces, que aguardaban la muerte temprana del rey.

Respetado a pesar de todo por sus súbditos, el rey era venerado por la Iglesia, para quien la autoridad real viene de Dios. Y *Carolus, Rex Hispanorum*, con uno de aquellos retratos de María Luisa en su mano prensil, se extasiaba a solas. Cuando recibía alguna embajada se lo guardaba dentro de la camisa, sobre el corazón, y de noche no podía dormir si no lo tenía bajo la almohada.

Todo el día iba y venía con el retrato en la mano y hablaba con él como si la figura de la princesa pudiera escucharla. La llamaba “corderita del Toisón de Oro” y “gabachita” y también “dulce vellocina”. En aquella miniatura la carne de María Luisa tenía la suavidad de las lacas chinas. Iba generosamente descotada y los hombros eran redondos y prometedores.

Reía el rey en voz alta a solas contemplándola e *imaginando*.

Según el informe de Mr. Brown, antes de enamorarse del retrato de la princesa de Francia el rey Carlos no miraba a las mujeres sino con incomodidad y

displacer, no toleraba a ninguna cerca de él y en las fiestas de la corte prohibía que se le acercaran. Solía decir entonces a su madre —antes de desterrarla a Toledo por consejo del bastardo don Juan—: “Huelen a lana mojada las mujeres de la corte de Castilla.” A partir del momento en que vio el retrato de la princesa se mostraba galante con las damas y les sonreía. La sonrisa del rey descomponía su rostro y revelaba en él extrañas asimetrías.

Leyendo el informe, Carlos II de Inglaterra gruñía entre dos sorbos de vino francés: “La vellocina. ¡Oh, el *rascal*, qué cosas se le ocurren!” El *rascal* era el autor del informe. Creía el rey que aquellos detalles los inventaba él. Sin embargo, a pesar de la baja opinión que el embajador inglés tenía de la casa de Austria, no podía imaginar aquellas simplezas de su majestad castellana.

Entre tanto por los pasillos del alcázar de Madrid iba el rey con el retrato de la princesa en la mano y si por casualidad encontraba a su mayordomo en aquel momento le decía:

—La princesa dice *mon beguin*. Yo no le respondo todavía, porque espero el día de los esponsales.

Se inclinaba el mayordomo y seguía su camino. Era notable que Carlos se aviniera a decir dos palabras en francés: *mon beguin*. Y el mayordomo oía a su señor monologar ternezas pasillo adelante. A veces el rey encontraba al menino negro a quien llamaban don Guillén —un enano cuya cabeza parecía caminar sola a ras del suelo—. En las sombras, ese enano tenía miedo a los *Pepos*. Estos eran, entre los negros de la Guinea, los espíritus invisibles propicios o contrarios que suelen poblar los aires. Los *Pepos*. Una vez Carlos II quiso hacerse explicar por don Guillén quiénes eran realmente los *Pepos* y don Guillén le dijo que eran espíritus que se enfadaban fácilmente y que podrían causarle molestias.

—¿A mí? ¿Al emperador de las Españas?

—Sí, señor; ellos no reparan en coronas.

—¿Y en qué sentido pueden causarme molestias? —preguntaba el rey, inquieto.

—Si vuestra majestad me permite decirlo, en todos los sentidos, especialmente en lo que se refiere a las relaciones entre hombre y mujer. Eso es.

Don Guillén solía decir *eso es* al final de sus frases enfáticas. Y alzaba el rey una mano:

—No me lo digas entonces, pardiez. No me lo digas, don Guillén, y menos ahora que nunca. De eso que tú no debes decir depende el futuro de la corona.

Todo el mundo se sentía esperanzado con los amores del rey recordando a la reina Isabel, la dulce primera esposa de Felipe IV (francesa, también), que dejó una memoria amable en los corazones de los cortesanos de Castilla.

Fue una época feliz la de la reina Isabel para la corte y tal vez con María Luisa se repetiría la feliz coyuntura. Las reinas francesas llevaban un poco de luz a las sombras lúgubres del Escorial.

Creyendo don Juan tiempos atrás que su medio hermano don Carlos, por su memez augusta, estaba incapacitado para reinar, conspiraba. Pero tenía adversarios y el peor era la reina madre, vieja momia pugnaz. Por el momento la reina no molestaba porque estaba desterrada en Toledo, pero tenía partidarios en la corte.

La nobleza estaba, pues, dividida en dos grandes bandos: por la reina madre, que no podía ver a don Juan ya que su bastardía le recordaba la infidelidad del rey, y por don Juan. De momento éste poseía la confianza de don Carlos.

Pero si el joven rey se casaba —pensaba el bastardo—, ¿no tendría que hacer antes las paces con su madre?

Don Juan, hombre adusto y sombrío, daba largas al matrimonio de su medio hermano real. Tanta era, sin embargo, la insistencia de don Carlos, que don Juan no tuvo más remedio que aprovechar la presencia del marqués de Spínola en Fon-

tainebleau para comunicarle la decisión del rey y ordenarle que hiciera la petición de mano. Y la hizo. Don Juan suspiró y dijo para sí: "La aceptación de Luis XIV será mi epitafio funeral."

Era Spínola un noble de tipo italiano muy amable y gran diplomático. Se admiraba don Juan de su propia generosidad porque la boda era obra suya y de Spínola. Los amigos de don Juan se admiraban más porque la reconciliación con la reina madre, inevitable antes de la boda, traería la ruina del privado y la de sus partidarios.

Los leales de doña Mariana de Austria —segunda esposa de Felipe IV— eran pocos, pero de calidad. Ella había reinado como regente hasta la mayor edad de su hijo. Los partidarios de don Juan, hombre altivo, de ánimo pugnaz, eran muchos. La reina madre y don Juan se odiaban a muerte, aunque los dos encubrían el odio con sus maneras cortesanías. La reina no podía ver en don Juan sino el testimonio de la traición de su esposo con la actriz de moda a quien llamaban *la Calderona*. En el partido de la reina madre algunos llamaban a don Juan *el Calderón*. El lo sabía y decía entre dientes: "*¡Oh, los hideputas, bellacos, carne de horca!*"

Era don Juan inteligente, astuto, intrigante y decidido. Naturalmente dominaba a Carlos II. La reina viuda les tenía miedo a los dos. A don Juan, por su agudeza venenosa, y a su propio hijo por su simpleza, en la que de vez en cuando podía haber algún peligro implícito. Durante el período en el que ella fue regente, *el Calderón* estuvo siempre desempeñando misiones lejos de la corte. Eran formas atenuadas de destierro, porque la reina se sentía ofendida por la presencia de aquel hombre de perfil ejecutivo que blasfemaba en la misma capilla cuando se impacientaba con los frailes alemanes. Además, criticaba don Juan las costumbres privadas de la reina madre y sobre todo su amistad con el clérigo tudesco a quien elevó a los más altos puestos del reino entre el escándalo divertido de las cortes de Europa, incluido el Vaticano. La reina madre se inclinaba amorosamente en su vida secreta por los curas. A nadie le extrañaba aquella inclinación en una hembra de la casa de Austria.

Don Juan había llamado en dos ocasiones al cura *puto valón* al pie mismo del altar. El mismo tratamiento vertido al género femenino solía dar a la reina madre en su imaginación.

Por su parte, los enemigos secretos de don Juan escribían versos satíricos y los hacían circular abiertamente. Los pajes u otras gentes menudas de antesala los copiaban y los dejaban en los lugares donde don Juan pudiera hallarlos.

He aquí una de las composiciones, en ágiles redondillas, que tuvieron más éxito:

Un fraile y una corona  
un duque y algún artista  
anduvieron en la lista  
de la bella calderona.  
Bailó y alguno blasona  
que de cuantos han entrado  
en la danza ha averiguado  
quién llevó la prez del baile,  
pero yo aténgome al fraile  
y quiero perder doblado.  
De tan santa cofradía  
procedió un hijo fatal  
y tocó al más principal  
la pensión de la obra pía.  
Claro está que les dijera  
lo que quisiera su madre,  
pero no habrá a quien no cuadre  
una razón que se ofrece:

mírese a quién se parece  
porque aquel será su padre.  
Sólo tiene una señal  
de nuestro rey soberano  
y es que en nada pone mano  
que no le suceda mal.  
Así perdió a Portugal  
y en las dunas su arrogancia;  
dio tantos triunfos a Francia  
que es cosa de admiración  
quedar tanta perdición  
en un hijo de ganancia.  
Mande pues Carlos II  
ver si lo hubo sin recelo  
el rey que vive en el cielo  
de una mujer del mundo.  
En misterio tan profundo  
sólo puedo decir yo

que por suyo le juzgó  
mas si con todo es extraño  
no sea el primer engaño  
que Felipe padeció.  
En sus designios penetra  
por una y por otra acción  
que no tiene la intención  
don Juan de empuñar el cetro.  
Abrenuncio, vade retro  
hí de puta para él  
reinó Felipe y un fiel<sup>1</sup>  
noble y valiente le admira  
y hasta el día de hoy suspira

de lealtad por el Cruel.<sup>2</sup>  
¡Oh, Carlos, gran rey de España  
no te espantes ni te admire  
que el mundo todo suspire  
con aprensión tan extraña.  
No es porque al pueblo le extraña  
el pretexto del rumor  
sino que es tanto el amor  
de la plebe por su rey  
que la equivocada grey  
oyendo al que hace el engaño  
(y con él hace la ley)  
nunca sale de mal año.

Encontraba don Juan estos versos y otros más atrevidos y enfadosos en todas partes y se daba a los diablos. Estaba más preocupado de lo que merecía el asunto —decía el informador de la corte inglesa, mister Brown— porque no es de suponer que un hombre inteligente fuera tan vano que pensara que debía ser igualmente admirable para todo el mundo.

Pero había que considerar que un bastardo como don Juan tenía más motivos de resentimiento que un príncipe legítimo y vivía, por decirlo así, inquieto y con el alma en un hilo, o como decía la reina madre, "con la mosca verde en la oreja". (Quería decir la mosca funeraria que acude a visitar a los moribundos.)

Unas veces don Juan sospechaba de unos y otras, de otros. Por algún tiempo acusó en su fuero interno de aquellas sátiras al conde de Monterrey, hombre de doblez y truhán, aficionado a las coplas. Pero detrás de quien fuera siempre imaginaba la sombra de la reina madre, la austríaca huesuda que revolvió los ojos en las órbitas sin volver la cabeza, tiesa en su gorguera pasada de moda. Y terrible en sus secretas inclinaciones y afectos. Rezadora y sensual.

Cuanto más lejos estaba la reina —y Toledo quedaba a una jornada de Madrid— más presente la tenía el noble bastardo. Todavía pensaba que en caso de que don Carlos muriera sin descendencia —lo que era todavía posible— heredaría el trono. Pero he aquí que don Carlos se había enamorado. La "vellocina de Orleáns" lo traía obseso e impaciente. Si don Juan quería mantenerse en la buena gracia del rey como secretario del despacho, lo que representaba tener a raya a la reina madre, no había más remedio que facilitar la boda con la *gabachita*. El problema sería conservar luego al rey separado de su madre y conservarse a sí mismo en el primer puesto político del reino. Desesperaba don Juan de que todo esto fuera posible ya que representaba demasiados equilibrios y juegos de compensación.

Era obvio, se decía don Juan una vez más, que la casa real no debía mostrarse desunida ante los príncipes de Orleáns. La reina madre y la princesa de Orleáns serían buenas amigas y a través de la joven esposa la reina madre volvería probablemente a conquistar el corazón de su hijo. Y si no su corazón, su turbia mente. Por lo menos, la vieja reina volvería del destierro y viviría en la corte con sus obispos y sus viejos partidarios.

Una mala encrucijada de la historia, aquella, con vientos de tormenta y sombras inquietantes en cada esquina. Todo era contrario a las esperanzas de don Juan, quien en aquel caso era capaz de generosidad, no por virtud sino por arrogancia y desdén. Despreciaba demasiado a su hermano el emperador mequetrefe, el monarca estafermo, el príncipe babieca.

<sup>1</sup> Don Enrique II.

<sup>2</sup> Don Pedro *el Cruel*, muerto por su hermano natural don Enrique.

Su altiva generosidad —pensaba don Juan— le iba a perder en aquella ocasión. Pero no estaba del todo ciego y buscando compensaciones soñaba con arrancar al rey, en pago de sus buenos oficios, el nombramiento público y oficial de infante del reino que le daría los derechos legales de sucesión en caso de quedar el trono vacío. Aunque ese caso no llegara, el ser infante y príncipe de Asturias era una gloria superior a la que tenía entonces. Pero debía obtener el reconocimiento como infante de Castilla antes de que volviera la momia imperial de Toledo. Si daba lugar a que volviera, no lo conseguiría nunca.

Algunos amigos de don Juan creían que a pesar de todo tenía probabilidades de entrar en la buena gracia de la reina joven, porque la *gabachita* no podía menos de enterarse de que don Juan se había opuesto a las negociaciones iniciadas dos veces para casar a don Carlos con una archiduquesa austríaca. Todos sabían que esa él quien había dado preferencia a la princesa de Francia poniendo en manos del rey su retrato orlado de diamantes, obra de un miniaturista famoso. Y contrariando la voluntad de la reina madre, que deseaba por encima de todo una nuera de su misma sangre germánica.

Odiaba don Juan a la casa de Austria y a sus príncipes los llamaba los tudescos frisonos, como si fueran caballos de tiro.

Estas consideraciones turbaban y confundían de tal modo a don Juan, que mientras el marqués de Spínola hacía la gestión en Fontainebleau se dirigió a su hermano y tratando de confundirlo le habló de otra mujer: la hermosa infanta de Portugal. Ignoraba don Juan que entre tanto el matrimonio de aquella infanta con el duque italiano de Saboya estaba ya concertado. El rey miró con sus ojos grandes y vacilantes el retrato de la infanta portuguesa, plegó su ancha boca en una sonrisa complacida y dijo:

—Hermosa, pero no tanto como la mía. ¿Tú has mirado bien a la vellocinita, Juan?

Dejó salir un rumor nasal acompañado de un gesto denegatorio. Y añadió:

—Si yo fuera un monarca musulmán te diría: las dos, hermano. Una por el día y otra por la noche. Pero soy cristiano y si ha de ser una sola es demasiado tarde para cambiar mis sentimientos. Mi corazón pertenece a la gabacha de Orleans.

—Bien; tú sabes, señor, que esa fue mi primera idea.

—Lo sé y nunca te lo agradeceré bastante.

—Yo creo, hermano y señor mío, que podrías agradecermelo bastante otorgándome una gracia. Nombrándome oficialmente infante de Castilla.

—Lo eres por naturaleza, hermano.

—Pero no lo soy por la ley, todavía.

—Lo serás, lo serás, aunque los reyes no pagamos adelantado. Lo serás después de la boda. No pidas el aguinaldo antes del cabo de año.

Sacando el retrato de María Luisa se puso una vez más a hablar de ella con expresiones exaltadas, mientras don Juan se retiraba decepcionado, recordando que la demora y el aplazamiento son las maneras de negar de los reyes. Su nombramiento de infante de Castilla no llegaría nunca. El rey era lento en sus reacciones mentales y manejaba la dilación y el rodeo como nadie. No se sabía si era pereza o astucia.

Concedida la mano de María Luisa por Luis XIV, don Juan pensó que todavía había una esperanza de fracaso porque en las capitulaciones se proponía plantear condiciones abusivas. Por no ser la princesa hija de rey sino sólo sobrina, se podía pedir alguna compensación para la corona española. Y el privado quería exigir la devolución de las plazas y territorios que, según el tratado de Nimega, habían pasado hacía poco al poder de Francia.

(Continuará)



CENA DE LA AMISTAD

El día 1 de diciembre pasado celebróse una Cena de la Amistad con motivo de la aparición del primer número de COMUNIDAD IBÉRICA. El acto tuvo lugar en el restaurante del Orfeo Català, y asistieron aproximadamente cien personas.

La foto presenta un aspecto del salón, en donde figuran miembros de la emigración española, de todos los sectores, lo que pone de manifiesto las posibilidades de mantener un clima propicio al diálogo sobre los problemas de España, que justifica la publicación de esta revista. Al fondo de esta ilustración, la presidencia, formada por miembros de la Comisión responsable de "C. I."

Para agradecer la presencia de tan numerosa concurrencia, y la aceptación caudalosa que la revista ha obtenido entre los emigrados, hicieron uso de la palabra Joaquín Cortés, P. Alfarache y J. Rueda Ortiz, quienes enjuiciaron algunos hechos actuales, verificaron la crítica de cuanto se opone a un entendimiento entre los españoles preocupados por los problemas de nuestro país, y se hizo un llamamiento a la solidaridad económica y moral con los antifascistas presos y perseguidos en España.

COMUNIDAD IBÉRICA reitera la necesidad de que, dando de lado cuanto todavía puede mantener en compartimientos estancos a los emigrados españoles, se entreguen a la tarea de ponerse de acuerdo para contribuir a la formación de un movimiento nacional que acabe con la Dictadura y abra las puertas a un porvenir digno y libre.